



RICCARDO



ROBYN HILL

RICCARDO

LOS BARONE 5

ROBYN HILL

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Epílogo](#)

# PRÓLOGO

SARAH

*Seis años antes...*

La tarde está siendo genial con mis compañeras de instituto, Rachel y Grace. Paseo de compras por el centro comercial, el más grande de Los Ángeles. Charlamos, reímos y no paramos de hablar con chicos, que se paran y nos piden nuestras cuentas de Instagram.

Está empezando el verano y será una etapa de grandes cambios porque iremos a la universidad y, lo más probable, es que cada una tome un rumbo diferente. Ellas tienen muy claro lo que quieren estudiar, pero yo aún no me decido. Mamá quiere que sea abogada, que ganen mucho dinero, y no lo veo mal, pero no sé, no me atrae del todo.

Después de pedirnos unas cervezas, fumar un porro a escondidas en el baño y de probarnos ropa que no compraremos, pasamos por delante de un local de máquinas recreativas. En un primer vistazo, solo veo chicos.

—¿Qué es esto con tanta luz? —pregunta Rachel, la más lanzada de las tres.

—Aquí hay un montón de *nerds* —responde Grace con un poco de desdén.

A mí hay algo que empieza a atraparme, pero no sé muy bien lo que es. ¿La enorme cantidad de pantallas llenas de destellos y colores? El sonido es confuso, aunque distingo sobre todo escucho disparos y las voces de chicos exaltados como locos. Algunos se giran y nos miran pasmados. Es un territorio que las chicas no suelen pisar, claro.

—Vámonos —pide Grace que le ha echado el ojo a una tienda de ropa que está de rebajas.

—Un momento... —digo para sorpresa de mis amigas.

Saco unas monedas del bolsillo de mi pantalón, y las introduzco en la máquina de Pac-Man, un muñequito redondo de color amarillo que no para de moverse. Cojo el joystick con la mano y siento una corriente de energía por todo mi cuerpo. Creo que esto va a ser interesante...

—Chicas, id a la tienda —les digo girándome hacia ellas—. Os alcanzo en un rato.

Rachel y Grace intercambian una mirada de extrañeza, después se encogen de hombros.

—Como quieras, pero no tardes —dice Grace.

En la pantalla, el laberinto de los muñequitos cobra vida. Pac-Man avanza, devorando puntos blancos. Los fantasmas le persiguen, pero los esquivo con destreza. Supero el primer nivel sin perder una vida. Me encanta. Creo que estoy ya enganchada.

El segundo nivel es más complicado, pero me va bien. Voy pasando niveles muy concentrada, tanto que pierdo la noción del tiempo.

—¡Ostras! ¿Habéis visto eso?

Un grupo de chicos se ha formado a mi alrededor. Están pendientes de la pantalla.

—Nunca había visto a nadie pasar del nivel cinco —comenta uno con gafas y cara de empollón.

Vuelvo a centrarme en el juego. Los que me quieren comer se mueven más rápido, pero anticipo sus movimientos. Mi puntuación sigue subiendo como la espuma. Guau, menudo subidón.

—¡Va a batir el récord! —exclama otro chico.

La emoción se palpa en el aire. Más gente se acerca atraída por el alboroto.

Llego al nivel cien. Increíble.

Finalmente, pierdo mi última vida. La pantalla parpadea con un mensaje: «Nuevo Récord». Un coro de vítores estalla a mi alrededor. Me giro, sorprendida por la multitud que se ha congregado, todo chicos.

—¡Eso ha sido increíble! —dice un chico con una camiseta de Star Wars—. ¿Cómo te llamas?

—Sarah —respondo, aún aturdida por la adrenalina.

—Tienes que volver otro día. Hay un torneo la semana que viene.

Asiento, incapaz de contener la risa. ¿Yo? ¿En un torneo? Pues... me intriga. El juego algo ha despertado en mí. Una pasión que no sabía que tenía.

Consulto la hora y me sobresalto. ¡Han pasado dos horas! Mis amigas deben de estar cabreadas. Salgo corriendo pero antes de irme, echo un último vistazo a la máquina de Pac-Man. Volveré, esto es solo el principio.

Unos minutos después, las encuentro en otra tienda de ropa. Aunque ya es la hora de regresar a casa. Me despido de Rachel y Grace con un abrazo rápido en la puerta del centro comercial. Quedamos en vernos dentro de un par de días para ir a la playa.

Emprendo el camino a casa, con la mente aún en el récord que acabo de batir en el Pac-Man. ¿Cómo se lo explico a mi madre? Seguro que no entenderá mi repentino interés por los videojuegos.

Está anocheciendo. Doblo la esquina hacia mi barrio cuando unos ruidos extraños llaman mi atención. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro, y me escondo detrás de un coche aparcado.

¿Qué es eso? Cuatro hombres corpulentos arrastran a otro hacia un callejón oscuro.

—Ya te lo advertimos, cabrón —gruñe uno de ellos, propinándole un puñetazo en el estómago.

El hombre se dobla de dolor.

—Por favor, os lo suplico. Dadme más tiempo.

—Se te acabó el tiempo —responde otro pateándole las costillas.

De repente, veo cómo uno de ellos, calvo y con un tatuaje en la cara, saca una pistola y apunta al pobre hombre, que está de rodillas.

—No, no, por favor —implora entre sollozos.

Un disparo resuena en el silencio de la noche. El hombre se desploma. Dios mío, creo que está muerto. Cuando por fin reacciono, echo a correr sin mirar atrás. El corazón me late a mil por hora.

Irrumpo en casa jadeando. Mamá me mira extrañada desde el sofá, donde está leyendo alguna de esas novelas que tanto le gustan. Al verla, siento un inmenso alivio. Qué horror si estuviera sola en casa. Me moriría de miedo.

—¿Qué te pasa, cariño? Parece que has visto un fantasma.

Trago saliva intentando calmar mi respiración. Me siento en la mesa y me tapo la cara con las

manos, que están temblando. Vuelvo a revivir esa escena tan horrible. Pistola, sangre, muerte.

—¿Qué te pasa? —pregunta mamá levantándose de golpe y acercándose.

Cuando por fin consigo respirar con calma, le cuento todo. Los hombres, el disparo, el muerto. Entonces me doy cuenta de que soy testigo de un crimen. Sí, como en las películas. ¿Por qué yo? Solo tengo dieciocho años. Se supone que esas cosas no deberían pasarme.

—Tenemos que ir a la policía —dice mi madre sin dudarlo, sentada a mi lado rodeándome por los hombros—. Hija, tienes que contárselo. Un crimen no puede quedar impune.

—Mamá, no sé si podré. Es muy fuerte.

—Tienes que hacerlo, yo estaré contigo —dice y me besa en la frente.

# CAPÍTULO I

SARAH

*Cuatro años antes...*

En el cuarto de baño del motel, me recorto el pelo con varios tijeretazos aquí y allá. Después me tiño el pelo de moreno a rubio. Como ya tengo experiencia, lo hago casi con los ojos cerrados. Al mirarme en el espejo no me reconozco, pero es una sensación que me pasa a menudo, así que estoy acostumbrada.

¿Quién soy en realidad?

¿Soy Sarah Carrera o Kate Dermot? ¿O ahora soy Claudia Smith? Eso es lo que dice el pasaporte que le compré a los mexicanos por mil dólares. Claudia Smith. Les pedí mantener mi edad veinticuatro años para no hacerme líos por si acaso las autoridades me preguntan.

Eso sí, cambié la fecha de mi nacimiento y puse la de mi querida Grace para que no se me olvide. Los pequeños detalles son importantes.

¿Qué será de Grace? Seguro que ya estará terminando su carrera de arquitecta. Tendrá una pareja estable y su vida será normal, es decir, con la perspectiva de formar una familia.

¿Y Rachel? Ella ya debe de haber terminado su carrera como diseñadora de interiores. Espero que le vaya bien. Las echo de menos. ¿Se acordarán de mí? De su querida amiga Sarah que de repente desapareció de la noche a la mañana hace cuatro años.

Recuerdo aquella última videoconferencia con mis amigas como si fuera ayer. Poco antes de que fuera a pertenecer al programa de protección de testigos del FBI. Mamá estaba a mi lado dándome un apoyo que necesitaba más que nunca. No iba a ver más a mis amigas, y no podía desvelar el motivo.

—Me mudo a Chicago —dije tratando de sonar casual.

Me convencí de que debía hacerlo, por mi seguridad y la de ellas.

Grace arrugó la frente, confundida.

—¿Pero Chicago está muy lejos! ¿Por qué tan de repente?

—A mamá le surgió una oportunidad laboral de última hora y no podía dejarla pasar —dije continuando con la mentira.

Rachel asintió, tratando de ser comprensiva. Durante una media hora, les detallé un viaje que no existía, ya que en realidad nos mudábamos a Texas.

—Lo entendemos, Sarah. Solo queremos que seáis felices, aunque te vamos a echar mucho de menos.

—Yo también os voy a echar de menos.

—Llámanos en cuanto llegues.

—Prometido —dije aunque sabía que era una promesa vacía.

Nos despedimos con un beso y finalicé la videollamada antes de que rompiera a llorar. Después, dejé escapar un sollozo y me eché a los brazos de mi madre. Lloré como nunca antes lo había hecho. Me envolvió con sus brazos, como lo hacía cuando era una niña asustada por una pesadilla. Hundí la cara en su pecho y dejé que la tristeza se desbordase.

Sacudo la cabeza para que se me vayan esos pensamientos de Sarah. Ahora tengo que estar en mi papel de Claudia Smith, una escritora de guías turísticas. Sobornaré a los de la aduana si me ponen pegas por el pasaporte, aunque a mí me parece que puede colar. Está bien hecho, sí, pero nunca se sabe.

Al salir del baño, me sobresalto.

—¿Qué hacías tanto ahí dentro? —me pregunta el chico mexicano al que me acabo de follar. El de mantenimiento del motel, un polvo rápido y seguro.

—Pensé que ya te habías ido —respondo, en medio de la habitación.

Está vestido de cintura para abajo con unos pantalones caqui con muchos bolsillos.

—¿Por qué has cambiado de aspecto?

Me doy cuenta de que en la mano llevo los dos pasaportes, y de que el chico (ni recuerdo su nombre) lo ha visto también. Puede que sea un poco simple, pero tonto no es.

—A ti eso no te importa. Ahora tengo que irme —digo cogiendo mi maleta, que ya tenía preparada.

A través de la ventana, veo que el día ha amanecido con el cielo encapotado. No importa. No estaré mucho más en Tijuana. La idea es coger un autobús hacia el sur y llegar hasta Panamá.

—Espera un momento —dice cogiéndome del codo al pasar por su lado—. Tienes que darme una explicación convincente, o si no iré a la policía.

Por una vez que me decido a echar un polvo con un desconocido, me va a salir caro. Si lo sé me masturbo yo misma y me quedo igual de satisfecha.

—¿Te refieres a que te dé dinero?

—No me vendría mal, la verdad —dice con una sonrisa bobalicona.

Sonrío y le palpo la entrepierna.

—¿Me harías un descuento si te hago una mamada?

—Pues claro, faltaría más.

Le digo que se apoye en la cómoda y le bajo los pantalones. El pobre la tiene pequeña, pero no es el momento de criticarle. Me arrodillo y le lanzo una miradita divertida para que se confíe. Qué fáciles son los hombres.

—Cierro los ojos por un momento, y voy a llevarte a la gloria —le digo juguetona.

El tonto obedece. Mientras que con una mano se la agarro, con la otra alcanzo un jarrón pesado, que descansa sobre la superficie de la cómoda.

—Ustedes las gringas son de poca madre —dice el mexicano, relamiéndose de gusto—. Os encanta chingar.

No sé lo que significa pero me da igual. Cojo el jarrón y se lo estampo en la cabezota. El chico cae al suelo al momento y se queda inmóvil. Por Dios, espero no haberlo matado. Lo que me faltaba.

Un hilo de sangre empieza a manar en la frente. Me agacho y con dos dedos le palpó el pulso en el cuello. Uf, respiro tranquila. Sí, está vivo. Se despertará en un rato, y yo ya estaré lejos de aquí, en otro país.

## CAPÍTULO 2

SARAH

Me encanta pasear por la mañana antes de que amanezca. Sombra y yo vamos caminando por el campo, siempre recorriendo el mismo circuito por alrededor de una media hora. Lo suficiente para activarme y afrontar la mañana de trabajo.

De alguna manera, al ver lo mismo cada vez, el bosque a un lado, un caminito de tierra, urbanizaciones al fondo y la autovía de la Costa del Sol siento que todo me pertenece. Como si fueran mis dominios. En todos los sitios en los que he estado antes no me ha pasado, quizá porque solo estaba unos meses y me iba para no dejar rastro a mis perseguidores, los mafiosos rusos de la Bratva.

Ahora llevo seis meses aquí y ya me parece demasiado tiempo. En cuanto me paguen por mi último trabajo, me marcharé. Bueno, nos marcharemos porque pienso llevarme a Sombra conmigo.

¿Adónde? Ya veremos. Como siempre, cogeré el mapa, cerraré los ojos y dejaré que el azar me guíe. España fue una decisión acertada. Se vive bien, sobre todo por el maravilloso clima. Aquí hace sol la mayor parte del tiempo.

—¡Sombra, no te alejes, que te conozco! —le digo al verle husmear entre los matorrales.

Se gira hacia mí como diciendo «te he escuchado», pero sigue con lo suyo. A veces tengo que engancharle la correa, aunque solo cuando se cruza con otro perro, algo que no suele ocurrir.

Unos minutos después, llegamos a casa. Si la elegí para alquilar es porque se encuentra aislada, para lo bueno y para lo malo.

Además, el casero me puso facilidades porque hacía tiempo que nadie se la alquilaba. Necesita unos cuantos arreglos en el techo pero el casero, Pedro, no quiere gastarse ni un céntimo. Yo sola pinté las manchas de humedad en las paredes con mucha paciencia.

Cualquier problemilla que aparece lo voy arreglando, aunque ahora ya da igual porque me voy a marchar. Pedro ya lo sabe y le pedí que me devolviera la fianza de dos meses.

—Tendré que pasarme por ahí y echarle un vistazo a la casa —me dijo por teléfono.

—Cuando quieras.

La fianza me vendrá bien para los gastos que se me avecinan por el viaje. Además, antes de marcharme me pasaré por el veterinario para que revise a Sombra de arriba abajo. ¿Iré en avión? Para eso tendré que dormirle y eso no me gusta. Alquilar un coche y cruzar la frontera hacia Francia. Sí, me gusta esa aventura.

Dejo la correa en la mesa y me dirijo a la cocina. Doy de comer a Sombra, preparo para mí café y un bol de avena con fresas. Después me siento en la mesa con mi portátil. Sombra se

tumba a mis pies, bostezando.

En internet, reviso mi monedero virtual de bitcoins. Nada. El pago de mi último cliente aún no ha llegado, pero confío en que lo hará pronto. Respiro hondo y decido concentrarme en mis tareas del día.

Abro el software de diseño 3D. La pantalla se llena de líneas y figuras tridimensionales. Continúo modelando personajes para el videojuego en el que trabajo. Ajusto proporciones, añado detalles, pulo texturas. El tiempo parece volar cuando estoy inmersa en esto.

Sombra levanta la cabeza y gime. Sonrío.

—Ya casi termino, prometo que después nos daremos otro paseo.

Cambio a la parte de animación. Los personajes cobran vida con cada ajuste que hago en sus movimientos. Volúmenes, luces, sombras. Todo debe estar perfecto.

Antes del almuerzo, me preparo para la parte más tediosa del día. Abro LinkedIn y comienzo a responder mensajes de clientes potenciales. A nombre de Claudia Smith, claro. Actualizo mi portafolio online con mis trabajos más recientes. Fotografías, *renders*, demostraciones de personajes. Cada detalle cuenta para impresionar.

Me sumerjo en foros de diseñadores de videojuegos. Debo mantenerme al día con las últimas tendencias y técnicas en la industria. Los foros están llenos de debates técnicos, discusiones sobre nuevas herramientas y exhibiciones de trabajo. Aprendo un montón.

—Mira, Sombra. Parece que hay una nueva técnica de texturizado que podría ser útil. ¿Qué te parece?

Suelta un ladrido lo que significa, sin duda, que le parece bien que me forme. La mañana pasa volando. El hambre me recuerda que es hora de almorzar.

Reviso mi bandeja de entrada. Entre los correos de siempre, uno destaca con el asunto: “Urgente: Suspensión de pagos”. Abro el mensaje y empiezo a leer. Mis ojos recorren las palabras: «Lo siento mucho, Claudia, pero la empresa ha quebrado. No podremos pagar lo que te debemos. Tendrás que hacer la reclamación en los juzgados de Nueva York».

Me levanto de la mesa de golpe. Sin querer, se me cae la taza al suelo. Un grito de frustración se escapa de mi boca, resonando por toda la casa.

—¡Malditos ladrones! —grito, incapaz de contener mi rabia.

Golpeo la pared con el puño. Contaba con ese dinero para marcharme. El alquiler, la comida y el viaje. Todo dependía de ese pago. El plan desaparece de repente. Estoy atrapada hasta que consiga más ingresos y sé que eso no será fácil ni rápido.

Las facturas seguirán llegando y el dinero en mi cuenta no es infinito. Dirijo la mirada a Sombra. Me observa sin comprender mi desesperación.

—No sé qué voy a hacer.

Siento la presión en el pecho. Respiro hondo e intento mantener la calma, aunque sé que tengo poco tiempo antes de que todo se derrumbe a mi alrededor. Pienso en Nueva York, en los juzgados. Un laberinto de burocracia y caos. No tengo tiempo para eso. Cada minuto que paso aquí es otro momento de peligro. Si los rusos me encuentran, me matarán para que no testifique en su contra de su jefe, Romanov.

Escribo respuestas a los correos pendientes, buscando desesperadamente algún cliente que pueda necesitar mis servicios de inmediato.

—Vamos, alguno tendrá que responder —digo esperanzada.

Agarro la correa y la ajusto alrededor del cuello de Sombra. Salimos de la casa, mis pensamientos se enredan en la desesperación y la impotencia mientras caminamos. Otra vez el futuro se vuelve incierto.

## CAPÍTULO 3

RICCARDO

—Sr. Barone, aterrizaremos en Gibraltar en quince minutos.

—Gracias, Fátima —le digo sentado al lado de la ventanilla del jet privado de la familia.

—De nada, Sr. Barone —dice con sonriendo con coquetería—. ¿Desea otra copa de champaña?

—Con una ya está bien.

Fátima hace el amago de alejarse, pero da media vuelta.

—¿Sabe? Le sienta muy bien el uniforme —dice sonriendo—. Está muy guapo.

—Pues hoy es el último día que lo llevaré puesto. Oficialmente, he pasado a la reserva, así que guardaré el uniforme en el armario y que me pondré algo más cómodo para el día a día.

Ella se encoge de hombros, como diciendo «es una pena».

—Si me necesita para lo que sea. Ya sabe dónde localizarme —dice y me entrega un papelito, que imagino lo que tiene escrito. Sí, correcto, su número de móvil.

—Te lo agradezco, Fátima —digo guardándome el papelito en uno de los innumerables bolsillos de la chaqueta militar.

Se gira y no puedo evitar mirarle el culo. La falda que lleva le da una forma espectacular y distingo una pequeña cremallera justo en el medio, donde termina la espalda. La blusa lo tapa un poco, pero tengo la fantasía de oír cómo se abre. ¿Llevará tanga o bragas? Qué dilema más excitante.

El letrero de ponerse el cinturón se ilumina. Por la ventanilla, contemplo el Mediterráneo en todo su esplendor. También el Peñón de Gibraltar y la costa española llena de urbanizaciones.

¿Quién estará esperándome en el aeropuerto para llevarme a casa?

Siento un hormigueo en el estómago. Estos años, he estado yendo y viniendo a Marbella varias veces para estar con la familia. Sobre todo para ir conociendo a todas las cuñadas y sobrinos. Son ya unos cuantos. De hecho, soy ya el único soltero de los Barone.

Pues con treinta y un años no pienso en casarme ni mucho menos, me digo a mí mismo palpando el bolsillo donde guardo el teléfono de Fátima.

El jet privado empieza el descenso hacia la pista de aterrizaje. Me acuerdo ahora de los viajes a misiones pacíficas con el Ejército. Íbamos en un avión de carga, todos hacinados, sin orden ni concierto. Olíamos como demonios. Eso se acabó por una larga temporada, probablemente para siempre.

No, no lo voy a echar de menos. Bueno, la camaradería con los compañeros sí. Tampoco me arrepiento de haber sido militar, pero siento que es una etapa de mi vida que se ha cerrado. ¿Qué

me deparará el futuro? No lo sé.

Lo único que tengo claro es que no quiero participar en los negocios de la familia. Veremos cómo reacciona mi padre cuando se lo confiese.

Aterrizamos y a los pocos minutos nos detenemos en el hangar privado. Cojo mi petate y me dirijo a la salida, donde me despido con amabilidad del capitán y Fátima, por supuesto. Bajo por la escalerilla. Se ha levantado un fuerte viento, pero no importa. En el Peñón es lo normal.

—¡Riccardo! —exclama Leo con su eterna sonrisa astuta mientras me abraza con fuerza.

—¡Pensé que nunca ibas a aterrizar, primo! —Salvatore se une al abrazo, y siento que ya estoy en casa.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta Leo mientras caminamos hacia el Rolls Royce que nos espera.

—Genial. Ya sabéis, nada como un jet privado para viajar cómodamente —respondo.

Subimos al coche. Leo se sienta frente al volante, Salvatore al lado y yo detrás con mi petate.

—Toda la familia te espera en la residencia —comienza Leo, girándose ligeramente para mirarme—. Incluso Vincenzo y Chiara.

—¿Cómo te va viviendo en el hotel rural con Natasha y Rita? —le pregunto a Leo.

—Buf, de puta madre, tío. Vivimos en un lugar increíble. Tienes que conocerlo, pasar un fin de semana o lo que quieras.

—La pequeña Rita está preciosa. No deja de sonreír —responde Salvatore con orgullo de tío.

—Entonces para aclararme —digo inclinándome hacia adelante—. Ahora en casa vives Salvatore, con Beatrice, las gemelas y Mattia. Y también Pietro y Eli, con Ronan y Vittoria.

—Muy bien, aprobado —dice mi primo—. Para ser el más joven de la familia no has salido muy tonto.

Le suelto una colleja a mi primo. Salvatore se gira y comienza a lanzarme puñetazos. Por supuesto, me defiende golpeándole el hombro. Otra de nuestras tradiciones, las peleas fraternales.

—¡Estaos quietos, que parecéis críos! —exclama Leo.

—Cómo se nota que ya es padre —digo para picarle.

—Sí, papi —dice Salvatore pasándose la mano por el pelo.

Seguimos recorriendo la autovía, muy cerca de la orilla. Veo gente paseando a sus perros o corriendo en pareja. Aunque es un paisaje que conozco bien por todas las veces que he venido, me sigue transmitiendo una calma absoluta.

—Estamos deseando contarte todos los negocios en los que estamos metidos, primo —dice Salvatore.

Prefiero no decirles nada ahora, que no quiero estar metido en esos negocios. Ya encontraré el momento.

—Vas a flipar, tío —dice Leo mirándome por el retrovisor—. Tenemos más dinero que nunca gracias a mi esposa. Su apellido ha abierto nuevas rutas para la cocaína y las armas.

—Eso se traduce en más curro —apunta Salvatore.

—No te vas a aburrir, Riccardo —dice Leo—. ¿Cómo lo ves?

—Ya veo que estos años os habéis arreglado muy bien sin mí. Mientras yo estaba en misiones de paz, vosotros pasándolo en grande.

—Pues sí, de puta madre, así que ahora no vengas a aguarnos la fiesta —dice Salvatore.

—Anda y que te den por culo.

—Bien, así me gusta —dice Leo sonriendo—. Siempre con cariño.

—Pero ¿vienes para quedarte para siempre, no? —pregunta mi primo.

—Estoy en la reserva, así que solo me llamarán a filas si hay una emergencia nacional.

—Todo un teniente del Ejército italiano en la familia —dice Leo.

—El mejor francotirador con nosotros, en los Barone —dice Salvatore con admiración, chocando una mano con Leo.

Me entra una punzada de remordimiento. Espero no decepcionarlos demasiado cuando se enteren de que viviré al margen de los Barone.

## CAPÍTULO 4

### RICCARDO

Acompañado de Salvatore y Leo, entro en el salón de casa y me encuentro con la escena familiar de la que me habían hablado. Mis padres se levantan de inmediato para abrazarme. El perfume de jazmín de mi madre me envuelve mientras me estrecha entre sus brazos. Mi padre, con sus cejas espesas y canosas, me da unas palmadas en la espalda.

—Bienvenido a casa, hijo —dice emocionado.

Leo me dijo una vez que yo era su favorito. No sé por qué lo dijo, la verdad. Pues menudo disgusto le voy a dar.

Vincenzo se acerca sonriendo y nos fundimos un abrazo. Parece que hace siglos que no vengo. Después, es el turno de mis cuñadas. Chiara me besa en las mejillas. Natasha me da un abrazo cálido. Beatrice y Eli me dan otro.

Los sobrinos corretean por el salón. Rita duerme plácidamente en el carrito. Ronan y Vittoria juegan en una esquina con sus juguetes. Mattia me mira con curiosidad desde detrás de las piernas de su madre.

Las gemelas se acercan con toda la confianza del mundo. Me entregan una tarjeta de bienvenida llena de dibujos y firmada por ellas. La guardo con cariño en el bolsillo de mi chaqueta.

Mi madre me ofrece una copa de whisky Bulleit Bourbon, mi favorito. Acepto agradecido y me siento en uno de los sofás. Mi padre se sienta a mi lado.

—Mañana hablaremos tú y yo largo y tendido —me dice.

—Como quieras, papá.

Después de una hora de ración familiar, subo a mi dormitorio con el petate. Me viene bien un poco de calma para recargar las pilas. En el móvil descubro un mensaje de texto de Sean McCarthy, un buen amigo.

¿Italiano, cómo ha ido el reencuentro con la familia?

Sean siempre ha ido directo al grano. Lo conocí en aquellos días en las misiones de paz en el Líbano. Yo como francotirador del ejército italiano, y él como especialista en desactivación de bombas de las Fuerzas de Defensa Irlandesas. La misión era neutralizar una fábrica de explosivos en un territorio controlado por insurgentes.

Era una noche infernal, con el cielo iluminado por explosiones y ráfagas de balas. Estábamos a punto de entrar cuando descubrimos una bomba a punto de detonar muy cerca de nosotros.

Sean, metódico y sin perder la calma, logró desactivarla a tiempo y salvó nuestras vidas. Desde ese momento supe que podía contar con él para cualquier cosa.

Nuestros descansos solían ser en cantinas para soldados, rodeados de humo, risas y mucho alcohol. Recuerdo una noche en particular, cuando compartimos una botella de whisky barato que, para nuestra sorpresa, nos hizo descojonarnos hasta el amanecer. Sean hablaba sobre su familia en Irlanda y sus planes para cuando terminase la misión. Yo, por otro lado, le contaba de los Barone, aunque evitando los detalles más oscuros.

Entre trago y trago, nuestra amistad se fue forjando. Discutíamos sobre nuestras vidas, sobre cómo nos habíamos metido en este mundo y sobre el futuro incierto que nos esperaba. Siempre me llamaba «el Italiano» y yo le replicaba con «el Irlandés». Un apodo cariñoso, una muestra de la camaradería que nos unía.

Después de finalizar la misión, colaboramos en varias otras, siempre cuidándonos las espaldas. Sean tenía su propia familia criminal en Irlanda, una historia similar a la mía. Eso nos unió aún más, ya que los dos entendíamos lo que es vivir en un mundo peligroso.

Muy bien, como esperaba. ¿Tú cómo estás, irlandés?

Su respuesta llega al momento.

Bien, buscando un hueco para relajarme después de tanta familia.

Sonríó mientras escribo la respuesta.

Te entiendo perfectamente, camarada.

Llega el solemne momento de quitarme el uniforme. Lo hago lentamente, saboreando que será la última vez. Desabrocho los botones y me quito la chaqueta, a la que paso una mano sobre las condecoraciones y el escudo del Ejército, una estrella de cinco puntas. Todo un símbolo nacional.

Después me quito los zapatos y el pantalón, que dejo sobre la cama junto a la chaqueta. Una vez que echo la última mirada, coloco el uniforme en la percha y lo cuelgo junto a mi ropa más informal. No puedo evitar un sentimiento de orgullo, aunque a decir verdad hay un recuerdo sombrío que lo empaña. No, ahora no quiero recordarlo. Más adelante.

Me visto con una camiseta negra y unos vaqueros. Este es un nuevo Riccardo. ¿Le gustará a mi familia? Tendrán que aguantarse. Lllaman a la puerta y se oyen unos pasos.

—Riccardo, hijo—dice mamá al entrar en el dormitorio—. Me alegra tanto tenerte en casa otra vez.

—A mí también me alegra —digo sonriendo.

Ella se sienta en la cama, junto al petate. Sus ojos me examinan con ternura y preocupación.

—¿Ya has guardado el uniforme?

—Sí —digo señalando el armario.

—Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Riccardo, ya tienes treinta y un años —dice jugueteando con su collar de perlas—. Ya es hora de que sientes la cabeza. Todos tus hermanos y primos ya están casados, con sus familias. Quiero verte igual, feliz y asentado.

—Mamá...

—No, escucha, hijo. Entiendo que la vida militar ha sido importante para ti, y te hemos

apoyado. Pero aquí tienes un futuro. Los negocios de la familia te necesitan. Tu padre y yo queremos verte involucrado.

Respiro hondo.

—Lo pensaré, mamá —digo finalmente.

—Solo quiero lo mejor para ti, Riccardo.

—Lo sé.

Me quedo en silencio mientras ella se va. Mirando a través de la ventana, respiro hondo. Los recuerdos de las misiones pasadas se mezclan con la inquietud de un futuro incierto. ¿Podré aguantar vivir aquí, rodeado de los míos? ¿Realmente podré ser quien ellos esperan que sea?

## CAPÍTULO 5

### RICCARDO

El calor sofocante en Beirut, la capital del Líbano. Mi escuadrón y yo nos encontramos en el techo de una vivienda deshabitada, a plena luz del sol. Llevamos horas apostados, vigilando una casa de dos plantas a medio kilómetro de distancia, justo en el barrio más peligroso de la ciudad.

Acercarnos es un suicidio, por eso vigilamos desde aquí con varios rifles con mira telescópica apuntando hacia las ventanas. Nuestro teniente coronel nos ha dicho que dentro hay terroristas que quieren acabar con una parte de la población civil.

Mis compañeros y yo nos vamos turnando. Mientras unos vigilan, otros se refugian en la sombra para comer o simplemente descansar. Ahora yo soy uno de estos.

—Qué ganas de volver a casa —les digo—. Estoy hasta los cojones de esta ciudad, de este calor tan pegajoso.

—Yo también —dice uno secándose el sudor con la mano.

Llevamos la camisa abierta, algo que va contra el reglamento, pero que dadas las circunstancias se olvida a propósito.

—Malditas misiones de paz —dice otro—. No sé ni por qué les llaman así, siempre acabamos disparando más que en los entrenamientos.

—¿Alguna novedad? Cambio.

Por la radio nos habla nuestro teniente coronel. Un cabrón de mucho cuidado, que solo le importa que se obedezcan las órdenes del alto mando.

—No, señor —digo con el aparato en la mano—. Todo tranquilo. Cambio.

—En cuanto liquidéis a unos cuantos, volved a la base. Venga, rápido, que no tenemos todo el día. Acabad con esa cédula de terroristas. Cambio y corto.

—A la orden, señor —digo y cierro la comunicación.

—Seguro que el hijo de puta está en un lugar con aire acondicionado —dice uno.

—Ya lo creo que sí —añado.

El que está vigilando se levanta y se acerca a nosotros. Es el más veterano del grupo, un hombre curtido en mil batallas, como se suele decir.

—Barone, te toca.

A regañadientes, voy al puesto. Me tumbo y cojo el rifle con las dos manos. Ajusto la culata y la mira telescópica. A cada uno le toca hacerlo en cada relevo. Examino la fachada de la vivienda. Dos plantas, tres ventanas y una terraza, todo ladrillo puro, mal pintado y descascarillado. Llevan horas escondidos, sin asomarse ni para tomar aire.

El sol empieza a taladrarme la cabeza. Me caen goterones de sudor por la frente, incluso uno

me llega hasta el ojo y lo irrita. Detrás de mí, oigo la conversación de mis compañeros. Tengo ganas de gritarles que se callen de una puta vez, pero ¿qué culpa tienen ellos?

Vigilo la casa a través de la mira telescópica. Siempre con el dedo en el gatillo, a punto de disparar a la mínima ocasión. Siento la tensión en cada músculo del cuerpo.

Entonces, de pronto una figura aparece por una de las ventanas. Es el momento. No pienso, solo actúo. Aprieto el gatillo y una ráfaga de balas sale disparada hacia el objetivo e impacta en la cabeza y el pecho.

Descubro con horror que es una mujer.

He matado a una persona inocente.

Cae por la ventana y su cuerpo queda en la calle, ensangrentado. He cometido un error terrible.

La confusión empieza a extenderse. La gente del barrio sale de sus casas, algunos gritan. La multitud se agolpa alrededor del cuerpo de la mujer, sus caras reflejan rabia y consternación.

—¿Qué has hecho, Barone?! —grita uno de mis compañeros.

Cierro los ojos. El sudor sigue cayendo y trato de limpiarlo con el dorso de la mano. Siento que el mundo se derrumba a mi alrededor. No puedo quitarme la imagen de la mujer ensangrentada de la mente.

Intento explicar, pero las palabras no salen. Me arde la garganta, y el ruido a mi alrededor se vuelve ensordecedor. No puedo dejar de ver esas caras asustadas mirándome, acusándome. Mis propios compañeros me critican y con razón.

Me retiro del puesto, dejando el rifle a un lado. Mis manos tiemblan. Necesito un momento para procesar todo. La misión ha salido terriblemente mal, y ahora tengo que cargar con esta culpa.

Me despierto sobresaltado, empapado en sudor. La pesadilla vuelve a atormentarme. Consulto el reloj de la mesita de noche: las dos de la mañana. Me levanto de la cama y me dirijo hacia el baño, moviéndome como un fantasma por la penumbra.

Abro el grifo y dejo que el agua corra durante unos segundos. Después meto las manos en forma de cuenco y me humedezco la cara varias veces.

Levanto la vista hacia el espejo. Mi cara reflejada parece la de un extraño. Ojeras profundas, mirada cansada y una sombra de barba que no he tenido tiempo ni ganas de afeitarse.

—Joder, Riccardo —murmuro.

Sacudo la cabeza negativamente. Han pasado años de la tragedia, pero aún me persigue. Los ojos de la mujer que maté sin querer. La gente gritando, apuntándome con dedos acusadores. Es un peso que no se va, una sombra que no desaparece ni con todo el alcohol que he intentado beber para olvidar.

Me apoyo en el lavabo, los nudillos blancos de tanta presión. No se me ocurre otra cosa que pueda hacer en este momento, salvo intentar calmarme. Respiro hondo, tratando de poner la mente en blanco.

—No puedo seguir así —suspiro—. Esto tiene que acabar.

Me seco la cara con una toalla y regreso a la cama. Dormir lo que queda de noche será imposible. Si pudiera volver atrás en el tiempo, me daría una décima de segundo más antes de disparar. Solo una décima de segundo hubiera sido necesario para salvar la vida de un inocente.

## CAPÍTULO 6

SARAH

¿Las cosas se pueden complicar un poco más? Siempre. Eso es lo *peor* de la vida. Cuando esperas no caer más hondo, resulta que siempre hay espacio de sobra para seguir cayendo.

Los potenciales clientes a los que he contactado no responden a mis correos ofreciendo mis servicios. Además, me he levantado esta mañana con varias notificaciones en el móvil. Son de la empresa que gestiona mi cartera de bitcoins. De la noche a la mañana, han perdido un 50% de su valor.

Joder, qué cabreada estoy.

¿Los motivos? Ha quebrado uno de los mercados donde opera, y eso ha creado una oleada de incertidumbre en los inversores. Total, un descenso brusco que me supone pérdidas fuertes de dinero.

Sí, es posible que el valor remonte y se vuelva a mantener el flote. Quizá pueda recuperar mis ahorros, pero no se sabe cuándo.

—¿Ahora qué hago, Sombra? Apenas me queda dinero y quiero seguir en la casa.

Me mira meneando el rabo, pero al ver que estoy abatida mete su cabeza en mi regazo. Le acaricio a la vez que leo las noticias bursátiles, en busca de explicaciones más técnicas de lo que ha sucedido.

Por desgracia, no puedo arrepentirme de haber elegido bitcoins como modo de pago de mis servicios como diseñadora de videojuegos. Los bitcoins son dinero en internet que no se puede rastrear. Ni siquiera el FBI lo puede hacer, así que tampoco los mafiosos rusos que quieren localizarme y matarme.

Estoy a salvo, pero a cambio el bitcoin tiene el riesgo de ser una moneda muy volátil. Como se suele decir, si juegas con fuego te acabas quemando. Me llevo las manos a la cabeza y suspiro. Sin trabajo y sin dinero. ¿Qué más me puede pasar? ¿Para cuándo una buena noticia?

Ahora voy a tener que apretarme el cinturón. Me esperan muchos almuerzos con pasta y ensalada, lo más barato y socorrido. Quizá hasta le pida al casero no pagar la siguiente mensualidad, o bueno, que me la aplace. Por cierto, tiene que estar ya al caer.

—¿Qué crees que dirá el casero, Sombra? —le pregunto cogiendo su carita entre las manos.

Sombra ladra como diciendo «y yo qué sé». Si hablase, ya sería la mascota ideal. Esta mañana ni siquiera me apetece dar un paseo, así que me quedo en casa, apática o triste, no lo sé. Consulto el reloj del horno. Tomás, el casero, vendrá de un momento a otro para recoger el alquiler. Es puntual cuando se trata de recibir dinero, pero para darme un nuevo microondas tarda una eternidad.

Iba a ducharme, pero mejor no, así ahorro agua. Como mucho, me lavo la cara, me quito los pedruscos que tengo como legañas y así voy bien para recibirlo.

Unos minutos después, oigo ladrar a Sombra. Eso es que alguien viene, supongo que será el casero. Como siempre le gruñe, por regla habitual dejo al perro fuera, en el jardín. Por la ventana de la cocina, me asomo para asegurarme que es él. Sí, su furgoneta y su barriga cervecera son inconfundibles.

Le diré algo así: «Tomás, tengo un problema pero que se acabará solucionando. Solo es cuestión de un mes». Aunque no sé si será al final verdad, porque a lo mejor es más tiempo.

Sombra lo huele y gruñe.

—Venga, al jardín —le digo, y a regañadientes me obedece.

Me quedo sola en la cocina. Tomás abre la puerta con su llave, algo que le he pedido más de una vez que no haga. Aunque sea su casa, yo estoy viviendo en ella. Tiene unos cincuenta años, barba blanca, y camina lentamente. Viste siempre la misma ropa, un jersey grueso gris y unos vaqueros que le quedan grandes.

—¿Qué pasa, guapa? —dice a modo de saludo.

—Hola, Tomás —digo con los brazos cruzados, apoyada en la encimera.

—¿Tienes café? Es que no he desayunado.

—Ya no me queda.

—Vaya, qué casualidad justo cuando vengo yo —dice con ironía, sentándose en la mesa redonda.

Generalmente, procuro mantener distancia con él. Fue el único casero que no me pidió nómina para alquilar la casita, y eso fue decisivo. Solo le enseñé mi pasaporte con mi nombre falso. Pero esta vez tiene que ser diferente. Necesito algo de él.

—¿Dónde está la pasta, Claudia? —pregunta con exigencia.

—¿Pasta? —digo extrañada.

—Sí, dinero, *money*. ¿No sabes esa palabra en español? Es básica para desenvolverse en este país, hija.

—Delante de ti —digo señalando el sobre en la mesa con la punta de la barbilla.

Tomás gira la cabeza y hace un gesto de sorpresa.

—Ah, vale, qué torpe soy, jejeje.

Se pasa un dedo con una uña sucia por la lengua, y empieza a contar el dinero con una parsimonia irritante, como si tuviera todo el santo día. Aunque no sé mucho sobre él, sé que vive solo en otra casa no muy lejos de aquí.

—Vale, está todo —dice sonriendo.

Antes de que se levante, me siento enfrente.

—Escucha, Tomás —digo con las manos entrelazadas sobre la mesa—. Tengo que contarte algo.

Parpadea, sorprendido.

—No será que me vas a pedir el microondas otra vez, ¿eh? —dice irritado.

—Tengo un problema económico.

Echa la cabeza hacia atrás, cayendo en la cuenta de lo que voy a pedirle.

—Me vendría bien aplazar el pago de la mensualidad.

Resopla, lo que no es una buena señal que digamos.

—Curiosamente, hoy venía a decirte que para el mes que viene te voy a subir el alquiler.

—¿Cómo? ¿Por qué? Llevo aquí seis meses sin darte problemas.

—Sí, pero soy empresario, y me están haciendo ofertas muy buenas para alquilar esto. A la

gente le gusta estar tranquila y en contacto con el campo —dice abriendo los brazos.

—¿De cuánto sería la subida?

—Un 25% y, ojo, me parece poco, ¿eh?

—¿Un 25%? ¡Qué locura!

—Llevo cinco años alquilándolo al mismo dinero. La vida sube y hay muchos gastos.

—No será por lo que inviertes en esta casa —digo y enseguida me doy cuenta de mi error, aunque ya es tarde.

—¡Encima con reproches! —exclama y se levanta con pesadez—. Ya sabes, si no vas a pagar el mes que viene te quiero fuera.

—No puedes hacerme esto, Tomás.

Hace un gesto desdeñoso con la mano mientras camina hacia la puerta. Le sigo hasta la furgoneta.

—Está bien, pagaré el mes que viene y después ya negociamos la subida —digo a la desesperada—. ¿Qué te parece?

Sentado delante del volante, ni me mira.

—Bah, prefiero tener inquilinos nuevos —dice y pone la marcha atrás, maniobra y se marcha.

Furiosa, entro en la casa y cojo lo primero que tengo a mano, la taza de café y la estampo contra la pared. Dios mío, qué asco de vida. ¿Por qué a mí?

## CAPÍTULO 7

### RICCARDO

Antes de hablar con mi padre, doy unos largos en la piscina. Lo he echado de menos durante mi estancia en el Ejército. La calma del agua, la frescura, el chapoteo, el sentir que uno flota y se desliza con naturalidad con todo el cuerpo. Voy de un lado a otro nadando estilo scroll, tomo una bocanada de aire y lo que dure. Dejo la mente en blanco y me dejo ir. Qué gozada.

Al salir del agua, veo que hay una toalla en la hamaca. Sin duda, un detalle de Esperanza, que siempre está en todo. Me voy secando camino a mi dormitorio, notando la inquietud de la conversación que se avecina con mi padre. Anoche le dije a mi madre que me lo pensaría, pero no quería preocuparla. Tengo decidido que necesito un periodo de calma en mi vida. Mi padre tendrá que entenderlo, y también mi madre.

Me visto con una camisa azul y unos pantalones de algodón. No es mi estilo, pero tengo que ser inteligente. Si me presento con una camiseta y los vaqueros, ya voy a tenerle en contra desde el minuto uno. A veces se imponen sacrificios en busca de un objetivo más grande.

Por eso ingresé en el Ejército.

Terminé el instituto sin una clara idea de qué hacer con mi vida. Durante cinco años intenté encajar en los negocios familiares, pero aquello no me llenaba. El bullicio y la crudeza del día a día me resultaban aburridos. Entonces la cocaína se volvió una compañía constante.

Hubo una noche en particular que marcó el punto más grave. Sin saber por qué, me encontré en un callejón temblando por el efecto de la droga. Caí inconsciente y me llevaron al hospital.

Cuando mi padre se enteró ordenó mi ingreso en una clínica de rehabilitación. Tenía veinticuatro años.

Fue un puto infierno. Las paredes blancas y asépticas, la falsa amabilidad de los empleados y psicólogos, todo me asfixiaba. Quería salir corriendo, romper todo, pero no podía.

Una tarde, mi padre vino a visitarme. No hubo recriminaciones, solo una propuesta para salvarme.

—Riccardo —empezó con su voz grave—, he estado pensando en cómo ayudarte.

Tragué saliva.

—Quiero enviarte al Ejército —continuó—. La estructura, la disciplina, el propósito que allí encontrarás pueden ser lo que necesitas.

La sugerencia me dejó helado. ¿Soldado? No me veía a mí mismo como soldado, pero lo medité al ser una propuesta de mi padre.

Los días siguientes fueron una maraña de pensamientos y emociones. La rehabilitación seguía su curso, implacable, pero la idea del Ejército se fue consolidando en mi mente. ¿Podría

realmente ofrecirme una oportunidad para redimirme?

Al final, acepté. El deseo de demostrar a mi padre que en mí había un Barone digno del apellido.

El entrenamiento, las pruebas de resistencia, las jornadas interminables... todo me fue moldeando, puliendo los bordes ásperos que quedaban de mi vida anterior. Aprendí a enfrentarme a demonios, a convivir con ellos... hasta que pasó lo de Beirut y maté a aquella mujer inocente.

Entro al despacho y me lo encuentro dando de comer a las pirañas. Hay viejas costumbres que nunca van a cambiar.

—¿Cómo se encuentran los emperadores? —le pregunto.

—Julio César está raro, algo le pasa, no está hambriento como siempre —dice cerrando el bote de la comida y dejándolo en un estante—. Pero sentémonos, hijo.

Afuera, oigo las voces de Eli y Beatrice. Junto a Chiara están preparando un nuevo evento en la galería. Esas tres han formado un trío letal.

—¿Cómo te ha recibido la familia ahora que has vuelto para quedarte? —pregunta.

—Muy bien —respondo sonriendo—. Se nota que les ha alegrado mi regreso.

—Me gusta escucharlo —dice asintiendo lentamente—. Ahora hablemos de negocios, que es el motivo por el que quería hablar contigo.

Me remuevo en el asiento, esperando el momento para soltar la bomba.

—Tenemos varios frentes abiertos en la ciudad —continúa—. Droga, armas... de todo. Pero quiero que empieces haciendo el seguimiento de una llegada de droga cerca de Gibraltar. Será de noche para evitar a la Guardia Civil que siempre está dando por saco.

—Escucha, papá. Lo he estado pensando muchísimo, créeme, y quiero tomar una decisión.

—¿Qué quieres decir? —pregunta inclinándose sobre la mesa.

Aprieto las mandíbulas. Voy a decepcionarle, pero es lo que hay.

—No tengo pensado involucrarme en los negocios familiares, al menos por ahora.

El ambiente se carga de tensión al momento. Mi padre parpadea, desconcertado.

—¿Cómo dices?

—Me has oído. No quiero participar en los negocios familiares —digo tajante.

—¡Eres un ingrato! —exclama levantándose de la silla.

—¡Es mi vida y yo decido lo que quiero hacer!

—¡Eres un Barone y te debes a la familia! ¡Haces lo que es bueno para la familia!

—¡No me parece un motivo suficiente!

—¡Pues lo haces porque lo ordeno yo! ¡Soy tu padre! —exclama dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ya te hice caso y fui al Ejército! ¡Ahora es mi turno de decidir!

—¡Si no fuera por mí, serías un drogadicto! ¡Ahora estarías en la calle pidiendo limosna!

Eso es un golpe bajo, pero lo decido pasar. Está cabreado y no sabe lo que dice.

—¡Eso fue hace mucho tiempo!

Rodea el escritorio y se pone justo delante de mí.

—Mientras estés en esta casa, harás lo que yo diga. ¿Está claro?

Manteniendo la calma, me pongo en pie y le miro fijamente a los ojos.

—Entonces me marchó.

—¿Qué?

Me doy media vuelta y me dirijo a la puerta. Al salir cierro de un portazo, dejando a mi padre gritando no sé qué barbaridad.

## CAPÍTULO 8

### RICCARDO

Entro en mi dormitorio hecho una furia. La discusión con mi padre me ha cabreado pero bien. ¿Quién se cree que es? Joder, es mi padre no mi dueño.

Abro el armario de golpe y saco el petate, que tenía tirado en un rincón. Y yo que pensaba que tardaría en volver a usarlo.

—Maldita sea mi padre —mascullo entre dientes mientras lo cojo.

Meto un par de vaqueros, camisetas y ropa interior. En el cajón de la mesilla está mi vieja navaja suiza. La guardo también junto al cepillo de dientes y la pasta que cojo del baño.

Cierro la cremallera con brusquedad y me echo el petate al hombro. No me olvido de la cartera, el móvil y el cargador, por supuesto. Echo un último vistazo antes de irme. No, no creo que me olvide de nada importante.

Tengo claro adónde quiero ir. Pillaré un taxi. Diré a los de seguridad que me llamen a uno. Al salir al pasillo, me topo de frente con Pietro.

—¿Adónde vas con eso? —pregunta señalando el petate.

—Me largo de aquí.

Se queda de piedra por un instante.

—¿Qué coño ha pasado?

—He discutido con el viejo. No quiero seguir en esta casa ni un minuto más.

Pietro frunce el ceño.

—¿Por qué?

—No quiero meterme en los negocios de la familia.

Ladea la cabeza hacia un lado, como si no lo sorprendiera del todo.

—¿Y dónde piensas ir?

—A la cabaña. Necesito estar solo y pensar.

—Te llevo.

—No hace falta, puedo ir en taxi.

—No me vengas con gilipollices. Además, habrá que parar en un supermercado a comprar comida ¿O piensas cazar jabalíes y comértelos como un salvaje?

Suspiro, reconociendo que tiene razón. Sigo alterado por la discusión.

—Vale, gracias.

Bajamos las escaleras hasta el garaje. Pietro se dirige al Audi.

—¿No coges el Rolls? —pregunto extrañado.

—Para ir a la cabaña mejor algo más discreto, ¿no crees?

—Como quieras —digo, y dejo el petate en el asiento de atrás y me subo.

Salimos de la residencia. A través del retrovisor, la veo cada vez más pequeña. Ahí dentro mi padre seguirá más cabreado que una mona. Que se joda. Me sabe mal no despedirme de mi madre, pero luego la llamaré. Tiene que comprenderme.

Hacemos la primera parada. En el supermercado, cojo un carrito. Recorremos los pasillos llenándolo de latas, comida congelada, fruta y cereales.

—Está claro que en el Ejército no te enseñaron a cocinar —dice mi hermano.

En la sección de bebidas, Pietro se detiene frente a las botellas de whisky.

—¿Quieres que cojamos una? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Añadimos café y leche al carrito antes de dirigirnos a la caja. Mientras esperamos en la cola, Pietro mira su reloj.

—¿Tienes prisa? —le pregunto.

—No, solo pensaba en cuánto tardaremos en llegar a la cabaña.

Pagamos y cargamos las bolsas en el maletero del Audi. En el viaje mi hermano mayor intenta perdonar a nuestro padre.

—Ya sabes cómo es —dice mirándome de refilón—. Espera a que se le pase...

—Bueno, iremos viendo.

Al llegar, salgo del coche y respiro profundamente. El aire fresco del bosque llena mis pulmones. Los pájaros cantan entre los robles. El cielo se ve azul con solo unas nubes. Me encanta.

Pietro me da un codazo.

—¿Sabes? Aquí es donde empecé a cepillarme a mi mujer.

—Prefiero no saberlo —respondo, cogiendo las bolsas del supermercado del maletero.

—Aquí no vas a encontrar mujeres muy cerca. Tendrás que hacerte pajas.

—Muy gracioso.

—La verdad es que sí.

Entramos en la cabaña y comenzamos a guardar la compra en la cocina. Abro la nevera, meto la leche y los yogures. Pietro se encarga de poner las latas en los armarios.

—¿Dónde quieres que ponga los cereales? —pregunta.

—En el estante de arriba —respondo mientras coloco la fruta en un cuenco sobre la encimera.

Terminamos de guardar todo y nos sentamos en el sofá. El silencio del bosque es reconfortante.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte aquí solo? —pregunta Pietro.

—Necesito tiempo para pensar.

—¿Para pensar en qué, Riccardo? Ni que fueras filósofo.

—No seas capullo. En mis cosas.

—Te entiendo, tío —dice dándome una palmada en la pierna—. Necesitas un tiempo después de pasar por el Ejército. Habrás vivido muchas historias muy jodidas.

—Unas cuantas sí —digo suspirando.

—No te conviertas en un ermitaño de esos con barba y mirada de loco. Para evitarlo, vendremos a darte por culo, ya lo sabes, ¿no?

Hago un gesto de resignación y enseguida me acuerdo de algo.

—Pietro, necesito un rifle con mira telescópica y munición.

—Vale, cuenta con ello.

—¿Cuándo lo podrás conseguir?

—Mañana mismo te lo puedo traer. Porque hoy ya he cumplido y no pienso pegarme otro viajecito, ¿no te parece?

—Sí, te has portado —digo con una media sonrisa.

Pietro se levanta y se dirige a la puerta. Antes de salir, se gira.

—No seas muy duro contigo mismo, ¿vale?

—Tranquilo. Solo lo justo y necesario.

Le veo marcharse. El Audi se aleja hasta desaparecer. Me quedo solo en la cabaña rodeado de silencio y naturaleza. Por fin puedo respirar tranquilo, sin agobios.

Dejo el petate en la cama del dormitorio, y me siento a contemplar el exterior por la ventana. El bosque me rodea, imponente y sereno.

Recuerdo la discusión con mi padre y siento un nudo en el estómago. No puedo evitar pensar en cómo habrán recibido la noticia mi madre, mis hermanos y mis primos.

La cama es firme y de madera rústica, perfecta para lo que busco. Me levanto y camino hasta la cocina. Enciendo la cafetera y espero. Observo el vapor salir lentamente, inhalando el olor del café recién hecho. Cojo una taza y me sirvo uno, llevándomelo a la boca con cuidado de no quemarme.

Pienso en Pietro y en cómo siempre me ha apoyado, incluso cuando nadie más lo hacía. Su influencia ha sido crucial en mi vida, es el hermano mayor que siempre me ha guiado a su manera.

Cojo la taza y salgo al porche. El aire fresco del bosque hace que el momento sea casi perfecto. Cierro los ojos y trato de centrarme en el sonido del viento moviendo las hojas. Bien, aquí estaré solo con mis demonios.

## CAPÍTULO 9

### RICCARDO

Después de almorzar una lata de alubias acompañado de una ensalada, decido que me apetece dar un paseo. La luz del sol es algo gris, como si fuera a llover, así que me pongo mi sudadera con capucha.

Sin un trayecto en mente, salgo improvisando el camino a través del bosque. Una banda de pájaros vuela hacia el sur. El aire está cargado del olor de los pinos y robles. En cada paso que doy crujen las ramitas.

¿Cuándo fue la última vez que vine por aquí? Antes de alistarme en el Ejército, claro. En las veces que he vuelto a casa para asistir a bodas y bautizos, he estado tan pocos días que ni me he acordado de la cabaña.

En principio, mis padres compraron el terreno para guardar armas, y durante una temporada fue así. Estaba bien pensado, la verdad. Un lugar apartado, pero el caso es que nuestros enemigos lo encontraron y se llevaron un cargamento de AK47 muy valioso para nosotros.

Entonces se decidió qué hacer con la cabaña. Mis padres querían venderla, pero como tampoco iban a sacar mucho dinero lo fueron dejando. Entonces mis hermanos, mis primos y yo lo convertimos en nuestro picadero.

Si pudieran hablar las cuatro paredes... Han pasado tantas mujeres...

Una vez Vincenzo y yo trajimos a un par de camareras que conocimos en una discoteca de Marbella. ¿Eso fue hace unos diez o nueve años? Eran portuguesas y no hablaban ni español, ni italiano ni inglés. Acabamos en una orgía total, intercambiando a las camareras. Qué pasada.

Y ahora mi primo Vin está casado y tiene dos hijos. Cómo pasa la vida. No sé por qué estoy tan existencial. Sigo caminando entre arbustos, piedras y troncos de árbol. Voy hacia el este, sí. Por suerte, gracias a mi pasado militar mi orientación es excelente. ¿Cuántas horas me quedan de luz? Unas cuatro si no me equivoco.

¿Tengo señal? Cojo el móvil y compruebo que sí, una rayita.

Bien, eso me da seguridad por si acaso me pasa algo. Puede avisar a alguien y enviar la localización.

Una serpiente pequeña pasa justo delante de mí. Sonríe divertido y la cojo por la cola. Se retuerce formando eses. Un animal asombroso. Me mira de mala manera, así que la dejo de nuevo en la tierra e indignada sigue su camino a toda prisa. Sí, me gusta la naturaleza.

Cojo una piedra y la lanzo. Los hombres somos sencillos, con qué poco nos divertimos. Solo tirando una piedra o bebiendo cerveza.

A lo lejos descubro una casa en la cima de una loma, aislada en medio de una pradera. Ya ni

me acordaba, pero ahí solía vivir un matrimonio holandés muy amable. ¿Cómo se llamaban? Van Berg no sé qué...

Creo que Salvatore, Leo y yo una vez pasamos por aquí. No sé cómo pero los convencí para hacer senderismo conmigo. Para Salvatore y Leo fue la primera y última vez en sus vidas. Vaya dos, en aquella época no les gustaba nada explorar, solo emborracharse y follarse todo lo que se ponía a tiro.

Guiado por un impulso, me acerco a la casa. Al acercarme me doy cuenta de que la casa aunque se conserva bien, necesita una mano de pintura. A lo mejor el matrimonio ya es mayor y no pueden hacerlo ellos mismos.

De repente, me quedo congelado. Un pastor alemán sale a mi encuentro. Está suelto y no tiene pinta de amistoso. Se acerca trotando. Lo último que voy a hacer es salir corriendo. Empieza a ladrar, claro.

Uf, vaya colmillos.

Avanzo hacia él con pasos cortos y medidos. Para alguien que ha pasado por el infierno de Beirut, esto es pan comido.

—Tranquilo, chico —digo con voz suave.

El perro sigue ladrando con todas sus fuerzas. Sus orejas están tiesas, alertas. Me detengo a unos metros de él y extendiendo la mano.

—Ven aquí, hombre, no te haré daño.

El animal olfatea el aire, indeciso. Doy otro paso y me agacho, poniendo mi mano a su altura. Sus ojos marrones me estudian con curiosidad. Por lo menos ya no ladra.

—Eso es, buen chico.

El pastor alemán se acerca despacio. Su cola, antes rígida, empieza a menearse ligeramente. Aún no se fía. Cuando está a mi alcance, dejo que huela mi mano. Su hocico roza mis dedos.

—¿Ves? No pasa nada. Soy de los buenos.

Acaricio su cabeza lentamente. Su pelo es suave y brillante. Está bien alimentado. El perro se relaja y me huele aquí y allá.

—Buen chico —repito, rascándole detrás de las orejas.

Me incorporo y busco algo con qué jugar. Veo una piedra y la cojo.

—¿Quieres jugar?

Las orejas del perro se levantan al instante.

—¡Cógela!

Lanzo la piedra y el pastor alemán sale disparado tras ella. La coge y vuelve corriendo.

—Muy bien, otra vez —digo palmeando su cabeza.

Repito el lanzamiento varias veces. El perro no se cansa, trayendo la piedra una y otra vez.

—¡Sombra! —grita una voz.

Al girarme, veo una mujer en el portal increíblemente sexy. Lleva el cabello recortado con un mechón que le cae a un lado. Parece una modelo. Joder, qué buena está. ¿Será la hija del matrimonio holandés?

La mujer camina cabreada hacia mí y me pongo de pie. Noto una erección inmediata, como un radar que se activa con el pensamiento calenturiento. Es delgada y alta. Viste una rebecca sobre una camiseta blanca arrugada, y unos vaqueros ajustados. Al caminar mueve los brazos con estilo. Sí, esa mujer tiene algo especial.

—¡Sombra! ¡Se supone que tienes que proteger la casa de extraños!

El perro se acerca a ella, cabizbajo. Al pobre le está cayendo una...

Cuando ella repara en mí, puedo distinguir un centelleo de furia en sus ojos. Lo que me

excita aun más. La imagino desnuda, en la cama ya, gritando mi nombre en mitad de un orgasmo. Parpadeo, alucinando de a dónde me ha llevado tan rápido mi libido. ¿De qué color serán sus pezones?

—Hola, me llamo Riccardo —digo sonriendo.

—Me parece muy bien —dice con acento americano y se dirige a Sombra—. Venga, para casa.

Bien, eso es empezar con buen pie.

## CAPÍTULO IO

SARAH

Observo a ese hombre con recelo. Su presencia me incomoda y decido mantener las distancias.

—¡Sombra, a casa! —le digo con un gesto tajante de la mano.

El hombre sonrío y al hacerlo aparecen hoyuelos en las mejillas. Qué atractivo es. Tengo que disimular, no puede saber lo que pienso. ¿Ha dicho que se llama Riccardo?

—Acabo de mudarme al *barrio* y me acordaba de esta casa —dice con un suave acento italiano—. Antes vivía una pareja de holandeses.

—¿Estabas espiando?

—No, para nada. Vivo allí —dice girándose y señalando un bosque como a un kilómetro—. Salí a dar un paseo y...

—Pues este no es lugar para estar de paso.

—Eso lo dirás tú —replica con un tono desafiante.

Sostengo su mirada. Sin más, me doy la vuelta y entro en casa. Desde el vestíbulo, a través de la cortina de una pequeña ventana, le observo. Algo en él me hace estar en alerta. ¿Qué hace en verdad aquí? ¿Qué es lo que quiere?

Sigue ahí, quieto. Ahora se lleva las manos a la cintura y se rasca la cabeza. Se da media vuelta y me fijo en su culo respingón. Me aparto por si acaso me ve. Silencio. Ahora oigo sus pasos crujendo sobre la tierra. Vale, se aleja. Suspiro de alivio.

Sombra me sigue hasta la cocina meneando la cola.

—Se supone que tienes que vigilar —digo y meneo la cabeza.

Lleno su cuenco de agua y me apoyo de espaldas en la encimera, pensativa. ¿Quién es ese? ¿Riccardo qué más? ¿Y dice que es nuevo en el *barrio*? Encima se hace el gracioso. Pero cómo está de bueno, Dios mío. Creo que me falta el aire. No, Sarah, no caigas en eso. Puede ser una trampa.

Vuelvo a mirar por la ventana. No está. ¿Qué esperabas? Parecía estudiarme, evaluarme. Como si buscara algo. ¿O es una percepción mía?

Con un gesto de la mano, intento alejar esos pensamientos. Quizás estaba diciendo la verdad, pero mi instinto dice que no me fíe.

—La próxima vez nada de hacerte amigo de extraños, ¿eh? —digo acariciando a Sombra.

El perro gime suavemente, disculpándose. Sonrío y le rasco detrás de las orejas.

—Tranquilo, te perdono, corazón.

Decido estar alerta. Por si acaso, mañana revisaré el perímetro de la propiedad. Y quizás sea hora de reforzar la seguridad. No puedo permitirme correr riesgos, pero ¿cómo? Sarah, no tienes

dinero.

Me siento delante del portátil, consulto los correos de respuesta a mis propuestas de trabajo, nada. La imagen de Riccardo no se va de mi mente. Su porte altivo, esa voz que parecía sincera...

Una atracción peligrosa. Sí, eso es lo que es. ¿Será verdad lo del matrimonio holandés? Tengo que averiguarlo. Puedo llamar a Tomás. No, qué pereza hablar con ese hombre.

Sarah, no hay más remedio. Si resulta que es mentira, estás en un grave problema.

Llamo al casero, fingiendo una preocupación por el historial de la casa. Me muerdo el labio mientras suenan los tonos. Necesito respuestas.

—Hola, guapetona —dice y siento una arcada—. ¿Ha pasado algo?

—No, nada grave —respondo casual—. Verás, es que ha venido un hombre diciendo que antes vivía aquí un matrimonio holandés.

Silencio.

—¿Tomás?

—Sí, es que estoy dando de comer a las gallinas —dice sonriendo—. Sí, es cierto. Los Van Berg. Pagaban siempre tarde y mal. Estaban como una cabra. Menos mal que se fueron. ¿Por qué? ¿Qué quería ese hombre?

—No lo sé, la verdad.

—Qué raro. Ten cuidado. Si estás más tranquila, puedo ir a tu casa y...

—No, no gracias, Tomás —digo tensa—. Estoy bien. Adiós.

Cuelgo y resoplo. Vaya pesado.

Por lo menos ha confirmado la historia de Riccardo. Bueno, tal vez ha sido eso, lo que él dice, que paseaba por aquí.

Sombra duerme plácidamente en su rincón. Desearía tener su despreocupación. Vuelvo al portátil a continuar con la búsqueda frenética de trabajo. Maldita sea, no puedo concentrarme. ¿Cuándo fue la última vez que eché un polvo? Ah, sí. Hace un año, con aquel tipo del bar de Lyon. Qué desastre. Me entra el recuerdo.

—Hola, preciosa. ¿Te apetece una copa?

Su atrevimiento me llamó la atención. Alto, moreno, con barba de tres días. Parecía sacado de un anuncio de supermercado, pero para una noche me valía.

—Claro, ¿por qué no?

Una copa se convirtió en tres. La conversación fluía, las risas también. Decidimos ir a su apartamento. La verdad es que se lo puse fácil, para qué negarlo.

—Vaya, qué vistas —dije al entrar en su ático lujoso.

—Las mejores de la ciudad.

Nos morreamos. Sus manos tocaron mis tetas. La ropa desapareció de nuestros cuerpos en cuestión de segundos.

—Qué buena estás —susurró sin mucha inventiva.

Me empujó sobre la cama. Su boca descendió por mi vientre, provocándome espasmos. Cerré los ojos, abrí las piernas. Solo quería olvidar mis problemas.

Pero lo que vino después fue decepcionante.

—¿Ya está? —pregunté, incrédula.

—Lo siento, hace mucho que no...

Se quedó dormido a los cinco minutos. Sus ronquidos se oían por toda la ciudad. Me vestí en silencio, maldiciendo mi mala suerte.

—Adiós, Romeo —murmuré antes de cerrar la puerta.

Salí a la calle. Caminé sin rumbo, sintiéndome estúpida y frustrada. ¿Por qué siempre me

pasan estas cosas?

Sacudo la cabeza, volviendo al presente. Sombra me mira desde el suelo, con esos ojos de lealtad incondicional.

—Al menos tú nunca me decepcionas, ¿verdad, corazón?

Su cola golpea el suelo, como si entendiera mis palabras.

—Quizás debería hacerme monja —bromeo—. O comprarme un vibrador nuevo.

Río de mi propio chiste. El recuerdo de Riccardo vuelve a colarse en mi mente. ¿Y si él...? No, Sarah. No puedes fiarte de un desconocido. Por muy bueno que esté. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme. Como encontrar trabajo, por ejemplo.

## CAPÍTULO II

### RICCARDO

La cena ha sido improvisada. Algo para llenar el estómago, el de Fátima y el mío y poco más. Una ensalada de pasta con mogollón de cosas, tomate cherry, queso, atún, aceitunas... todo ello con una botella de tinto. Ella ha dicho que estaba bien, y me pareció que era sincera.

En la cabaña disponemos de lo básico. Tenemos agua gracias a un depósito, y luz gracias a un generador. Es decir, que nadie se puede esperar alardes... en la cocina.

Fátima sabe a lo que ha venido. Tardó una décima de segundo en contestar a mi llamada. Después le dije que me gustaría verla esta misma noche. Vale, me dijo.

Le envié la localización y se ha presentado hace un rato. Vino en su coche. Su sueldo de azafata privado le permite un montón de caprichos y tiene un cochazo.

La chica no está mal, nada mal. Piel morena, ojos negros y pechos enormes que tengo ganas de explorar. Hay que reconocer que se ha esmerado. El vestido le queda muy bien y huele, espectacular.

Ahora estamos sentados en el salón, con un par de licores en la mesa. Menos mal que Pietro sugirió comprar alcohol en el supermercado. Me conoce mejor que yo mismo.

—Me pusiste muy cachondo durante el vuelo —digo aterrizando una mano sobre su rodilla.

—Sr. Barone, es usted un ermitaño muy guapo —dice pestañeando con descaro.

Fátima juguetea con la copa en la mano, sus ojos negros me miran con una mezcla de deseo y desafío.

—Sr. Barone, menudo conquistador —dice sonriendo—. No me esperaba su llamada.

—De repente, me sentí solo —digo entornando los ojos.

Mi mano sube lentamente por su muslo, deteniéndose al notar sus bragas.

—Entonces te ponen los ermitaños.

Ella deja escapar una risa ligera, inclinando la cabeza hacia mí.

—Solo los guapos.

Sin más preámbulos, la beso. Su boca es caliente, dispuesta, abierta a mí. Sus manos me cogen de la camiseta, acercándose aún más a ella.

Mi mano acaricia su espalda. Ella gime en mi boca, a la vez que sus dedos juegan con mi pelo. Siento su cuerpo tenso, anhelante de ser penetrada.

—Más... —suplica.

Le quito los tirantes y bajo el vestido. Como no lleva sujetador, sus pechos se revelan perfectos. Los acaricio con una urgencia salvaje.

—¿Te gustan? —me pregunta.

—Me encantan.

Sus labios mordisquean mi cuello, enviando descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—Sr. Barone...

Me quito la camiseta en dos movimientos bruscos. La empujo contra los cojines y la tumbo para quitarle las bragas.

—Eres perverso.

—Lo sé.

Vuelvo a besarla con pasión. En sus muslos hay puro fuego, y no me canso de recorrer toda esa piel suave y perfecta.

Pero algo pasa.

No consigo concentrarme en Fátima. ¿Por qué? El recuerdo de la mujer que conocí hoy me asalta sin piedad. Su imagen me distrae de los besos.

—Riccardo... —susurra.

La forma en que la mujer me habló, con esa mezcla de hostilidad y curiosidad, me pone muy cachondo. Y ni siquiera sé cómo se llama. La mujer misteriosa.

—Eres increíble, Fátima —digo intentando concentrarme.

Sonríe, pero en mi imaginación veo la sonrisa de la otra mujer, a pesar de que no me sonrió ni una sola vez.

—Quítame el resto de la ropa —exige Fátima.

De una manera mecánica le quito las bragas. No puedo olvidar ese movimiento elegante al caminar, el balanceo de sus caderas. Imposible borrarla de mi cabeza.

—Riccardo, ¿en qué piensas? —Fátima busca mi mirada, preocupada.

—¿Eh?

—Tienes la mirada perdida.

—Perdona, es que me pones mucho —digo sintiéndome mal.

Lo intento de verdad. Fátima se lo merece. Me bajo la cremallera y los pantalones. Después, los calzoncillos. Bien, mi polla no hace distinciones, va directo a lo suyo. La embisto.

Qué extraña conexión cuando miré a la americana. ¿De qué parte será?

Joder, estoy desquiciado. Me ha afectado más de lo que pensé en un principio. Ahora veo claro por qué llamé a Fátima, pero ¿cómo iba a saber que la mujer misteriosa iba a dominar mis pensamientos?

Me tumbo bocarriba en la cama fijando la vista en el techo de madera. Fátima está a mi lado, desnuda, su respiración acompasada y satisfecha. Yo, en cambio, siento un vacío que me carcome por dentro.

—Ha sido increíble —murmura Fátima, acariciándome el pecho muy cerca de la B grabada a fuego.

Asiento con algo de culpa. Al menos parece contenta, aunque por un momento se dio cuenta de que pensaba en otra. Las mujeres, siempre tan perceptivas.

—¿Todo bien? —pregunta ella, alzando la cabeza para mirarme.

—Sí, claro.

Miento. No está bien. He cruzado una línea que no debería haber cruzado. La imagen de la mujer misteriosa se cuela en mis pensamientos, su cara desafiante, sus ojos llenos de recelo. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ella?

—¿Echamos otro antes de irme? —me pregunta.

Tomo aire con discreción.

—Estoy cansado —respondo acariciando su espalda.

Ella asiente, poco convencida. Se levanta del sofá y va al baño. La observo en silencio, notando cómo mi cuerpo no reacciona ante su desnudez como debería. Chasqueo la lengua, fastidiado. Un rato después, me estoy despidiendo de ella en la puerta.

—¿Me llamarás? —pregunta con ilusión.

—Claro —digo y la beso en los labios.

Sacude la mano a modo de despedida mientras camina hacia el coche. Se sube y enseguida desaparece como si hubiera sido un fantasma. Cierro la puerta y entro en la cabaña.

Jamás me había pasado algo así. Una desconocida que no puedo quitarme de la cabeza. Y yo que venía a la cabaña en busca de calma.

## CAPÍTULO 12

SARAH

Los días que salgo a la compra, son los días en los que más me expongo. Pero no hay otro remedio. Además, es bueno salir de vez en cuando y romper la monotonía. Como tengo que bajar al supermercado más cercano y son unos cuantos kilómetros, me compré una moto de baja cilindrada de segunda mano.

Se la compré a un viejo mecánico por un buen precio. Me dijo que era una BMW de los ochenta, aunque a mí eso me da igual. Lo que quería era un vehículo para desplazarme que fuese fiable y barato. De momento, no puedo quejarme. Nunca me ha dejado tirada y eso que tiene unas cuantas abolladuras.

En el supermercado, empujo mi carrito por la sección de carne, mientras consulto la lista de la compra en el móvil. Examino los precios calculando cómo afectará a mi presupuesto.

Pollo... 3,99 el kilo. Buf, demasiado caro.

Me desplazo al siguiente estante, buscando algo más barato. Cojo un paquete de carne picada que tiene un descuento muy bueno.

Bueno, lo congelaré y servirá para varias comidas.

Lo pongo en el carrito y continúo. Paso por la vitrina del jamón serrano, pero los precios aquí son un insulto a mi economía. Desvío la mirada hacia otro lado para no caer en la tentación.

A medida que avanzo, noto que algunos clientes llenan sus carritos sin preocuparse por los precios. No me importaría tener ese lujo alguna vez.

Doblo por el pasillo y llego a la sección de comida para mascotas. Aquí no hago concesiones. Sombra merece lo mejor. Sin dudarlo, elijo el paquete de mayor calidad. Este me costará un ojo de la cara, pero mi querido Sombra merece cada céntimo de euro.

—Leche, huevos, pan... No hay que olvidarse nada.

Al fondo del pasillo, un hombre de unos cuarenta años o cincuenta me observa de refilón. Lleva una camiseta de tirantes, bermudas y chanclas. Enseguida noto rígido todo mi cuerpo.

Sarah, no es nada. Seguro que es solo un hombre haciendo la compra.

Intento seguir con la compra, pero cambio de idea y me dirijo a la caja. En la cola, echo miradas por encima del hombro. No veo al hombre. Poco a poco, mi respiración se normaliza.

Cuando llega mi turno, la cajera me saluda.

—Hola, ¿qué tal el día? —pregunta ella mientras pasa los productos por el escáner.

—Bien, gracias. Un poco caluroso, ¿no crees?

—Uf, ni me lo digas. Está siendo insoportable.

Charlamos sobre el tiempo y las vacaciones mientras ella continúa escaneando. Esta charla

intrascendente me ayuda a relajarme un poco.

A la vez que guardo la compra en las bolsas recicladas, pienso que quizás me he puesto nerviosa sin motivo. Primero el atractivo intruso en mi casa, y ahora este hombre en el supermercado. La paranoia se está apoderando de mí. Incluso en Marbella no logro bajar la guardia.

Pago y me despido de la cajera. Salgo al aparcamiento. Paseo la mirada a mi alrededor en busca de un peligro potencial. El hombre de las bermudas sale del supermercado y me mira mientras se pone las gafas de sol. Me fijo en un detalle: no lleva compra. ¿A qué ha entrado entonces?

Me pongo el casco y subo a la moto. A casa lo más rápido posible. Arranco y veo que por la calle pasa un coche patrulla de la policía. Estoy a punto de decirle algo, pero tampoco me fío de la policía.

La mafia rusa controla todo.

Llegué a esta conclusión muy pronto.

Recuerdo ahora lo que pasó en San Diego cuando estaba dentro del programa de protección de testigos. Estaba en la pequeña cocina del piso que creía que era un refugio seguro. Todo parecía tranquilo, había empezado mis estudios, pero resultó ser que el peligro estaba más cerca de lo que pensaba.

El teléfono fijo sonó. Me acerqué a la mesita y descolgué.

—¿Diga?

—Sarah Carrera, si testificas contra Romanov, morirás —dijo una voz rasposa.

Clic. Colgó sin más.

Me quedé de piedra, asustada y confundida. ¿Cómo me habían encontrado?

—¿Todo bien, hija? —me preguntó mamá curvando los labios en una sonrisa.

—Los de FBI nos prometieron que estaríamos a salvo —dije enfadada.

La expresión de mi madre cambió por completo.

—Sarah, ¿qué ha pasado?

La cabeza me daba vueltas. ¿Ahora en quién podíamos confiar?

—Sarah, te estoy hablando.

—¿Eh?

Parpadeé por un instante y después la miré.

—Nos han encontrado, mamá. Tenemos que irnos de aquí.

La cara de mi madre era un poema. Se llevó la mano al pecho y se dejó caer sobre la silla, angustiada. La rodeé por el hombro e intenté consolarla.

No entendía cómo los rusos habían logrado localizarnos. Desde el principio supe que enfrentarse a Romanov significaba jugar una partida muy peligrosa. Me dieron la opción de desaparecer, de una nueva vida, y ahora no servía para nada. El FBI nos había fallado.

Nerviosas, hicimos las maletas y nos fuimos sin avisar a nadie.

La imagen del mafioso ruso se coló en mi mente. Boris Romanov, con sus métodos brutales, me ha perseguido desde entonces.

Nunca he olvidado el angustioso sonido de esa voz en el teléfono.

«Sarah Carrera, si testificas contra Romanov, morirás».

## CAPÍTULO 13

### RICCARDO

Como cada mañana mientras estuve en el Ejército, lleno el lavabo de agua fría y sumerjo la cara unos segundos. Me encanta el brutal contraste de temperatura, me hace sentir alerta, vivo.

Después me pongo a arreglar un poco la cabaña. Está un poco desordenada después de la fugaz visita de Fátima. Aún estoy un poco confuso con eso de que estuviera con ella, pero mi mente le estuviera siendo infiel con la mujer borde y misteriosa.

Tengo que volver a verla.

¿Estoy tonto? Sí, eso parece.

Riccardo, cuidado, tú querías calma y tranquilidad para ordenar pensamientos, ideas y todo eso, pero al final aparece una mujer y te vuelves tonto. Maldita sea todo.

Recibo una llamada de Sean, y dejo todo lo que tengo entre manos. Después de saludarnos como viejos camaradas, hablamos de las cosas que importan.

—¿Cómo te ha recibido tu familia? —le pregunto al irlandés, intentando desviar mi mente de la confusión que siento por la americana.

—Bueno, ya te lo puedes imaginar —responde Sean con un tono cansado, casi resignado—. Son muy pesados.

—Sí, igual que a mí, por eso me he retirado unos días a esta cabaña —le digo, mirando las motas de polvo que flotan en el aire.

—Te envidio, amigo. Yo tengo obligaciones familiares, ya te contaré en otro momento —dice, y puedo casi ver su expresión de frustración al otro lado de la línea.

La familia de Sean también maneja negocios oscuros, solo que en Dublín. Una familia particular formada por amigos y primos, no como la Barone que tiene unos claros patriarcas. A veces pienso que Sean y yo somos dos caras de la misma moneda, atrapados en mundos que nunca elegimos del todo.

—Creo que estoy mal de la cabeza, tío —le digo, dejando escapar un suspiro—. Hasta echo de menos la instrucción de las mañanas.

—Que estabas mal de la cabeza, eso ya lo sabía —responde Sean, riendo con esa mezcla de sarcasmo y cariño que solo un amigo puede tener.

—Hijo de puta... —replico, aunque no puedo evitar reírme también.

Me doy cuenta de que, a pesar de todo, el vínculo invisible que nos une a los que hemos estado en el Ejército es más fuerte que cualquier otra cosa.

Después de despedirme de Sean, continúo con las tareas de la cabaña. A mediodía hago una pausa para tomarme un café en el porche. El aroma a tierra seca y agujas de pino me rodea.

No estaría mal una vida así. Podría ver a mi familia y después regresar a la cabaña para recargar pilas. A unos doscientos metros, pasan dos cabras solitarias como si nada. Les hago una foto con el móvil y se la envío a Sean para que vea mi actividad social. El cabrón me envía un mensaje descojonándose de risa.

Para el almuerzo me preparo una ensalada. Vuelve la americana a mi mente. Una mujer sola en mitad de la nada. Bueno, con un perro, sí, pero que es un trozo de pan. ¿Cuál será su historia? Vale, por su acento deduzco que viene de Estados Unidos pero ¿de qué parte? ¿Nueva York, Los Ángeles? No está casada o al menos no vi el anillo.

¿Cómo se ganará la vida? ¿*On line* o tendrá ahorros? Mira que hay lugares en Estados Unidos para perderse, pero ella ha venido a España. ¿Por qué? Tampoco sé cuánto tiempo lleva. Solo sé que está de alquiler.

Después de almorzar, oigo el ruido de un coche acercándose. Por la ventana de la cocina, veo un todoterreno negro. Reconozco el vehículo al instante gracias a la matrícula.

Salgo de la casa. Salvatore baja del lado del conductor con una sonrisa de oreja a oreja. Nos fundimos en un abrazo.

—Joder, Riccardo, ¿te has hecho ermitaño o qué?

—Casi, ¿qué te trae por aquí?

—Te traigo lo que le pediste a Pietro.

—Ah, sí. Genial.

Abre el maletero y saca una funda larga. La abre con cuidado y me muestra el rifle que le pedí.

—Hostia, qué maravilla.

—Y esto también —dice sacando una caja de munición y una pistola—. Por si las moscas.

Examino el rifle con la mira telescópica. Un M24, un arma fiable y precisa. Lleva una mira telescópica Leupold 10x, que no es de lo más avanzado, pero hace el trabajo si sabes lo que haces. Ya lo he usado en varias maniobras y nunca ha fallado. Si lo usas bien, puedes confiar en que el disparo va a ir exactamente donde lo planeaste. Vamos, una preciosidad.

—Las gemelas te mandan recuerdos.

—¿Cómo están las enanas?

—Creciendo y preguntando por su tío favorito. No sé por qué eres tú.

—Porque soy el más simpático.

Salvatore consulta su reloj de muñeca.

—Me tengo que ir. Volveré otro día con más tiempo y nos tomamos unas cervezas.

—Cuando quieras.

Se sube al todoterreno y arranca el motor.

—No hagas ninguna tontería, ¿eh?

—Descuida.

—Salvatore, una cosa, que se me olvidaba —digo aproximándose a la ventanilla—. Voy a enviarte la foto de una casa. Necesito saber quién es el dueño.

—¿Quieres comprarla?

—A lo mejor.

—Está bien, mándame la foto y la ubicación por Google Maps.

Levanta la mano a modo de despedida y se aleja por el camino de tierra. Me quedo mirando cómo se pierde entre los árboles.

Entro en la cabaña con el rifle y la pistola. La pistola es una Glock 17. Sencilla, sin florituras. Es ligera y fiable. No es la más potente, pero es la mejor opción para cuando necesitas una

pistola que funcione. Bien, buena elección.

Guardo las armas en el armario del dormitorio. Al hacerlo, descubro unos prismáticos. Son unos Steiner 10x50. No son los más ligeros, pero aguantan lo que les eches, agua, golpes, polvo... lo que sea. Tienen una buena claridad, incluso en condiciones de poca luz. Qué bueno haberlos encontrado.

Así podré vigilar de lejos.

## CAPÍTULO 14

### RICCARDO

Gracias a la conexión del móvil, consigo averiguar qué alimentos son suculentos para los perros. Decido hacer un mix de hamburguesas, pollo y trozos de manzana. Creo que le gustará a Sombra, y eso me permitirá acercarme un poquito más a la mujer misteriosa.

Podría aprovechar el viaje para practicar la puntería. Sí, así que me llevó la pistola y munición que, junto con la comida, guardo en la mochila.

Antes de salir, me pego una buena ducha y me retoco la barba con la maquinilla eléctrica. Desodorante, ropa limpia y listo para impresionar. Después del almuerzo, salgo de nuevo excursión con el ansia de hablar un poco más con la americana.

Bajo el sol del atardecer, emprendo mi camino. Atravieso el bosque y bajo por una ladera verde. A lo lejos hacia el este, está la capital de la provincia, aunque desde aquí no se ve. Solo una gran montaña. Creo que se llama Sierra Blanca.

Me detengo en un claro. Saco la pistola de la mochila. Me posiciono, apunto y disparo a unas ramas. El estruendo rompe la quietud del bosque. La rama se rompe por la mitad.

—Nada mal —murmuro.

Una sonrisa se dibuja en mi cara mientras recuerdo las competiciones de tiro en el Ejército. Se organizaban torneos los fines de semana. Éramos unos diez participando, pero al final siempre quedábamos los mismos tres en la final, y siempre ganaba yo.

El premio solía ser una caja de cervezas. Me bebía un par y el resto las compartía. Qué pena que eso ya no volverá. No es que tenga nostalgia, pero no me importaría repetirlo una última vez.

Vuelvo al presente. Cargo el cargador de nuevo y me preparo para otra ronda. El olor a pólvora me envuelve y trae más recuerdos del Ejército, que voy evocando mientras retomo la caminata.

Después de unos quince minutos, la casa de la mujer misteriosa aparece a lo lejos. Supongo que ella estará dentro.

A medida que me acerco, meto la mano en la mochila y saco la bolsa de comida para Sombra. El perro ladra pero en cuanto olfatea la carne, se calma y se aproxima con cautela.

—¿Te gusta esto, eh? —me agacho y le ofrezco los trozos de hamburguesa, manzana y pollo.

Sombra mueve la cola y olisquea. Al segundo, se acerca lamiéndose la boca. Comienza a comer de mi mano con toda la confianza del mundo.

—Buen chico —lo acaricio detrás de las orejas.

Mantengo mi atención dividida entre Sombra y la casa. En cualquier momento espero que ella salga. Saco más cantidad de la bolsa, y Sombra se la come sin problema.

Observo el porche. Tiene un banco para sentarse. En una de las ventanas, veo una cortina que se descorre muy discretamente. Sí, debe de ser ella. Yo hago como si no me diera cuenta, aunque se me escapa una sonrisa.

—Tranquila, solo estoy dando un paseo —murmuro, aunque sé que no puede oírme.

A ver cuándo sale.

Sombra sigue disfrutando de su festín. Aprovecho para seguir estudiando la casa. Tiene una chimenea, una antena de televisión y ahí veo una moto de segunda mano. Joder, esa mujer me intriga cada vez más.

—Bueno, pequeño, acabemos con esto —le doy el último trozo y acaricio su cabeza antes de levantarme.

Sigo sintiendo la mirada de ella.

Sombra termina de devorar el último trozo mientras noto cómo la cortina vuelve a su sitio. A los pocos segundos, se abre la puerta y ella por fin sale. Su expresión es neutra, pero al menos no parece hostil.

—Hola —digo para romper el hielo—. Me sobró comida y pensé que a Sombra le gustaría.

Ella da unos pasos hacia mí con los brazos cruzados. Aunque es la segunda vez que la veo, no dejo de estar menos impresionado. La deseaba. Sí, rotundamente. Fantaseo con sus curvas perfectas, muslos tersos y un coño paradisíaco. Tiene que ser mía. Quiero poseerla.

—Gracias —dice secamente.

—De nada. ¿Para qué están los vecinos si no? Por cierto, ¿te hace falta sal?

No ríe mi chiste, pero al menos parece más relajada. Su postura es menos tensa que la de ayer. Su corte de pelo me sigue gustando. Sí, le da un aire moderno. Ella no sabe lo jodidamente sexy que es.

—Los pastores alemanes me gustan, son leales —le digo.

—Sí, lo son.

Su cara se suaviza mientras acaricio a Sombra. Parece que hablar del perro hace bajar sus defensas.

—Siempre me han gustado —digo—. De pequeño tuvimos unos cuantos. Un Border Colli y un dóberman. ¿Qué edad tiene el tuyo?

—Tendrá que tener cuatro o cinco años —dice entornado sus increíbles ojazos castaños.

—Ah, es joven. Seguro que lo consientes mucho.

—La verdad es que sí.

Esboza una sonrisa pequeña, sin exagerar, no es precisamente el colmo de la alegría, pero una sonrisa al fin y al cabo. Ha sido todo un acierto usar a Sombra para acercarme a ella.

—Bueno, me marchó —digo sonriendo—. Por cierto, ¿cómo te llamas, vecina?

De repente, se pone de perfil y se queda pensativa.

—Eso no importa —responde ella después de una breve pausa mirando hacia otro lado—. Venga, Sombra, vamos a casa.

El perro la sigue y se dirigen hacia el porche sin decir adiós. Vale, pues doy media vuelta y me marchó. Mientras me voy alejando, siento que ella me está mirando. Siendo muy consciente de ello, me giro de repente y la pillo con las manos en la masa. Al momento se gira para evitar mi mirada. Sonrío. La intrigo, lo sé.

Repaso toda la escena en mi mente, y un detalle me llama la atención. Ha tardado una eternidad en responder cuando le pregunté por su nombre, y al final no me lo ha dicho.

Puede que me equivoque, pero me da a mí que la mujer misteriosa se está ocultando de algo o alguien.

## CAPÍTULO 15

### RICCARDO

Camino de regreso a la cabaña

La americana misteriosa y su comportamiento reservado... Eso hace que me intrigue mucho más. No sé, hay algo que me inspira a sacar mi lado protector. Como militar he visto mucha oscuridad en el mundo.

Me detengo al detectar movimiento en el interior de la cabaña. ¿Quién está ahí? Supongo que alguien de la familia. Al final, no me va a servir de nada eso de aislarme.

Me acerco y veo el coche aparcado. El Audi plateado. Como tenemos tantos vehículos en la familia, no sé quién ha venido. Me limpio en el felpudo y entro. Hay una persona sentada en el salón.

Ah, mi madre.

—Riccardo, por fin —dice levantándose del sofá.

—Hola, mamá —digo sonriendo—. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No, acabo de llegar —dice y nos damos un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? ¿Vienes de dar un paseo?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir?

Nos sentamos en el sofá.

—He estado practicando con la pistola que me trajo Salvatore. Ya sabes, para no perder la costumbre.

—Te he traído comida que ha preparado Esperanza —dice señalando hacia la cocina—. Su famosa empanada de carne, y de postre, natillas.

—No hace falta. Pietro y yo compramos para una semana.

—Pues lo congelas y ya está.

Si ella quiere dejarme comida, no discutiré con ella. Lo que está claro es que no hecho el viaje para que coma sano.

—Mamá, ya sé para qué has venido.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Para que vuelva a casa.

Inclina hacia un lado la cabeza, como dándome la razón.

—Es lo mejor para ti y la familia, Riccardo. Dime, ¿cuándo piensas volver?

Deja escapar un hondo suspiro.

—No lo sé, mamá. Necesito tiempo para reflexionar.

Y para conocer mejor a la americana, pienso, pero, claro, eso no se lo digo.

—¿Cómo ha reaccionado papá cuando se ha enterado de que me he ido? —pregunto.

Mi madre se encoge de hombros.

—No ha dicho nada y eso es raro, pero algo trama. No se va a quedar de brazos cruzados esperando a que vuelvas. Recuerda que eres su hijo favorito.

—Ya estamos con lo de siempre —digo y me pongo de pie para ir a la cocina. Aprovecho y guardo la comida en la nevera. Abro la nevera, saco una botella de agua fresca y bebo a morro. Lo necesitaba después de mi excursión.

Regreso con mi madre y vuelvo a sentarme.

—¿Qué te ha pasado en el Ejército? —Suelta de repente.

—¿Qué quieres decir? —respondo removiéndome en el sofá.

—No sé, algo noto en tu mirada.

—Mamá, estás alucinando. No me ha pasado nada —digo y enseguida siento un pinchazo de remordimiento. Lo último que quiero es preocuparla con mis demonios interiores.

—Riccardo, yo te he parido —y se señala a sí misma—. Te he llevado en mis entrañas, así que te conozco.

Le pongo una mano sobre la suya.

—Mamá, estoy bien, solo necesito descanso, desconectar de todo.

—A mí no me engañas —dice y coge su bolso y se levanta—. Si no confías en tu madre busca ayuda, un psicólogo o psiquiatra, lo que sea, pero arregla tu cabeza, hijo.

Con expresión de cabreo total, se marcha de la cabaña dando un portazo. Niego con la cabeza. El carácter de mi madre es así y siempre lo será. Lo peor de todo es que tiene razón. Esa mierda de Beirut me está consumiendo.

Me paso el rato siguiente desmontando la pistola, limpiándola y volviéndola a montar. Silencio a mi alrededor, me entretengo. No sé por qué pero soy diferente a mis hermanos y primos. Supongo que es normal en las familias numerosas, por algún motivo uno se desmarca del camino que marcan a los demás. Algunos lo llaman la oveja negra.

Mientras estoy comiendo la deliciosa empanada de Esperanza, me llama Salvatore al móvil.

—Tengo lo que me pediste —dice nada más descolgar.

—Dispara, ¿qué has averiguado?

—La casa lleva seis meses alquilada, después de una larga temporada sin inquilinos. El casero es un tipo llamado Tomás Sánchez, alguien con un perfil discreto sin un trabajo fijo, así que todo lo que gana será en negro.

—¿Dinero negro? Qué poca vergüenza —digo en modo irónico, porque los Barone somos todo un ejemplo en eso.

—Desde luego, hay gente sin escrúpulos.

Los dos nos reímos.

—¿Qué más sabes?

—Que el casero tiene un par de denuncias por agresión, pero que se archivaron, y que vive no muy lejos de ahí en otra casa en el campo.

—¿Algo de la inquilina? —pregunto y me doy cuenta de que he metido la pata. No quiero que intuya que estoy detrás de una mujer.

—¿De la inquilina? ¿Pero tú no estabas interesado en comprar la casa? —pregunta desconfiado.

—Por eso mismo, para saber el contrato que tiene.

—Ah, ya... pues eso no lo sé, pero dudo mucho de que un tipo como ese casero tenga un

contrato legal. Tendrá con la inquilina un contrato verbal.

—Es decir, que vale una mierda. Lo puede incumplir cuando quiera.

—Sí.

Supongo que como no hay un contrato legal de por medio, ella no ha tenido que mostrar ningún documento de identidad. Dato interesante para añadir al puzzle que es esa mujer. Ese y que es muy sexy.

—Gracias, primo.

Cuelgo y me quedo preocupado. El casero ha tenido un par de denuncias por agresión. No, no es una buena señal. Dudo mucho de que eso lo sepa la americana misteriosa. ¿Se lo debería decir alguien? Eso es una buena pregunta.

## CAPÍTULO 16

### SARAH

¿La conexión a internet en mi portátil? Sí, buena. Respiro hondo y me preparo para la entrevista. Es vital para mí, necesito ingresos lo antes posible. Venga, Sarah, tú puedes. Ah, y recuerda que te llamas Claudia.

Aquí en España son las nueve de la noche, así que en California son las doce del mediodía. Hago clic en el enlace del correo electrónico para la entrevista en videoconferencia.

Aparece una mujer de unos cuarenta años, con pelo largo y mechas de diferentes colores. Lleva un piercing en la nariz. Muy moderna, sí.

—Hola, Claudia. Soy Patty, del departamento de Arte de GamesNet. Gracias por aceptar la entrevista —dice.

—Hola, Patty. Gracias a vosotros por considerarme para el puesto de diseñadora.

Ella sonríe.

—Cuéntame un poco sobre tu trayectoria profesional. ¿Cómo comenzaste en este campo?

—Mi primer trabajo fue en una pequeña agencia de publicidad, pero el mundo de los videojuegos siempre me ha apasionado. Una empresa me dio la oportunidad de diseñar personajes y escenarios, y desde entonces, no he querido hacer otra cosa.

Patty asiente, tomando notas.

—Veo que tienes un hueco de siete meses en tu historial laboral. ¿Qué estuviste haciendo durante ese tiempo?

—Me tomé ese tiempo para formarme a distancia en nuevas tecnologías de diseño. Asistí a varios cursos y aprendí a usar software de modelado 3D que no conocía hasta entonces. Fue un periodo muy enriquecedor.

—Entiendo. Además, este puesto es en remoto y tiene una duración de tres meses. ¿Cómo te hace sentir ese formato? ¿Estás cómoda?

—Me parece ideal. Me permite organizar mis tiempos y trabajar en un ambiente cómodo, algo que valoro mucho.

Patty sonríe otra vez. La respuesta le satisface.

—Por último, Claudia, ¿hay alguna pregunta que quieras hacernos?

—No, todo está muy claro.

—Vale, pues te diremos algo hoy mismo. El proyecto nos corre prisa.

La entrevista termina con sensaciones positivas. Patty me promete que se pondrán en contacto pronto. Cierro el portátil y dejo escapar un suspiro de alivio.

Bien hecho, Sarah.

Quizá, solo quizá, este sea el comienzo de algo nuevo. Me levanto y me acerco a la ventana. Sombra se acerca pidiendo una caricia, así que le paso la mano por la cabeza.

—Ojalá que salga el trabajo —le digo.

De repente, Sombra comienza a ladrar.

—¿Qué está pasando? —pregunto mirando a través de la ventana.

Se mueve inquieto, sin dejar de emitir ladridos agudos y nerviosos.

—¿Hay alguien fuera?

La oscuridad envuelve la casa. Con el corazón acelerado, me dirijo a la cómoda y abro el último cajón. Cojo el martillo y la linterna. Mi kit de emergencia. Recuerda, Sarah, tienes una navaja suiza en la mesita de noche.

Armada con los dos objetos, voy a la puerta y abro todos los cerrojos. Sombra continúa alborotado. Cruzo el porche y, tensa, salgo fuera. Si pudiera confiar en la policía, los llamaría, pero ni siquiera me fío de la policía española.

Enciendo la linterna y proyecto la luz hacia la densa oscuridad. La luna está fija en el cielo entre nubes finas y transparentes.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Nadie responde. Los ladridos de Sombra se han convertido en gemidos ansiosos. No sé qué me pone más nerviosa, si el perro o la oscuridad.

De pronto, un movimiento brusco a mi derecha me sobresalta. Capto una silueta oscura que se mueve a gran velocidad. Ahogo un grito y doy un paso atrás, levantando el martillo a la defensiva.

La sombra se detiene por un instante y entonces lo veo: un jabalí me observa con sus pequeños ojos brillantes. Nos miramos durante un segundo eterno antes de que el animal venga hacia mí y me embista.

Caigo al suelo, y el jabalí sale huyendo hacia la pradera.

Un poco magullada, me levanto. Suelto todo el aire de mis pulmones. Mis hombros se relajan y bajo el martillo. Una risa nerviosa escapa de mi garganta.

—Vaya susto me has dado —murmuro.

Regreso a la casa, donde Sombra me recibe moviendo la cola, como si nada hubiera pasado. Cierro la puerta, echo los cerrojos y apoyo la espalda contra ella, aún con el pulso acelerado. Una vez recuperada del susto, vuelvo a guardar el kit en su sitio. Me miro al espejo del recibidor. Tengo un par de rasguños en la mejilla, nada serio.

—Todo está bien, Sombra. Solo era un jabalí —digo acariciando su cabeza—. ¿Tienes hambre? Venga, vamos a cenar.

Saco el pollo que compré para él, y se lo sirvo en su cuenco. Se acerca moviendo la cola con entusiasmo.

—Aquí tienes —digo mirándole—. Que aproveche.

Para mí, preparo una ensalada de legumbres. Abro una lata de atún y lo mezclo con garbanzos, lechuga y huevo duro. Me sirvo una copa de vino tinto y me siento a la mesa. Por fin, tranquila.

Sombra está devorando su cena. Termina y me mira con ojos suplicantes.

—No te voy a dar más, que luego te empachas.

Después de cenar lavo los platos. El reloj del móvil marca casi las once. Me dirijo al dormitorio a acostarme. De repente, mi móvil suena. En la pantalla aparece un número largo. Sí, creo que es de Estados Unidos. Patty.

—¿Diga?

—Hola, Claudia. Soy Patty de GamesNet.

Mi corazón se acelera.

—Ah, hola Patty. ¿Qué tal?

Ella carraspea.

—Verás, quería informarte sobre el puesto. Lamento decirte que no has sido seleccionada.

Un nudo se forma en mi garganta.

—Entiendo —digo desilusionada.

—Pero quiero que sepas que tu perfil nos ha impresionado. Te tendremos en cuenta para futuras oportunidades.

—Gracias por considerarme —respondo, intentando mantener la compostura.

Cuelgo el teléfono y lo dejo caer sobre la cama. Me desplomo hundiendo la cara en la almohada.

¿Qué voy a hacer ahora? El dinero se me acaba y las opciones escasean. La desesperación me invade. Sombra, percibiendo mi angustia, se acerca.

—¿Qué vamos a hacer, Sombra? —murmuro.

Qué incertidumbre. Estoy atrapada en este país maravilloso pero extraño a la vez. Respiro hondo, intentando calmarme. Mañana será otro día. Tendré que buscar otras opciones, seguir luchando como haría mi madre. No puedo rendirme ahora.

## CAPÍTULO 17

### RICCARDO

Al día siguiente, a mediodía, me dirijo de nuevo a la casa de la americana misteriosa. El sol cae a plomo sobre mi cabeza mientras camino por el sendero. Llevo conmigo otra fiambarrera con comida para Sombra.

Al acercarme, noto un silencio inusual. Ni un ladrido, ni un movimiento en el interior de la casa. Qué extraño. Sombra siempre sale a recibirme.

—¿Hola? —digo pero nadie responde.

A lo mejor han salido a hacer algún recado o lo que sea.

Voy a dejar la fiambarrera en el porche. Ya que he preparado la comida para Sombra, que la disfrute. Al aproximarme, algo llama mi atención. Marcas en la tierra. Me agacho para examinarlas.

Son huellas. Las reconozco al instante: jabalí. Estos animales pueden ser peligrosos, sobre todo si se sienten amenazados.

Me incorporo y echo un vistazo alrededor. El bosque parece tranquilo, pero sé que esa calma puede ser engañosa. Los jabalíes son criaturas diurnas, pero no es raro que exploren durante la noche si buscan comida.

Dejo la fiambarrera en el porche, sobre el banco, y me quedo un momento contemplando la casa. Decido aprovechar que no hay nadie para explorar.

Al llegar a la parte trasera, me detengo. Hay un tendedero improvisado y varias prendas ondean con la brisa. Mi mirada se clava en unas bragas de encaje, un tanga y un sujetador. Suspiro, como sabiendo que es imposible que mi mente no se dispare con fantasías sexuales. Qué bien tiene que sentarle el tanga. Siento cómo se me va formando un infierno en la entrepierna, un infierno largo y tenso.

Continúo mi inspección ocular. Una ventana. Bien, me acerco con sigilo y echo un vistazo al interior. El salón aparece ordenado y limpio. Muebles rústicos pero sólidos. Sobre una mesa, descansa un portátil cerrado. Una estantería repleta de libros ocupa una pared entera.

Mis ojos se detienen en un detalle: en un estante, una pequeña cámara de seguridad apunta directamente a la puerta principal.

—Así que te preocupa la seguridad, ¿eh? —digo en voz baja—. Interesante.

Doy un paso atrás procesando la información. Esta mujer no es una simple turista buscando paz en el campo. Hay algo más, algo que la mantiene alerta y a la defensiva.

A lo lejos oigo el ladrido de un perro. Será de algún vecino. Por si acaso, es hora de marcharse. Mientras me alejo, repaso mentalmente los nuevos datos. La ropa interior sugerente,

los libros, la cámara de seguridad, las huellas de jabalíes. Más información para el rompecabezas que es la americana misteriosa.

De regreso a la cabaña, recibo la llamada de Pietro.

—Papá quiere que vayas a la casa cuanto antes. Tiene que hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—No lo ha dicho.

Suspiro de frustración. ¿Qué cojones querrá ahora mi padre?

—Dile que ya iré.

—Eso suena a que no vendrás.

—Sí, iré pero cuando tenga tiempo. Estoy ocupado.

—¿Por qué? ¿Tienes una urgente reunión de negocios con los gorriones?

—No me jodas, Pietro —y le cuelgo.

No estampo el móvil en el suelo porque me quedaría incomunicado, y tampoco es bueno. En cualquiera de mis excursiones, me puede pasar algo, un accidente, y necesitar un equipo de rescate. Cuando se está en la montaña, hay que extremar las precauciones.

Por la noche, al acostarme, vuelve la pesadilla de Beirut. Veo la mujer muerta sobre la acera, y una mancha de sangre cada vez más grande. Oigo murmullos en árabe que se hacen cada vez más ruidosos. No hace falta saber el idioma para intuir que me acusan de asesinar a una mujer. Lo peor es que incluso mis propios compañeros se unen a la acusación. Gritos salvajes, miradas acusatorias y se lanzan piedras. Un caos.

Me despierto empapado de sudor. Voy al baño y me lavo la cara. Joder, vaya ojeras. Como sé que no voy a conciliar el sueño, salgo de la cabaña a respirar aire puro. Bajo el cielo estrellado rodeado de oscuridad, y con una linterna iluminando el camino, camino sin rumbo. Entre el crujido de ramas y hojas secas, noto que los ecos de la pesadilla se van quedando atrás. Es lo que tiene la naturaleza, es como un bálsamo.

Después de caminar un buen rato dejándome llevar sin rumbo, a lo lejos descubro una luz tenue. Sigo caminando entre piedras y arbustos, y me doy cuenta de que esa luz viene de la casa de la americana misteriosa.

Me sorprende de cómo sin quererlo, he acabado cerca de su casa. Como si algo me arrastrara hacia ella, algo incontrolable y poderoso. Para mí, una sensación desconocida hasta ahora.

Supongo que estará dormida. Sombra estará dentro. Me encuentro demasiado lejos para que me huela. No, no pienso aproximarse más. Así está bien. Tranquilo en mitad de la quietud de la noche.

Cuando estoy a punto de regresar, otra luz me llama la atención. A unos trescientos metros hacia el sur. Bueno, ahora que me fijo no es una sino dos luces. Faros. ¿Un coche? ¿Qué coño...? ¿A estas horas?

Avanzo unos metros, dispuesto a vigilar más de cerca. Pero el vehículo da media vuelta, maniobra y se marcha por la carretera. Parece que el conductor ha estado un buen rato amparado por la noche. ¿Estaba acechando la casa de la americana? Parece que sí.

Esto cada vez es más misterioso.

## CAPÍTULO 18

### RICCARDO

A la mañana siguiente, salgo de la cabaña y respiro profundamente el aire limpio de la montaña. El canto de los pájaros es lo único que escucho. El sol asciende lentamente hacia lo alto del cielo. Qué diferencia a la de despertarme y encontrarme a mis compañeros del Ejército en pelotas y tirándose pedos.

Camino por el sendero hasta que veo la casa de la americana misteriosa. Ya no parece de día un lugar tan amenazante como anoche, cuando descubrí ese vehículo sospechoso.

Quizá es mi mente que busca siempre problemas, pero por si acaso quiero recabar más información de quien estuvo, ¿espiándola? Tengo necesidad de proteger a la americana misteriosa. Riccardo, no te engañes, la deseas, quieres follártela. Sí, es cierto pero una cosa no quita la otra. Puedo sentir deseo y a la vez el instinto de protección de un soldado, bueno, ya ex soldado.

Para no encontrarme con Sombra, me desvío del camino hasta llegar donde descubrí el vehículo. La luz del sol es fuerte y clara, así que dedico unos minutos a buscar las huellas de los neumáticos mirando con atención el suelo.

Después de unos minutos, por fin las encuentro. Están grabadas muy tenue sobre la tierra, pero algo es algo. Cojo el móvil y empiezo a tomar fotografías desde diferentes ángulos.

A veces me detengo y echo un vistazo a mi alrededor. Alguien podría estar mirando, incluso la americana misteriosa aunque no importa, ya que podría pensar que estoy fotografiando un insecto o una planta. Tomo la última foto y guardo el móvil en el bolsillo.

Tendré que tirar de mis hermanos para que en la policía comparen estas huellas con su base de datos. Bueno, eso lo haré con calma, más adelante.

Al avanzar hacia la casa, Sombra se acerca corriendo. Sonrío y agito la mano para saludarle. De la mochila, saco la fiambra y le doy de comer con la mano.

—Aquí tienes, amigo.

Después de que haya zampado toda la ración en un abrir y cerrar de ojos, le acompaño a casa. Al llegar, siguen las huellas de jabalíes que vi ayer. Espero que ella salga de un momento a otro. Me apetece verla. Si no lo hace, llamaré a la puerta.

Por suerte, como si hubiera leído mi pensamiento, sale. Lleva en la mano la bolsa con la fiambra que dejé ayer. Me sonrío y eso es una buena señal.

—Hola, vecina —le digo levantando la mano.

—Quiero devolverte esto —dice alzando la bolsa—. Gracias, pero no tienes por qué hacerlo.

—No me importa, de verdad. Si no es para Sombra, acabará en la basura.

Baja las escaleras para entregarme la bolsa cuando le veo un par de rasguños en la mejilla.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto señalando su cara—. ¿No habrán sido los jabalíes?

—¿Cómo sabes...?

Apunto con mi dedo al suelo.

—Las huellas, están por todas partes.

—¿Eres cazador o qué? —Suelta de malos modos.

—Fui militar en el Ejército de mi país, Italia —respondo con calma y sonriendo—. Lo bueno que tiene ser un soldado es que se aprende mucho de todo.

Por su expresión avinagrada, deduzco que no está muy impresionada que digamos.

—Como matar, por ejemplo —dice con los brazos cruzados en actitud defensiva.

Me encojo de hombros. Tan sexy y con ese carácter...

—O cómo defender su vida, por ejemplo —digo sonriendo, y decido cambiar de tema—. Deberías pedirle al casero que instale una cerca. Así evitarías futuras visitas inesperadas, incluida la mía.

Sonríe. Vaya, eso es un progreso. Lleva una camiseta de manga larga arremangada y el pelo recogido en una coleta. Mi mente calenturienta fantasea con ella en la postura del perrito y yo dándole por detrás agarrando suavemente su pelo. Me he empalmado.

—No es mala idea —admite a regañadientes.

El ambiente cambia ligeramente, ahora es un poco más ligero. Ella está más cómoda conmigo.

—Pídeselo al casero —le insisto.

—Es un tacaño —dice con la cara crispada—, no quiere gastar dinero en la casa. Dice que no es necesario.

Asiento, captando la frustración en su voz.

—¿Que no es necesario? Me parece a mí que es un caradura.

—Estoy de acuerdo.

—¿No puedes presionarle de alguna manera? Amenazando con irte, por ejemplo.

—Ojalá, pero creo que está deseando que me vaya, quiere subirme el alquiler.

—Será hijo de puta —digo frunciendo el ceño.

Ella entorna los ojos, dándome la razón.

—Aquí tienes sitios de sobra para alquilar —le sugiero abarcando el lugar con un gesto del brazo.

Inclina la cabeza a un lado, como si fuese algo que ya hubiera pensado con anterioridad.

—Ya... Lo que pasa es no quiero precipitarme.

—Si necesitas ayuda con algo, cuenta conmigo —añado—. ¿Para qué están los vecinos si no?

—¿Vecinos? Pero ¿dónde dijiste que está tu casa?

Ella sigue con los brazos cruzados, pero al menos no evita mi mirada. Le gusto, sí, se nota. Lo sé porque es una habilidad que ha aprendido a lo largo de los años. En realidad, en la seducción son las mujeres quienes dan el primer paso, aunque es un paso que hay que saber descifrar, claro.

—Es una cabaña, en el bosque —digo señalando con la mano—. Llevo viviendo una semana.

—Ah, un lugar muy tranquilo.

—Sí, aunque también hay jabalíes.

—Tengo que seguir trabajando —dice de repente—. Que vaya bien.

Antes de que pueda despedirme, ella ya está entrando en la casa con Sombra. Todo un poco

brusco y repentino. ¿Qué ha pasado? La conversación transcurría fluidamente. Joder, otro momento que se me escapa sin saber su nombre.

Me marcho sabiendo que volveré muy pronto. Voy a moverme para arreglar el asunto de la cerca. Conseguiré el material necesario y una furgoneta. Vaya sorpresa le espera.

Querida americana misteriosa y sexy, esto no ha hecho más que empezar. No sé si alguien quiere hacerte daño o no, pero si es así tendrá que vérselas conmigo.

## CAPÍTULO 19

SARAH

Dicen que la curiosidad mató al gato. Como yo soy más bien un amante de los perros, me siento tranquila de que a Sombra no le pasará nada. Los gatos tienen siete vidas, los humanos y los perros solo una, así que más vale cuidarla.

Me llevo a Sombra a dar un largo paseo. El guaperas de mi vecino dice que vive en una cabaña. Tengo que verlo con mis propios ojos, pero claro no voy a acercarme de una manera descarada, como ha hecho él.

Quizá algo más sutil. Disculpa, ¿tendrías un poco de sal?

Me río sola como una loca. Qué tontería. Creo que si estuviera a solas con él por más de un minuto, acabaría de rodillas y chupándosela. Eso no va a pasar, Sarah, por lo tanto déjate de fantasías con tu vecino italiano. ¿Cómo follarán los italianos? ¿Será verdad eso que se dicen? Seguro que no será para tanto.

Caigo en una cosa. ¿Hacía cuánto que no me reía, aunque fuese sola? Creo que unos meses. Sí, cuando hice la broma a Sombra de llamarle y fingir que no le veía cuando en realidad estaba a mi lado. Lo había visto en Tik Tok. Vaya carita de desconcierto. Qué risa, se me saltaron las lágrimas.

Avanzo por la ladera. Llevo en mi mochila agua y algo para picar. A lo lejos veo mi casa. Eso que me sugirió Riccardo de poner una cerca no es mala idea, pero la relación con mi casero no está en su mejor momento.

Maldito Riccardo y lo que me hace sentir entre los muslos. Ya no quiero pensar más en él... A ver si lo consigo.

Inspiro el aire y deajo que limpie mis pulmones. En el cielo un pájaro surca el cielo. Eso es lo que me gustaría hacer, volar para desplazarme entre los sitios con facilidad. Sin pasaporte, sin falsas identidades, siendo yo misma, Sarah Carrera y no Claudia Smith o Kate Heddren, mi primera identidad.

—Sombra, ¿vas bien?

Parece que sí. De la mochila, saco la botella de agua y bebo un trago, también le doy a Sombra usando un cuenco que he traído.

Me detengo junto a un claro donde las flores deslumbran con sus colores vivos. Extiendo la mano y huelo unas margaritas. Saco el móvil y las fotografío.

Recuerdo a mamá que le encantaban las rosas y las margaritas. Le encantaban por su pureza y sencillez.

¿Cómo reaccionaría Boris Romanov si supiera que estoy aquí, tan tranquila, disfrutando de

este momento de paz? Por Dios, Sarah, olvídate de él. Debo mantener la distancia y enfocarme en lo que realmente importa: protegerme, sobrevivir.

A unos cuatrocientos metros, veo la cabaña del vecino sexy. Sí, debe de ser esa. Pequeña pero encantadora, con su chimenea y todo. Parece robusta y bien cuidada. ¿Estará él dentro? Algo que no pienso averiguar porque ni loca voy a presentarme allí. Ya me he arriesgado demasiado viniendo hasta aquí.

Por lo menos siento que no tengo que preocuparme. Lo que dijo sobre el matrimonio holandés, que vivieron en la casa, es cierto. Y tengo delante de mí su cabaña. ¿Por qué un hombre tan guapo como él decide aislarse? Dijo que era militar. Esas son personas especiales, han tenido que presenciar lo peor del ser humano.

Observo a Riccardo salir al porche. Se sienta en las escaleras. Aunque nos separan cientos de metros, siento su presencia como si estuviera a mi lado. Reprimo el impulso de acercarme para charlar.

Riccardo saca su móvil del bolsillo. Gesticula mientras habla, moviendo la mano. Debe haber un repetidor cerca para que tenga cobertura en este lugar.

De pronto, gira la cabeza en mi dirección. Maldita sea. Me agacho entre los arbustos con el corazón acelerado. Contengo la respiración, esperando que no me haya visto. Los segundos se hacen eternos.

Cuando me atrevo a echar un vistazo, Riccardo ha vuelto a centrarse en su conversación telefónica. Suspiro aliviada. Hora de emprender el camino de regreso antes de que me descubra espiándolo como una acosadora. Lo que me faltaba.

Me pongo en pie con cuidado y llamo a Sombra con un silbido suave. El perro acude trotando, con la lengua fuera y expresión alegre. Acaricio su cabeza y echo una última mirada a la cabaña.

—Vámonos. Ya hemos cotilleado bastante por hoy.

Iniciamos el descenso por el sendero, alejándonos de Riccardo. Parte de mí se pregunta con quién hablaba por el móvil y por qué parecía tan agitado. Otra parte me recuerda que no es asunto mío y que debo mantener las distancias. No dejes que se meta en tu cama.

Mientras caminamos, mi mente divaga. ¿Qué secretos esconde ese atractivo italiano? ¿Por qué ha elegido aislarse en estas montañas? Las preguntas se acumulan, pero otra vez me obligo a apartarlas. Ya tengo suficientes problemas sin añadir la curiosidad por un desconocido.

El sol empieza a descender, tiñendo el cielo de tonos anaranjados. Me concentro en lo importante: mantenerme a salvo y planear mi próximo movimiento. No puedo permitirme distracciones por muy tentadoras que sean.

## CAPÍTULO 20

SARAH

A la mañana siguiente, los ladridos de Sombra me despiertan de golpe. Abro los ojos, desorientada. El reloj marca las nueve y media de la mañana. ¿Qué pasa? ¿Qué mosca le ha picado al perro?

Un golpe seco resuena afuera.

¿Qué es eso? Alguien está delante de mi casa.

Me incorporo de un salto y corro hacia el baño. Me asomo por la ventana.

Me quedo de piedra. Riccardo con el torso desnudo y sudoroso clava postes en la tierra. ¿Está instalando una cerca?

—Joder —murmuro.

Tengo que preguntarle a qué viene esto. Bajo las escaleras de dos en dos, pero freno en seco delante del espejo del recibidor. Dios mío, tengo el pelo hecho un desastre y cara de recién levantada. Imposible salir así. Tengo que prepararme.

Me paso la mano a toda prisa por el cabello, intentando domar los mechones rebeldes. Al final, opto por recogerlo en una coleta improvisada. Echo un vistazo a mi pijama. ¿Mi pijama? No, no puedo salir así. Cojo una rebeca. Sí, será suficiente.

Exhalo sobre la palma de mi mano y huelo mi aliento. Inclino la cabeza a un lado, pasable. ¿Y si me ducho? ¿Estás tonta? No hay tiempo ni para lavarse los dientes. Sal afuera.

Abro la puerta y salgo al porche con Sombra pisándome los talones. Riccardo se gira al oírme. No ha sido una alucinación. Está en mi casa y sin camiseta. El pecho está lleno de músculos brillantes por el sudor. ¿Qué es eso? Tiene un B tatuada.

Trago saliva. Maldita sea, no sé si hacerle una foto para masturbarme después, o indignarme con él por presentarse así, sin avisar.

—Buenos días, guapa —saluda con su sonrisa y esos dos hoyuelos que son matadores.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunto.

—Te instalo una cerca, así no tendrás problemas con los jabalíes.

—Pero... ¿por qué?

—Para que estés tranquila, como dijiste que el casero es un imbécil...

—Riccardo, no te puedo pagar esto.

—Ni falta que hace, son cuatro postes y poco más. ¿Para qué están los vecinos si no?

Y dale con esa frase que justifica invadir mi privacidad. Ha traído hasta una furgoneta y todo. ¿De dónde la ha sacado? Ayer no la vi en su cabaña. Sombra, en vez de estar de mi parte, se pone a husmear y corretear a su alrededor.

—¿Por qué? —pregunto con los brazos cruzados.

Sostiene con los brazos un poste que debe de pesar lo suyo.

—¿Por qué *qué*?

—Todo esto —digo con un gesto que abarca su furgoneta—. ¿Tratas así a todos los vecinos?

—Solo a los extranjeros. Creo que hay que ser hospitalario. ¿No crees? —dice sonriendo otra vez de esa manera que me hace humedecer en lo más abajo—. Anda, haz algo fructífero y pásame ese martillo.

Joder, encima dando órdenes.

A regañadientes, cojo la herramienta que está en el suelo y se la entrego. Veo más de cerca la B en el pecho, hecha como una cicatriz. No es un tatuaje. Es una marca como la del ganado. Me entra curiosidad pero no es el momento de preguntar.

—Pero vamos a ver —insisto por enésima vez.

Me quedo mirando a Riccardo mientras clava otro poste. El sudor brilla en su pecho musculoso. Aparto la vista, incómoda por el calor que empieza a abrirse paso en mi vientre.

—¿Por qué haces esto? —insisto—. No tienes ninguna obligación.

Riccardo se detiene y se apoya en el poste que acaba de clavar.

—En el Ejército participé en misiones humanitarias. Ayudábamos en barrios necesitados. Estoy acostumbrado.

—¿En serio? Ay, qué entrañable —respondo con sarcasmo—. ¿Y ahora qué? ¿Soy tu proyecto de caridad?

El guaperas suelta una carcajada. Tienes los dientes blancos y perfectos. ¿Hay algo que no sea perfecto en este tío tan engreído?

—La gente cree que los militares solo vamos a pegar tiros, pero hacemos de todo. Construimos escuelas, repartimos comida...

—Muy noble, pero ya no estás en el Ejército. No tienes que seguir siendo el héroe.

Riccardo se encoge de hombros.

—Es difícil quitarse la costumbre. Además, me gusta ayudar.

—Pues ayuda a quien lo necesite de verdad. Yo puedo arreglármelas sola.

—Venga, no seas orgullosa. Acércame esos tornillos, anda.

Resoplo, pero se los alcanzo. Nuestros dedos se rozan y siento un estremecimiento que me atraviesa. Casi sin darme cuenta, me acaricio los dedos como si me hubiera dejado una huella para siempre.

—Gracias —dice con una sonrisa—. ¿Ves? No es tan difícil aceptar ayuda.

—No te acostumbres —replico secamente—. ¿Cuánto vas a tardar con esto?

—Un par de horas más. ¿Por qué? ¿Tienes prisa?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Como qué, esconderte del mundo?

Su comentario me pilló por sorpresa. ¿Acaso sospecha algo?

—No me escondo de nada —miento—. Simplemente valoro mi privacidad.

—Ya, claro. Por eso vives en medio de la nada.

—Mira quién habla, señor cabaña en el bosque.

Se ríe de nuevo.

—Yo por lo menos no recibo a mis visitas despeinada y en pijama —dice sonriendo.

—Que te den.

Un rato después, Riccardo sigue trabajando en la cerca. Desde la cocina observo sus movimientos, la tensión en sus músculos mientras clava los postes. En el dormitorio, me quito el

pijama y me pongo una camiseta y pantalones. Salgo llevándole una pieza de fruta y café.

—¿Has desayunado? —le pregunto.

—Sí, pero te acepto la fruta y el café.

—¿Cómo puedo ayudar? —pregunto.

Me mira con una ceja arqueada. Pega un bocado a la manzana y después bebe un sorbo de café. Me esfuerzo en no quedarme como una tonta mirando sus labios carnosos.

—¿Ahora quieres ayudar? Pensaba que tenías cosas que hacer.

—Puedo posponerlas. Además, así terminamos antes y te marchas —digo seria—. Venga, dime qué puedo hacer.

—Puedes ir pasándome los postes mientras los clavo.

Me acerco a la pila de madera. Agarro uno de los postes, sorprendida por su peso.

—Cuidado, no te vayas a hacer daño —advierte.

—Puedo con ello —respondo apretando los dientes—. No soy una debilucha.

Cargo el poste y se lo acerco. Lo dejo caer al suelo y me sacudo las manos.

—Impresionante —comenta irónico.

—No me subestimes.

—¿Me vas a decir tu nombre o tengo que adivinarlo?

Guardo silencio durante un instante. Tengo ganas de decirle mi verdadero nombre, pero algo me lo impide en el último momento.

—Claudia, me llamo Claudia.

—No está mal.

—¿Cómo que no está mal?

—Para ser americana no te pega mucho. Pensé que serías de esas mujeres que se llaman Mary Jane o Rose McDouglas.

—Pues a ti Riccardo tampoco te pega mucho. Sería mejor... Tonino, por ejemplo.

Se ríe y al final no puedo evitarlo, yo también.

## CAPÍTULO 21

SARAH

Observo desde la ventana de la cocina a Riccardo clavando los últimos postes para terminar la cerca. Sombra lo sigue de un lado a otro, meneando la cola. Con qué facilidad se lo ha ganado.

Abro el frigorífico y saco una botella de agua fría. Pellizco mi labio inferior, dividida entre la desconfianza que siempre siento hacia todo el mundo y la atracción que siento por él.

Salgo de la casa. Riccardo levanta la vista al oír mis pasos crujendo sobre la tierra.

—Te traigo agua —digo tendiendo la botella.

—Me viene genial —dice sonriendo.

Al cogerla, nos volvemos a rozar. Otra vez noto el estremecimiento por todo mi cuerpo. ¿Le pasará a él también o es solo cosa mía?

Bebe con avidez. Una gota se escapa por la comisura de sus labios y resbala por su cuello. Aparto la mirada, incómoda por el calor que desprende mi sexo. Qué hombre, por Dios.

—Uf —dice, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Me bebería mil litros de agua más.

Me quedo allí de pie, sin saber qué hacer. Parte de mí quiere volver a la seguridad de la casa, pero otra no puede apartar los ojos de sus músculos tensos mientras trabaja.

—Quiero hacerte una pregunta personal, Claudia —dice de repente.

—Sí, claro —digo no muy convencida.

—¿Qué hace una americana aquí en España?

Su pregunta me pilla desprevenida. Dudo un instante.

—Trabajo de manera remota y me encanta viajar, conocer el mundo, ya sabes —digo intentando dar espontaneidad a una frase que he repetido infinidad de veces en el pasado.

—Eres una nómada digital.

—Sí, es lo que soy.

—¿Y de qué trabajas?

—Diseño videojuegos.

—Impresionante —dice mirándome con asombro—. Eres la primera persona que conozco que se dedica a eso.

—¿Te gustan los videojuegos?

—Solo los de deporte, sobre todo de fútbol, aunque ya no juego tanto como quisiera —y añade—. Tuve una consola pero se la regalé a un amigo.

—Por suerte, hay mucha gente que se pasa horas jugando, sobre todo gente joven.

—Diseñar juegos es tu pasión —afirma.

—Sí, desde que era adolescente. Un día fui con unas amigas a un centro comercial y me pasé horas jugando a las máquinas recreativas. Fue como una revelación.

Me mira con esos ojos verdes, como evaluándose.

—No tiene que haber muchas mujeres en tu profesión.

—Hay pocas, pero las hay y muy buenas.

Riccardo mira la cerca y se queda pensativo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Creo que necesitamos más madera —dice rascándose la nuca—. Hay una gran tienda de bricolaje en el centro comercial. Ven conmigo, será un minuto.

Se pone la camiseta y se dirige a la furgoneta. Siento un cosquilleo de emoción y nerviosismo. Pasar más tiempo con él me atrae, pero una parte de mí duda si debería mantener distancia.

—Vale, vamos —decido al final, incapaz de resistirme a cómo me hace sentir.

Subo con Sombra, que se queda en la parte de atrás.

La carretera está rodeada de árboles que dejan pasar los últimos rayos de sol del día. Riccardo conduce confiado, con el codo apoyado en la ventanilla y una mano en el volante. Y aquí estoy yo sentada a su lado como si nos conociéramos de toda la vida. Solo espero que bajar la guardia no me traiga complicaciones.

—En el ejército aprendí muchas cosas —dice—. Como a reírme en los momentos menos esperados.

—¿Alguna anécdota divertida?

—Una vez durante una misión, el perro que nos acompañaba decidió que era el momento perfecto para perseguir a unas liebres. Terminamos corriendo detrás del perro y nos retrasamos un par de horas. Imagina todo un regimiento buscando un perro para desactivar minas. Son de esas cosas que no sale en las noticias.

—Debe de haber sido una experiencia intensa.

—Sí, pero también me enseñó a valorar los pequeños momentos de calma.

La conversación fluye sencilla entre nosotros. Sombra está tumbado al fondo, entre cajas de herramientas y bloques de madera.

Llegamos al centro comercial. Enorme, con una gran cantidad de coches aparcados. También veo gente caminando, familias, parejas, etc. La tienda de bricolaje es gigantesca. Riccardo aparca la furgoneta.

—Sombra, venimos enseguida —le digo.

Sombra ladra no muy convencido. Me da no sé qué dejarlo aquí, pero no hay remedio. La tienda no deja entrar a mascotas. Dentro, el tiempo pasa volando gracias a que Riccardo sabe bien lo que hay que comprar. Ya ha estado aquí.

Veo a parejas eligiendo baños y cocinas. Gente joven como Riccardo y como yo. Qué sensación tan extraña el sentirme acompañada por alguien. Realmente parezco una persona *normal* haciendo una compra para la casa.

El viaje de vuelta es tan agradable como la ida. La carretera sinuosa se extiende ante nosotros.

—¿De dónde eres exactamente? —pregunta.

—De Los Ángeles.

—¿Y cómo aprendiste español tan bien?

—En el instituto. Tuve una profesora genial que nos motivaba mucho. La Sra. López, una mexicana. ¿Y tú? ¿De qué parte de Italia eres?

—Mi familia es de Calabria, al sur de Italia.

—¿Tienes hermanos?

—Dos hermanos y dos primos. Todos casados y con hijos.

—Una familia numerosa.

—Sí, las comidas familiares son un caos —ríe—. ¿Y la tuya?

—Mi madre murió hace unos años, y tengo familia lejana pero no tengo mucho trato — respondo y decido cambiar de conversación—. ¿Echas de menos Italia?

—No mucho, la verdad. Me viene bien un cambio de aires.

El silencio se instala entre nosotros, pero no es incómodo. Observo el paisaje que pasa veloz por la ventanilla.

—¿Y qué trajo a tu familia a España? —pregunto tras unos minutos.

—Trabajo. Son dueños de varios restaurantes italianos.

—¿Y tú? ¿Por qué España?

—Siempre me gustó el país. La cultura, la historia... Son increíbles.

—Estoy de acuerdo —dice y otra vez vuelvo a caer rendida ante esos bonitos hoyuelos—.

Me gusta conocer a mujeres que saben lo que es viajar y conocer el mundo. No eres de esas que se quedan en casa.

—Me gustan las aventuras.

—A mí también —dice con una sonrisa de pillo.

## CAPÍTULO 22

### RICCARDO

La cerca está terminada. Me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano, satisfecho con el trabajo. Sombra corretea alegremente.

—Creo que hemos hecho un buen trabajo —digo, volviéndome hacia Claudia con una sonrisa—. Los jabalíes van a tener que llamar al timbre si van a querer entrar en tu propiedad.

La imagen de unos jabalíes amables es surrealista. Ella se ríe.

—Me vendría bien una cerveza, tengo la garganta seca —digo mirándola con descaro.

—Anda, pasa, te lo has ganado.

Entramos en la casa seguidos por Sombra, que se tumba en su cama. Me apoyo en la encimera mientras Claudia saca un par de latas de cerveza.

—Bonita casa —digo cogiendo una.

—Te pagaré por tu trabajo —dice mirándome con cierta timidez—, no te creas que soy una aprovechada. Dime cuánto te debo.

Bebo un sorbo y dejo que mi mirada se pasee por el salón. Qué bien estar dentro y así conocerla un poco mejor. ¿Seguirá la ropa interior tendida al aire? Supongo que no.

Me fijo en una fotografía enmarcada. Una Claudia más joven sonríe junto a una mujer mayor que se parece mucho a ella.

—¿Es tu madre? —pregunto señalando con un gesto de la cabeza.

Su expresión se ensombrece.

—Sí, es mi madre —responde después de una pausa.

—Se os ve unidas.

Se queda en silencio como si estuviera ordenando sus pensamientos. Finalmente, lanza un suspiro y comienza a hablar.

—Lo estábamos —dice con una sonrisa resignada—. Murió hace unos años. Era la persona más íntegra y valiente que he conocido.

—¿De qué murió?

Hace una pausa, tragando saliva. Puedo ver el dolor en sus ojos, la lucha interna por si debe continuar o no hablando.

—No tienes que hablar de ello si no quieres —digo.

—No, está bien. Es solo que... —Respira profundamente—. El estrés constante fue demasiado para ella. Un día simplemente su corazón no pudo más.

La voz de Claudia se quiebra en la última frase. Movido por un impulso, la rodeo por el hombro. Ella agacha la cabeza y se lleva una mano al puente de la nariz. Casi puedo palpar el

dolor de su recuerdo. Levanta la mirada hacia mí, con los ojos empañados.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos de mi madre? Contarle las pequeñas cosas. Los detalles pequeños del día a día. Le encantaba escuchar hablar sobre la gente del barrio. Quién había discutido con quién, los últimos chismes, quién tenía un nuevo novio...

—Eso es bonito.

—Podía pasarme horas contándole sobre mis amigas. Si alguien nuevo se mudaba al edificio, ella quería saberlo todo. Mi madre tenía una habilidad especial para escuchar. Nunca se aburría, por muy trivial que fuera lo que le contaba.

—Debía de ser una mujer paciente.

—Lo era, y curiosa. Siempre quería saber más. «¿Y qué más te dijo?», me preguntaba. O «¿cómo reaccionó él cuando le dijiste eso?».

Una sonrisa nostálgica se dibuja en su cara.

—A veces pienso en todas las cosas que me gustaría contarle ahora. Sobre ti, por ejemplo.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Siento un cosquilleo en el estómago.

—¿Sobre mí?

—Claro, le habría encantado saber que un extraño italiano apareció de la nada para arreglarme la cerca.

—¿Y qué le habrías dicho exactamente?

Claudia me mira de reojo, con una chispa de diversión en los ojos.

—Le habría dicho que eres un poco cotilla, pero que no está mal tener algo de compañía de vez en cuando.

—Vaya, gracias por el cumplido.

Nos reímos y, por un momento, la tristeza desaparece de su cara. Me doy cuenta de lo mucho que me gusta verla sonreír.

Se instala un silencio. Levanta la mirada, sus ojos se encuentran con los míos. La conexión se produce al instante. El aire se carga de electricidad.

—Claudia... —murmuro.

Puedo sentir su respiración, y ver las pequeñas motas de color marrón en sus ojos. Claudia baja la vista y la vuelve a levantar. La señal que esperaba.

Y entonces, nuestros labios se encuentran.

Me la como a besos. Su mano descansa en mi pecho mientras que mi erección es tan grande que empieza a molestarme. Ella tiene que haberlo notado.

Después de lo que parece una eternidad, pero que probablemente son solo unos segundos, nos separamos.

—Yo... —dice pero es interrumpida por un ladrido de Sombra—. Creo que alguien quiere salir.

—Sí, parece que sí —digo sonriendo.

Mientras Claudia abre la puerta a Sombra, me quedo donde estoy, procesando lo que acaba de suceder. Intentando recobrar la cordura y rebajar el fuerte impulso sexual que me invade. No sé exactamente qué significa este beso, qué cambiará entre nosotros. Pero de una cosa estoy seguro: quiero más.

—Riccardo, me gustaría estar sola —dice seria—. No sé qué ha pasado, me he dejado llevar.

Jarro de agua fría, pero lo entiendo. Las cosas se han escapado de su control. Lo mejor es no presionar, que se sienta a gusto conmigo es primordial.

—Si quieres que me vaya, me voy —digo acercándome a ella—. Pero volveré, Claudia, entre nosotros hay algo que es inútil negar.

—Gracias por la cerca y no te olvides de decirme cuánto te debo.

Le doy un beso en la mejilla.

—No me debes nada, Claudia. Lo hecho por ti porque me importas.

—Gracias —dice emocionada.

## CAPÍTULO 23

SARAH

Han pasado dos días desde el beso con Riccardo, y mis pensamientos no dejan de revolotear alrededor de ese momento. Fue el punto de unión entre los dos, y desde entonces nada ha vuelto a ser lo mismo. Noto un cosquilleo en el vientre solo de pensarlo.

Sé que está esperando que tengamos sexo, y aunque yo lo deseo incluso más que él, aún estoy con la guardia alta. No es como en México, un polvo y ya, aquí hay unas emociones en juego. Una atracción muy intensa.

Me incorporo en la cama, y cojo mi móvil para revisar las notificaciones. Sigo con la búsqueda de empleo, así que tengo que estar muy pendiente de responder correos. Por supuesto, echo un vistazo al valor del bitcoin, la moneda virtual.

—¡Increíble! —grito—. No puede ser.

Un momento, ¿estaré soñando?

Hoy el valor ha subido un montón. Con esta cantidad, podría marcharme de España con Sombra sin problemas, empezar de nuevo en otro lugar. ¿Cómo te suena eso Sarah? Uf, qué alivio sentir que el dinero no es un problema inminente. Me da un respiro, sí.

Pero si nos marchamos, eso significaría dejar atrás a Riccardo. Justo ahora. Lanzo un suspiro de frustración y dejo el móvil sobre la mesita. Lo acabo de conocer, debería ser fácil decirle adiós.

Entonces, ¿por qué la idea de alejarme de él me provoca una punzada en el pecho?

Con la mente llena de dudas, me levanto y bajo a la cocina, donde Sombra ya me espera con impaciencia. Cojo el paquete de comida y le sirvo los trozos de pollo en su cuenco.

—Buenos días, guapetón —le digo acariciando su cabeza.

Cuando termino de desayunar, me ducho y me visto para estar en casa. Me pongo una ligera capa de maquillaje, una costumbre que había perdido.

Después, durante las siguientes horas me dedico a enviar curriculums, y consigo una entrevista con una empresa nueva. Al terminar, tengo sensaciones tibias, aunque no pierdo la esperanza de que me llamen pronto y me digan que me contratan. El subidón del bitcoin me ha vuelto optimista.

A eso del mediodía, percibo a Sombra inquieto cerca de la puerta. Sí, el italiano ya está aquí. Me levanto de la mesa de la cocina y voy a abrirle. Lo primero que veo es su luminosa sonrisa.

—Buenos días —dice, sus ojos verdes brillando con fulgor.

—Buenos días —respondo dándole un abrazo fugaz.

—¿Listos para el paseo diario?

—Por supuesto.

Pronto los tres vamos caminando por el sendero que rodea la montaña. Hace un día precioso. Ni frío ni calor, la temperatura ideal. La conversación fluye con naturalidad, como si lleváramos años conociéndonos en lugar de unos días.

—¿Alguna novedad sobre el trabajo? —pregunta—. Te veo sonriente.

—Eso es porque el bitcoin ha vuelto a subir.

—Por fin, ya era hora —hace un gesto con los brazos—. ¿Eres millonaria ya?

—Sí, podría comprar una mansión si me apetece —respondo con ironía.

—Pues en Marbella hay de sobra.

—Mínimo diez baños, si no, no lo compro —digo dándole un cariñoso empujón.

—Así me gusta, una chica humilde.

Nuestras manos se rozan accidentalmente mientras caminamos, enviando un zumbido por todo mi brazo. Riccardo juega con Sombra, lanzándole una rama que el perro persigue con entusiasmo. Hay una ternura en sus acciones que hace que mi corazón se acelere.

De vuelta a la casa, nos sentamos en la terraza, disfrutando del paisaje. Cada uno tiene su lata de cerveza y he sacado un bol con patatas fritas. ¿Cuándo se volvió tan normal tener a Riccardo en casa?

—Estaba pensando en hacer una pequeña excursión este fin de semana —dice inclinándose ligeramente hacia mí—. Hay un mirador impresionante a unas horas de aquí. ¿Te gustaría venir?

Estoy a punto de responder cuando el familiar ruido de un coche atrae nuestra atención.

—Debe ser el casero —digo levantándome con un mohín de disgusto.

—Genial, tengo ganas de conocerlo.

Efectivamente, Tomás aparece por la puerta con una carpeta bajo el brazo.

—Hola, guapa —saluda, pero su rancia sonrisa se congela al ver a Riccardo.

—Buenos días, Tomás —respondo, notando la tensión repentina—. Este es Riccardo.

—Venía a ver si necesitabas algo —dice dirigiéndose a mí, pero sin apartar la mirada de Riccardo—. Pero volveré en otro momento si estás ocupada. Ah, ¿y esa cerca?

—La he puesto yo —responde Riccardo—. ¿Algún problema?

—No pienso pagarla —dice Tomás mirándome.

—Me parece bien —digo—. No lo pedí.

—¿Para qué la quieres? —pregunta mirándome.

—Hay jabalíes, deberías saberlo —dice Riccardo.

—Ya, bueno —Consulta su reloj de muñeca—. Bueno, se me hace tarde. Ya vendré otro día. Recuerda que el mes que viene hay subida.

—No es justo, Tomás —le digo acompañándole hacia la puerta.

—Pues ya sabes lo que hay.

Cierro tras él y me giro hacia Riccardo.

—Vaya gilipollas —dice.

—Y que lo digas. Por suerte, gracias a ti la visita ha sido supercorta.

—Me alegro.

Riccardo me coge de la mano. El contacto es cálido, reconfortante, y me sorprende al darme cuenta de cuánto lo deseaba.

—Debería irme —dice Riccardo aunque se queda quieto.

—Sí, supongo que sí —respondo pero tampoco me muevo.

Nos miramos por un momento que parece extenderse eternamente. Finalmente, Riccardo se inclina y me besa con pasión. Me rodea por la cintura y me atrae hacia él. Cada beso es

prodigioso, único y me encanta sentir su intenso sabor a hombre en mi boca.

—Te deseo —susurra en mi oído después de mordisquear el lóbulo.

Cierro los ojos. Yo también lo deseo, pero necesito un poco más de tiempo. Por una vez, quiero las cosas lentas.

Lo observo marcharse. Mi corazón late con fuerza. Cuando cierro la puerta, me apoyo contra ella y me dejo caer lentamente hasta el suelo. Sombra me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Qué complicada es la vida —le digo cogiéndole la carita con las manos—. ¿O somos nosotros quienes la complicamos?

La idea de marcharme, de dejar todo esto atrás, ya no parece tan atractiva como antes. Por primera vez en mucho tiempo me encuentro deseando quedarme, deseando ver a dónde me lleva este camino con Riccardo.

## CAPÍTULO 24

### RICCARDO

En la cabaña, recibo un mensaje de texto de Salvatore en el móvil diciendo que está de camino, que tiene novedades sobre las huellas de neumáticos. Mientras viene aprovecho para prepararme una tortilla francesa. Algo rápido y sano.

Ya es de noche y el silencio ahí afuera es profundo. No es que no disfrute de este momento, pero la verdad echo en falta la compañía de Claudia y Sombra. Es como si entre los tres formáramos un regimiento militar y a mí me toca vigilar solo el fuerte.

Me llega otro mensaje. ¿Será de Salvatore otra vez? No, es de Claudia. Una imagen de Sombra despatarrado por el suelo exigiendo cosquillas. Sonrío. Decido grabar un mensaje de audio.

—Dale una buena ración de cosquillas de mi parte.

Enseguida me responde con otro.

—Vale, de tu parte. Seguro que le encantará, que descanses, guapo. Un beso.

Dejo el móvil sobre la mesa y sigo con mi cena, esperando a mi primo de un momento a otro. «Un beso», ha dicho. Los besos de Claudia... Me pongo cachondo solo de pensar en ellos. Me encanta verla con los ojos cerrados y besándome, entregada, apasionada, mía.

Qué ganas de llevarla a la cama y penetrarla. Se tiene que sentir uno muy a gusto dentro de ella. Me desespera que nos lo estemos tomando con calma, pero eso es lo que hay. Si fuerzo el momento, ella se cerrará en banda, aunque sé que lo desea tanto como yo.

Seguro que se ha hecho más de un dedo pensando en mí. Riccardo, Riccardo, habrá dicho corriéndose sola en su dormitorio. Vuelvo a sonreír recordando lo vivido estos últimos días.

Ese baboso del casero. Sigue sin gustarme ese tipo. Intuyo que el vehículo que vi la otra noche es del casero. ¿De quién si no? Como le haga algo, lo mataré. Así de claro.

Aunque Claudia es fuerte, ese Tomás tiene ventaja al entrar cuando le dé la gana en su casa. Debería buscarse otro sitio para vivir. ¿Aquí en la cabaña? Es pequeño, sí, pero provisionalmente podría funcionar. Ya veremos.

La putada es que no es mi cabaña. Se supone que es de mi familia, no puedo ir en plan okupa. ¿O sí? Bueno, tengo que pensarlo.

A través de la ventana, aparece la luz de unos faros y el ruido de un motor que va frenando. Salvatore. Justo a tiempo porque ya he terminado mi cena. Me levanto, dejo el plato en el fregadero, recojo el mantelito y el vaso. Ya fregaré mañana.

Los pasos crujen sobre la madera del porche. Oigo la llave en la cerradura, la puerta se abre. Al girarme, sorpresa. No es Salvatore. Es mi padre.

—¿Papá?

Pasea su mirada seria por todo el salón.

—Le dije a Salvatore que no te dijera nada. Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido.

—Hacía tiempo que no venía por aquí —dice y se sienta a la mesa—. Ven, Riccardo.

Le obedezco. La única persona fuera del Ejército de la que recibo órdenes, aunque algunas no las acato, por supuesto.

Me siento y quedamos frente a frente. En su cara veo el paso del tiempo. Se va haciendo mayor. Nunca habla de su pasado en Catanzaro, Calabria, cuando vivían su hermana Gulia y su cuñado Federico, los padres de Vincenzo y Salvatore. Por los rumores que me han llegado a través de familiares lejanos, mi padre manejaba la ciudad con puño de hierro.

¿A cuántos habrá matado? No lo sé y nunca lo sabré. Ni se pregunta y, si lo hiciese, jamás me respondería. ¿Le pasará como a mí con la mujer de Beirut? ¿Volverán sus muertos a visitarle cuando duerme?

Se pone las gafas de lectura y trastea en su móvil.

—Antes de empezar con lo que venía a decirte, voy a darte la información que pediste a Salvatore —dice mirándome por encima de las gafas—. Según tengo entendido quisiste que contactara con nuestro hombre en la policía, Atienza, acerca de unas huellas de neumáticos.

—Sí, correcto.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de especial esas huellas?

—No lo sé con certeza, pero podían suponer una amenaza para alguien que conozco.

—¿Quién?

—No conoces a esa persona. Vive por aquí.

—¿Una mujer?

—Sí.

Sonríe de manera seria, como para darse la razón.

—Es curioso, Riccardo. No quieres involucrarte en los negocios de la familia, pero sí usar sus recursos. Qué cómodo, ¿verdad?

Primer puñetazo de mi padre directo a la mandíbula. La verdad es que tiene razón.

—Esas huellas pertenecen a un modelo de coche, un Ford Focus —dice—. ¿De qué te sirve esto? Tiene que haber cientos de coches de ese modelo por la zona.

—Con esa información, al menos puedo descartar a alguna gente.

Se quita las gafas y las introduce en el bolsillo interior de la chaqueta. Vale, parece que ahora hablará del tema que le interesa.

—Si vas a divertirte con una mujer y a hacerte el héroe, me parece bien que quieras mojar la polla, pero toda esta aventura del ermitaño tiene que acabarse de una puta vez.

—Papá...

—Ni papá ni ostias, Riccardo —dice dando un golpe en la mesa—. Tienes que dar un paso adelante, ser un hombre, para eso te envié al Ejército para darte un propósito y una estructura. Ahora resulta que nos das la espalda, como si fuéramos poco para ti.

—No se trata de eso —digo dándome cuenta de cómo se ve la historia desde el otro lado.

—Tengo cinco hijos y mi deber es proteger mi legado, así que después de pensarlo mucho he llegado a una conclusión —dice mirándome fijamente.

Guardo silencio con la espalda rígida. No, no se va a levantar, darme un abrazo y decir que todo está bien.

—Como no vuelvas a casa en una semana, solo, te desheredaré y no te quedará nada, ni

podrás estar en esta cabaña.

Aprieto las mandíbulas. No me esperaba el ultimátum.

—Muy bien, información recibida —digo sosteniendo su mirada penetrante—. ¿Algo más?

—No, eso es todo.

—Pues muy bien —digo, me levanto y me voy al dormitorio.

Mientras aprieto los puños, escucho los pasos de mi padre saliendo. El coche se aleja hasta que no oigo ningún ruido. Maldito viejo. ¿Sabes qué? Métete la herencia por donde te quepa.

Pocos minutos después, cabreado, me pongo una sudadera y salgo afuera con una linterna. Por supuesto, sin olvidarme de la pistola. Vigilaré la casa de Claudia y así se me quitará el cabreo.

## CAPÍTULO 25

### RICCARDO

Me despierto sobresaltado. La pesadilla, otra vez. Los ojos de esa mujer inocente en Beirut me persiguen, acusadores, llenos de resentimiento y dolor. Aún puedo escuchar los gritos de la gente en la calle. Me señalan como si fuera un asesino. Joder, ha sido un accidente. Nos informaron mal. Fue un puto error.

Incluso veo a mi padre acusándome. Mi padre, ¿qué hace ahí?

Enciendo la luz de la mesita de noche. Me siento en la cama, intentando calmar mi respiración. ¿Hasta cuándo con esta jodida pesadilla?

Son las cinco de la mañana. Me levanto, voy al baño y me echo agua fría en la cara. Al verme en el espejo, se me notan las ojeras. Después, voy a la cocina y bebo un vaso de agua en medio de la quietud de la noche.

Va a ser imposible conciliar el sueño. Hago ejercicio. Abdominales, sentadillas y flexiones con una mano. Vuelvo a sudar, pero me gusta este sudor, el del esfuerzo físico. El cuerpo sufre, pero después me siento bien porque se liberan endorfinas. Tengo otro ánimo para afrontar el día.

Al terminar, me ducho y después me preparo un buen desayuno. El mejor momento del día será cuando vaya a recoger a Claudia y Sombra para nuestro paseo diario. Mientras tanto, tengo cosas que hacer en la cabaña y después haré una llamada a mi amigo Sean.

Cuando el sol está subiendo por un cielo lleno de nubes, salgo de la cabaña. No me olvido de la pistola.

Bajo por el sendero. A lo lejos veo un rebaño de ovejas y un perro que ladra cuidando de ellas. Con la mano en alto saludo al pastor. Hoy sopla una brisa que huele a primavera, a pesar de que aún queda. La imagen de mi padre aparece otra vez, pero la aparto como si fuera una mosca pesada.

¿Que va a dejarme sin dinero? Me las apañaré, para algo fui el mejor francotirador del Ejército.

Un rato después, veo la casa de Claudia. Sombra viene corriendo.

—Hola, amigo —digo cuando se abalanza sobre mí—. ¿Cómo estás?

Le acaricio la cabeza. Sé que le gusta mucho. Llega Claudia sonriendo, espectacular, como una aparición. Lleva una camiseta blanca, gorra y unos vaqueros cortos. Me asalta una imagen de mis manos por debajo de la camiseta, buscando ansioso su piel. Calma, Riccardo. Lo bueno se hace esperar.

—Riccardo, ¿estás bien? Tienes mala cara —dice después de abrazarme.

Parece que mis ojeras siguen visibles.

—He dormido fatal —digo mientras iniciamos el paseo.

—¿Y eso? —dice con una mirada sincera de preocupación.

Dudo por un momento. ¿Debería contárselo?

—Tuve una pesadilla —digo al final.

—¿Sobre qué?

—Algo que pasó cuando estaba en el ejército en una misión de paz en Beirut, hace unos años.

Claudia asiente, animándome a continuar. Durante los siguientes minutos, le voy relatando lo que pasó con pelos y señales. Ella toca mi brazo, preocupada. Un gesto simple pero que reconforta.

—Dios mío, Riccardo —susurra Claudia—. Lo siento mucho.

—Fue un error —digo mirando hacia la cima de la montaña—. Un error terrible que me persigue. Esos ojos... los veo cada día.

—No fue tu culpa —dice Claudia—. Estabas siguiendo órdenes, haciendo tu trabajo.

—Pero debería haber verificado mejor —insisto—. Debería haber...

—No puedes cambiar el pasado, Riccardo —me interrumpe Claudia—. Pero puedes aprender de él. Usar esa experiencia para ser mejor, para ayudar a otros.

Sus palabras me sorprenden. Hay una sabiduría en ellas que no esperaba.

—Gracias —digo, sintiéndome mejor—. Por cierto, eres la primera persona a la que se lo cuento.

Claudia me sonríe, una sonrisa cálida. Se engancha a mi brazo y seguimos caminando. Sombra está husmeando unos arbustos a unos metros, tan tranquilo.

Nos miramos por un momento, y siento que algo cambia entre nosotros. Una conexión más profunda, un entendimiento mutuo que se afianza más y más.

De repente, el móvil de Claudia emite un pitido agudo. Nos detenemos. Ella enseguida lo saca de su bolsillo. Lo desbloquea y su cara palidece al instante.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmado por su reacción.

—Alguien está en mi casa —dice temblorosa—. Tengo una cámara instalada y ha detectado movimiento. Hay que volver ahora mismo.

Comenzamos a correr de vuelta por el sendero, Sombra siguiéndonos de cerca, intuyendo la urgencia.

Hay algo en su tono que me hace sospechar que no cree que sea un simple robo, pero no es momento de hacer preguntas.

—Cuando lleguemos —digo—, quédate detrás de mí. No sabemos qué vamos a encontrar.

Claudia asiente, apretando mi mano con fuerza. Puedo sentir su miedo, pero también su determinación.

Mientras nos acercamos a su casa, mi mente corre a mil por hora. ¿Quién podría querer entrar en la casa de Claudia? ¿Por qué está tan asustada? Hay muchas preguntas sin respuesta, pero ahora lo importante es asegurarnos de que está a salvo.

Llegamos a la casa con la respiración agitada. No hay señales visibles de que han forzado la puerta, pero eso no significa nada. Me detengo a unos metros, evaluando la situación.

—Quédate aquí con Sombra —le digo a Claudia—. Voy a echar un vistazo.

—Ten cuidado, por favor —dice ella.

Todos mis sentidos en alerta máxima. Sea quien sea el que haya entrado, no sabe que se enfrenta a un ex militar entrenado. Y haré lo que sea necesario para proteger a Claudia.

Ya dentro de la casa, saco la pistola.

## CAPÍTULO 26

SARAH

—¡Ya lo tengo! —grita Riccardo desde el interior de mi casa.

Estoy afuera sujetando a Sombra para que no se escape.

—¿Ya lo tienes? —pregunto asombrada y aún nerviosa como un flan.

—¡Sí, ya tengo al intruso! —dice con voz calmada—. ¡Vamos a salir!

Dios mío, ya lo ha capturado.

Retrocedo unos pasos y noto todo el cuerpo agarrotado. No sé cómo voy a reaccionar cuando lo saque. ¿Será uno de los hombres de Romanov? Tendré que explicarle a Riccardo la verdad. ¿Qué haremos con el hombre?

Para mi sorpresa, Riccardo sale solo, pero con los brazos extendidos. Lleva algo en la mano. Al verme, sonrío de oreja a oreja. ¿Qué está pasando? Relajo los hombros y suelto a Sombra, que se acerca ladrando.

—Mira lo que tengo —dice Riccardo con tono divertido.

Al aproximarme abre las manos. Un pajarito marrón con tonos grises. Su plumaje tiene rayas marrones y negras. Está temblando.

—Es un gorrión. Ha tenido que entrar por una ventana medio abierta.

Con la mano en el pecho, dejo escapar un suspiro de alivio. La tensión ha sido tan fuerte que tengo que ponerme a horcadas. Menos mal... Vaya susto.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Poco a poco mi corazón vuelve a su ritmo habitual.

—Sí, lo que pasa es que me he llevado un susto de muerte, pero ya está, ha pasado —digo y enseguida me incorporo—. Vamos a la cocina. ¿Está herido?

—Creo que sí. No puede volar. A lo mejor se ha golpeado contra la ventana y ha entrado sin querer.

En la casa, siguiendo sus instrucciones, corto un poco de fruta en trozos muy pequeños. ¿Habría sido exagerada mi reacción al enterarme de que había alguien? ¿Qué pensará Riccardo?

—Parece que no tiene nada fracturado —dice después de palpar sus alas con los pulgares—. Ni tiene heridas visibles.

—Estará aturdido.

—Tranquilo, amigo —susurra.

Riccardo deja al gorrión sobre un trapo. En el tapón de una botella le echo unas gotas de agua y le pongo un cuenco con fruta troceada. Le digo a Sombra que se vaya afuera por si acaso asusta al pajarito.

—¿Deberíamos llevarlo a un veterinario? —pregunto.

—Es una opción, aunque yo esperaré un poco a ver si se recupera.

Aprovecho para comprobar la cámara de vigilancia. Sí, está bien. Después subo al piso de arriba con cautela y compruebo que no hay nada revuelto. Reviso mi cajón de la mesita de noche. Sí, está el cuchillo y el spray antiviolación. Qué bien, solo ha sido el gorrión. Vuelvo a bajar.

—Lo voy a llevar al porche para que vuele cuando le parezca —dice.

—Vale —digo y me siento delante del ordenador para comprobar el correo.

Unos minutos después, regresa Riccardo y se sienta a mi lado. Su expresión es seria, parece que va a decirme algo.

—Claudia, es la primera vez que te he visto tan nerviosa —dice con un tono de voz pausado.

Dios, sabía que le había llamado la atención. Ahora a ver cómo salgo de esta.

—¿Cómo hubieras reaccionado tú con alguien en tu casa? Podría ser un ladrón.

—Sí, no sé, pero algo no me encaja.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que hay algo más, que no solo eres una nómada digital —y añade—. Mírame.

Me giro hacia él. Sus fascinantes ojos verdes me miran con genuina preocupación. Siento una opresión en el pecho. Me debato entre decir la verdad o seguir siendo Claudia.

—Confía en mí —dice poniendo una mano sobre mi antebrazo y notando cómo se eriza mi piel.

—No me llamo Claudia —Suelto tan bruscamente que hasta yo me sorprendo.

—¿No? —Sus ojos se abren como platos.

—Me llamo Sarah, Sarah Carrera.

—Vale —dice, dejando claro que me está escuchando, y que quiere que siga hablando.

—Puedo enseñarte el pasaporte si quieres, el verdadero. Lo tengo escondido.

No ha sido fácil confesar, pero lo peor viene ahora. A ver si puedo.

—Vi algo que no debía —empiezo—. Un grupo de mafiosos rusos matando a un hombre en un callejón de Los Ángeles.

Asiente y me coge de la mano.

—Querían cobrar una deuda. Como no pudieron, lo mataron —trago saliva—. El jefe es Boris Romanov, uno de los grandes nombres de la Bratva en Estados Unidos, aunque eso lo supe más tarde.

—¿Y qué pasó después?

—Lo denuncié a la policía por consejo de mi madre. Me prometieron protección para mi madre y para mí si testificaba —aprieto los puños—. Pero alguien nos delató. Seguramente Romanov compró a alguno de los agentes del FBI.

—¿Os atacaron?

—Vinieron a por nosotras. Escapamos por los pelos gracias a unos vecinos —cierro los ojos un momento recordando la escena del coche aparcando delante de la casa, y los hombres saliendo—. Pero mi madre no pudo con la presión. Enfermó y poco después murió del corazón.

Siento los ojos húmedos, pero quiero seguir contándolo. Lo necesito, y no sabía cuánto hasta ahora.

—Desde entonces estoy huyendo —trago saliva y continúo—. Quieren evitar que testifique contra él. El juicio está suspendido porque escapé, pero en cualquier momento se puede reanudar si testifico.

—Claro, por eso tienes la cámara, por eso te asustaste tanto —dice como si ahora le encajase

todo.

—Vivo con miedo, Riccardo. En cualquier momento pueden encontrarme y matarme. Tú no lo entiendes, son mafiosos.

Inclina la cabeza hacia un lado, como si no estuviera de acuerdo.

—¿Por qué no vuelves con el FBI o la CIA?

—Ya no confío en nadie. Alguien nos traicionó una vez, puede volver a pasar.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta.

—Sobrevivir —admito—. Llevo tanto tiempo huyendo que ya no sé cómo parar.

Riccardo se pone de pie y camina por la cocina, pensativo.

—Puedo ayudarte, Claudia, digo Sarah.

—¿Cómo? Es demasiado peligroso.

—¿Confías en mí? —pregunta.

—Por supuesto que sí —respondo mirándole a los ojos, a lo más profundo de su alma.

—Pensaré en algo, pero lo primero será buscar otro sitio para vivir. En mi cabaña estaremos mejor, aunque sea más pequeña.

—¿A qué viene tanta prisa? Aquí estoy bien.

—Por si acaso, es solo una medida de preocupación.

—Ni siquiera he visto tu cabaña.

—Eso tiene fácil arreglo —dice sonriendo de esa manera tan luminosa que me mata.

## CAPÍTULO 27

SARAH

El sendero serpentea entre los esbeltos pinos. El silencio del bosque es imponente. Sombra está tranquilo y se adelanta a nuestros pasos. Olfatea aquí y allá. Riccardo y yo nos tocamos, rozamos o miramos, y eso me gusta mucho. La confianza entre nosotros aumenta día a día. Me he dado cuenta de que me cuesta mantenerme lejos de él, siempre estoy a menos de un palmo. Su cuerpo emana un magnetismo que cuesta ignorar.

Vemos la cabaña. Preciosa, pequeña, única, un refugio escondido del mundo. Me encanta.

—Bienvenida a mi casa —dice Riccardo con una sonrisa cálida al abrir la puerta.

La puerta se abre con un suave chirrido. Sombra entra el primero, en plan cotilla y se pone a oler todo lo que encuentra a su paso. Recorro el lugar con la mirada, absorbiendo cada detalle mientras Sombra explora alegremente los rincones, su rabo moviéndose con entusiasmo.

—Es muy bonito —digo asombrada.

—Lo sé —dice sonriendo con arrogancia.

La cocina, un espacio pequeño y acogedor. Una mesa de madera ocupa el centro, rodeada por sillas toscas pero robustas. Las ventanas ofrecen una vista perfecta del bosque, donde los últimos rayos del sol comienzan a desvanecerse entre las ramas.

Riccardo me coge de la mano y me guía por la cabaña. El repentino roce de sus dedos hace que mi sexo se contraiga por un instante. Solo con tocarme durante una décima de segundo mi cuerpo responde con desesperación por sexo.

—Ven, te enseñaré el resto.

Recorremos el pasillo con Sombra adelante, que parece que tiene más curiosidad que yo.

—Este es el dormitorio —dice Riccardo.

Una cama de matrimonio cubierta con un edredón blanco, y unas coquetas mesitas de noche a los lados. La ventana es gigantesca y enmarca una franja del bosque. Precioso. Naturaleza pura.

Sombra estrena la cama subiéndose con descaro.

—¡Baja! —le ordeno pero ni caso—. Será testarudo...

—Deja, que haga lo que quiera...

—¿Quieres que se mee en la almohada?

—¡Sombra, al suelo, haz caso a tu dueña! —le grita.

Suelto una pequeña risa. Riccardo menea la cabeza porque tampoco a él le hace caso.

—Por cierto, tienes que contarme cómo conociste a Sombra —dice.

Me siento en el borde de la cama y lo llamo dulcemente. Sombra se acerca y le rasco detrás de las orejas.

—Fue justo cuando llegaba a Marbella —digo mientras Riccardo se sienta a mi lado—. Llevaba un coche alquilado y me detuve en una gasolinera para repostar. Había un hombre allí, ancho y bajito. Luchaba por meter a Sombra en su coche. Sombra ladraba y trataba de zafarse, claramente asustado. Además, se le veían las costillas, lo que indicaba que pasaba hambre. Algo dentro de mí, un instinto, me obligó a intervenir.

—Te imagino perfectamente interponiéndote entre Sombra y ese hombre.

Asiento con la cabeza y sonrío.

—Me acerqué y le exigí al hombre que dejara en paz al perro. Al principio me miró como si estuviese loca, pero después fue como si le quitara un peso de encima. ¿Lo quieres? Pues para ti, dijo. Se largó y allí nos quedamos Sombra y yo.

—¿Te tuvo confianza desde el primer momento?

Meneo la cabeza, recordando aquellos primeros días.

—Estaba asustado y desconfiaba. Tuve que ganarme su confianza poco a poco. No era fácil; cada avance parecía retroceder al menor ruido o gesto brusco. Pero, poco a poco, empezó a confiar en mí. Un día, semanas después, se subió al sofá y se acomodó a mi lado. Fue en ese momento cuando supe que habíamos pasado una barrera importante.

—Menuda historia —dice apartando el pelo de mi cara.

—Como no sabía su nombre, le puse Sombra.

—La vida tiene extrañas formas de unir destinos —dice acariciando mi mejilla con el dorso de la mano—. Parece que Sombra te encontró a ti tanto como tú a él.

—Sí, es verdad —digo bebiendo de sus ojos verdes.

—Entonces, ¿te gusta la cabaña? —dice y empieza a darme besos por el cuello, amenazando con ir a más.

—Me encanta —digo cerrando los ojos.

—Ya lo veo —dice y mordisquea el lóbulo.

Al notar su saliva en mi piel, me estremezco en sus brazos. Él me coge suavemente de las mejillas y me mira profundamente.

—No puedo más, Sarah —dice en un murmullo seductor, y sus labios se posan en lo míos y los besa fugazmente, como si se presentaran a una nueva mujer.

—Yo tampoco.

—Sarah... —dice acercando su apetitosa boca a mi oído—. Estoy loco por empotrarte.

Noto su mano fuerte, de dedos ágiles y bonitos que van a recorrer mi cuerpo y excitarme hasta el límite. Se ve que él sabe y me hará disfrutar. Siento que es el momento, lo que estábamos buscando desde el principio.

Ya es de noche y la luna tiene que estar velando por nosotros. Nuestros cuerpos se desnudan, se buscan, se encuentran, se desean.

Riccardo, en calzoncillos, avanza con la confianza del que sabe lo que hace, un experto en el juego del sexo. Sus manos se deslizan por mi espalda, desabrochando hábilmente mi sujetador, que deja caer al suelo.

Mis pechos quedan expuestos. Él los mira con una mezcla de admiración y deseo antes de inclinarse para comerlos. Sus labios y su lengua juegan con mis pezones hasta que se endurecen.

Qué ganas de estallar en puras llamas de placer.

Le beso el pecho.

—¿Y esta cicatriz? —le pregunto—. Te la vi cuando pusiste la cerca y me entró curiosidad.

—La B de los Barone, mi familia —dice distraído—. Un ritual que todos los hombres tenemos que pasar al cumplir los dieciocho. Nos quemamos a fuego vivo.

Me quedo alucinada. Me parece tan... erótico.

Sus manos recorren mis pechos con urgencia y ternura. Cada caricia enciende una chispa que me hace temblar de anticipación. Me dejo hacer, entregada a él, sintiendo a cada segundo que me hace perder el control.

Sus músculos están perfectamente esculpidos de tanto ejercicio. Y ese aroma a masculinidad es único, y me excita como una perra.

Me estremezco de placer mientras sus manos se deslizan por la cintura, bajando hasta los muslos. Sus dedos se enganchan en el elástico de mis bragas y las desliza lentamente por mis piernas, dejándome ahora así completamente desnuda.

Noto ya un calor creciente en mi coño. Me siento vulnerable, pero también poderosa, sabiendo el efecto que tengo sobre él. Lo sé por su mirada que echa fuego.

Sus ojos verdes me miran con una intensidad que me hace sentir como si fuera la única mujer en el mundo. Se quita los calzoncillos, y quedamos piel contra piel, listos para el festín de carne y sexo. Qué ganas tenía, por Dios.

Me besa de nuevo, esta vez con más profundidad. Su lengua explora mi boca mientras sus manos se deslizan entre mis piernas, encontrando el punto más sensible de mi cuerpo. Justo debajo del monte de Venus, con dos dedos masajea constantemente. Ay, no sabía que eso me iba a gustar tanto.

Me arqueo, incapaz de contener los gemidos de placer que escapan de mi boca.

Sus manos vuelven a mí, esta vez con más desesperación, explorando cada rincón como si fuera un territorio que fuera exclusivamente suyo. Le pertenezco.

Ahora sus carnosos labios se plantan en mi cuello, dejando un rastro de humedad que me hace estremecer.

Su polla empalmada, el coloso que va a destrozarme. Empiezan sus embestidas y siento el clítoris presionado bajo su cuerpo de acero. El roce hace que suelte otro gemido desgarrador. Qué hombre.

—Grita todo lo quieras —dice con la respiración entrecortada—. Estamos solos, amor.

¿Ah, sí? Pues suelto un jadeo que resuena en toda la montaña.

## CAPÍTULO 28

SARAH

Después de follar, siento cada músculo de mi cuerpo tan relajado...

Necesitaba este sexo brutal. Riccardo me ha dejado echa polvo. ¿Qué hora es? Casi las seis. Se me ha pasado la noche volando entre polvo y polvo. No se cansaba de mí, siempre más y más.

Le abrazo por detrás. Duerme profundamente. Qué bien huele su piel. Le daría un buen mordisco y me quedaba tan tranquila.

No quiero irme, pero tengo que levantarme, ir a casa y preparar el desayuno para mí y Sombra. Después que venga Riccardo a visitarme.

Antes de irme, le haré un regalo. Se lo merece.

Riccardo se mueve ligeramente, pero no se despierta del todo. Mis labios rozan su piel, besando cada centímetro como si fuera un terreno sagrado. Puedo sentir cómo su cuerpo responde, incluso en su estado de duermevela.

Desciendo aún más. Cuando llego a su entrepierna, la cojo con una mano y me la meto en la boca para que se vaya poniendo tiesa como un mástil. Lamo la punta con mi lengua. Me la pienso tragar entera.

Riccardo ahí sí, se está despertando.

Sus manos buscan mi cabello, enredándose en él. Puedo percibir cómo su cuerpo escultural se activa.

—Sarah... —dice con una voz somnolienta.

Sus manos me guían en cada movimiento. Se despierta por completo, sus ojos verdes encontrándose con los míos. Saltan chispas.

—Muy bien, sigue así —dice y traga saliva.

Sus palabras me encienden aún más. Me concentro en cada movimiento, en cada roce de mi lengua, en cada succión. Gime de placer, y eso me impulsa a seguir chupándosela con más ritmo. Noto su esencia dentro de mí y él lanza otro gemido espectacular. Seguro que nunca le han despertado de una manera tan agradable.

Aún es de noche, amanecerá en unos minutos. Voy al baño a limpiarme y cuando vuelvo empiezo a vestirme. Está toda la ropa desperdigada.

—¿A dónde vas? —dice—. Quédate.

—Voy a casa a preparar el desayuno a Sombra —digo abrochándome el sujetador—. Te espero allí, ¿vale?

—Vale —dice con la cabeza hundida en la almohada, y con el culo respingón al aire.

Por supuesto, antes de irme le suelto un buen cachete con la mano bien abierta. Plas. Me

encanta el sonido de su culo.

—Oye, que no soy un trozo de carne —dice irónico.

—¿Cómo que no? —digo sonriendo.

Me siento a su lado en la cama y paso la mano suavemente por su espalda.

—Eres un trozo de carne perfecto —le digo—. Y solo mío.

—Lo dices porque te he comido el coño tantas veces que ni me acuerdo el número.

—Me lo has comido de maravilla, sí.

—Quiero otra mamada —dice como un niño pequeño.

—Después, cariño —sonrío.

Los dos nos reímos. Abro la puerta y aparece Sombra para darnos los buenos días. Lo primero que hace es lamer el culo de Riccardo.

—¿No que te ibas? —dice él muy a gusto, pensando que soy yo.

—Pero Sombra quiere quedarse —digo aguantándome la risa.

Riccardo abre los ojos de par en par y voltea la cabeza.

—¡La madre que...! ¡Sombra, vete con tu dueña!

Me rio y me marchó con Sombra. Unos minutos después, sin dejar de sonreír, ya estoy en el sendero con los primeros rayos del alba. Fascinante, se huele la humedad del rocío. Un nuevo día, un nuevo amanecer y nuevas sensaciones dentro de mí.

Riccardo. Imposible no pensar en él a cada segundo. Está en todas partes, mire donde mire.

Esta mezcla de deseo y cariño es muy bonita. Nunca me había sentido así. Todas mis relaciones empezaban y terminaban en la cama. El sexo era un ejercicio físico muy agradable y poco más.

Pero Riccardo llega y consigue que confíe en él más que en cualquier otro amante que haya tenido. Ojalá pueda estar aquí mucho tiempo.

—¡Sombra! ¿Adónde vas?

En cuanto ha visto la casa se ha ido corriendo por ahí, hacia la pradera. ¿Ahora qué hace? Vuelve y se pone a ladrar. No hay quien lo entienda. Bueno, espero que cuando desayune se tranquilice un poco.

Abro la cancela y me dirijo al porche, Sombra sigue ladrando. Eso ya me parece extraño. Muy extraño. Reviso mi móvil. No hay alertas de la cámara. Por si acaso en vez de entrar por delante, voy por detrás. Nunca se sabe.

Tal vez sea otro pájaro que se ha colado y por eso Sombra está nervioso.

Miro a través de la ventana la cocina y el salón. Nada. Todo en orden. Antes de entrar en la casa, cojo un cuchillo que guardo justo debajo de un cojín del banco de la terraza.

Entro. Silencio. Ni el sonido de una mosca. Al final, será una falsa alarma. Seguro. Pero tengo que revisar todo para estar tranquila. ¿Dónde se ha metido Sombra? De repente, ya no le oigo ladrar. A ver si ladraba por otra cosa.

¿Aviso a Riccardo? ¿Y qué le digo, que Sombra ladra?

La casa está en orden. Subo las escaleras. Entro al dormitorio. Bien. Vamos a ver el baño. La cortina está echada. Qué extraño. Tengo la sensación de que hay alguien. El corazón me late a toda prisa. Agarro el cuchillo tan fuerte que los nudillos se vuelven blancos.

Extiendo el brazo y aparto la cortina de golpe.

No hay nadie. Uf, respiro aliviada.

Sarah, te estás volviendo paranoica. Sí, eso es. Paranoica. Aquí estás bien, ¿verdad?

Pero al girarme para salir del baño, me quedo con la boca abierta.

Me entra el pánico. Un desconocido me está mirando y viene a por mí.

## CAPÍTULO 29

### RICCARDO

Bebo café mientras contemplo el bosque a través de la ventana del salón. Ahora me pondré a arreglar un poco la cabaña para que cuando vuelva Sarah, no le dé un ataque al corazón. Aunque no lo hablamos anoche, creo que la podré convencer para que se acabe mudando ya.

Al menos a Sombra parece que le gusta la cabaña y... mi culo.

Tendré que hablar con mi familia y decirle que Sarah estará aquí. Quizá cuando eso pase ni me hablen, sobre todo mi padre. Se equivoca al presionarme con la herencia. Se piensa que el dinero mueve el mundo, pero hay más cosas.

En el móvil, abro el chat de la familia y me encuentro una foto reciente. La ha mandado Chiara. Ahí están Vincenzo, Salvatore y Pietro en el jardín con sus esposas, Beatrice y Eli. Los críos también, Mónica, Anna y el pequeño Mattia. Eli sostiene a Ronan, su hijo, mientras Beatrice les sirve un plato de pasta. Ah, mira, Vittoria, aun un bebé. La escena es increíblemente familiar.

Hasta están Leo y Natalia, digo Natasha, con Rita.

Mi padre sostiene una copa de vino, probablemente un Brunello, mientras conversa con mi madre. Todo parece tan normal, tan cotidiano.

Y yo, fuera de la fotografía.

¿Qué pasaría si no fuera un Barone? A veces, me detengo a pensar en cómo sería mi vida sin este apellido que pesa como una losa sobre mis hombros. Imagino la libertad de poder decidir por mí mismo, de no tener que cumplir con las expectativas de la familia. Podría ser un hombre diferente, dedicado a algo que realmente me apasione, sin el lastre de la mafia acechando cada paso que doy.

Puedo visualizarme en un trabajo aquí, lejos de las sombras de los negocios ilegales, disfrutando de una vida sencilla y honesta. Una vida donde las relaciones son genuinas, donde podría construir amistades sin agendas ocultas y, quizás, hasta con una mujer a mi lado que me mire a los ojos sin temor, como Sarah.

Imagino un hogar, un refugio en medio de la naturaleza, un lugar donde pueda vivir en paz, sin el constante peligro de traiciones o de ser arrastrado a la violencia. No tendría que mirar por encima del hombro, ni temer las consecuencias de decisiones tomadas por otros.

Pero sin los Barone, ¿qué haría? ¿quién sería yo? Porque, si soy honesto, hay una parte de mí que se siente perdido sin la red que mi familia me proporciona. Los echaría de menos, sí.

Maldita sea, aquí estoy pensando en lo que podría ser mi vida en lugar de enfrentar la realidad. Necesito encontrar una manera de reconciliarme con este conflicto interno. Porque ser

un Barone no debería definir mi destino.

Unos minutos más tarde, cuando estoy haciendo la cama del dormitorio, me encuentro un pendiente. Tiene que ser de Sarah. Lo sostengo recordando el sexo con ella. Recordando la sensación de verla chupándome la polla. Incluso ahora se me pone dura como una piedra. Joder, ha sido cuestión de décimas de segundo. Mierda, otra vez tienes la tienda de campaña en la entrepierna, Riccardo.

—Sarah —susurro su nombre, saboreándolo en mi lengua.

Sus gemidos de placer resuenan en mi cabeza. El modo en que arqueó la espalda cuando mi lengua encontró su punto G, el más sensible. Cómo clavó sus uñas en mi espalda, exigiendo ir más rápido, más fuerte.

Saco el móvil del bolsillo. Ni un mensaje. Ni una llamada perdida. Nada. Qué raro.

Le escribo un mensaje:

Enseguida voy para allá.

Envío y espero. La ansiedad crece en mi pecho como una enredadera venenosa. Los minutos pasan y no hay respuesta.

Le llamo. Suenan los tonos. Una vez. Dos. Tres. Buzón de voz.

—Sarah, soy yo. Llámame en cuanto puedas.

Cuelgo y me paso la mano por el pelo. La inquietud se transforma en un nudo en el estómago. Algo va mal. Lo siento muy dentro de mí. Cojo la pistola y me decido a ir a su casa.

Justo ahora escucho a lo lejos los ladridos de Sombra. Son ladridos desesperados, ¿me está avisando de que Sarah está en peligro?

Salgo de la cabaña apresuradamente, con la pistola bien sujeta en mi mano derecha. Como le haya pasado algo a Sarah, no me lo perdonaré.

Corro con todas mis fuerzas. Saltando piedras, arbustos, desniveles.

Tengo que llegar a tiempo.

Sombra aparece de repente, inquieto.

—¿Qué ha pasado? —pregunto como si pudiera contestarme.

El perro sigue ladrando y se dirige a la casa de Sarah. Corro detrás de él.

Corro con el corazón en la garganta. Mi mente no me da tregua y me bombardea con imágenes de Sarah en el suelo, inconsciente. La veo con los ojos vidriosos, la sangre manchando su piel pálida. Como aquella mujer de Beirut. El pelo desordenado, empapado de rojo. Sus labios, esos labios que me hicieron perder el sentido anoche, ahora de color azul.

Me cago en la puta, el sendero no se acaba nunca.

Tengo que llegar cuanto antes.

Joder, Sarah. Aquí estoy. Aguanta.

## CAPÍTULO 30

SARAH

El intruso se abalanza sobre mí. Apenas tengo tiempo para reaccionar, y solo consigo dar un paso atrás. No es suficiente. Me agarra con unas manos que parecen tenazas. Es alto, pesado y su aliento es asqueroso. Forcejeo todo lo que puedo.

—¡Suéltame! —grito sabiendo que no me rendiré con facilidad.

Me arrastra fuera del baño. Lucho con todas mis fuerzas, pero es más fuerte. De repente, recuerdo algo crucial. La mesita de noche. El cuchillo que siempre tengo por ahí por si acaso. Mi única oportunidad.

Le suelto una patada que le da en la espinilla. Aprovechando el momento, me dejo caer cerca de la mesita y la cama. A tope de adrenalina pataleo y golpeo sin parar. Noto que le arañó en la mejilla.

—Ah, puta —dice con acento del este.

Me coge de la cabeza y la golpea contra el suelo. Suelto un grito de dolor.

Murmura en su idioma mientras se inclina sobre mí, y saca algo de su bolsillo. ¿Qué es eso? ¿Una brida? ¡Quiere atarme!

Me pone los brazos detrás de la espalda, e inmoviliza mis muñecas. La brida se clava en mi piel y siento que la sangre no circula.

—Espera, americana, que hay más —dice con desprecio.

No sé cómo ni de dónde, saca un trapo y me lo mete en la boca. El sabor es horrible, me provoca arcadas. Intento escupirlo, pero él lo empuja más adentro. Mis ojos se llenan de lágrimas de frustración y miedo.

—Así estarás quieta un minuto, justo lo que necesito. Solo un minuto y da gracias que no te pegue un tiro y te deje aquí.

El intruso se incorpora y saca un móvil del bolsillo. Empieza a hablar en ruso muy rápido. Querrán llevarme a un sitio aparte, violarme, matarme y enterrarme en cualquier lugar perdido.

Tiene una cicatriz que le cruza la mejilla izquierda. Viste completamente de verde militar: pantalones, camiseta y una chaqueta de cuero.

Mientras habla, intento mover mis manos hacia el cajón de la mesita. Mis dedos rozan la madera, pero no logro abrirlo. El sudor me corre por la frente.

Se gira hacia mí. Sus ojos fríos me recorren de arriba abajo. Siento un escalofrío.

Cuando se da la vuelta, aprovecho la oportunidad. Con un esfuerzo titánico, logro abrir unos centímetros el cajón. De espaldas, meto las manos, que buscan desesperadamente el cuchillo. Lo cojo, pero se me escurre entre los dedos.

Joder, Sarah. Vamos.

Lo vuelvo a intentar y esta vez sí que me hago con el cuchillo. Temblando, raspo la brida con el filo. En cuestión de segundos rompo el plástico. Por fin, los brazos libres.

El ruso sigue hablando. En cualquier momento se va a girar.

Del fondo de cajón, saco el spray antiviolación y lo escondo. A ver si sale esto bien. Con esta mordaza, me está costando respirar. Inspiro y aspiro por la nariz, sí, pero la tensión es demasiado fuerte. Necesito más aire.

El ruso termina de hablar y se guarda el móvil.

—Bien, vámonos. Vienen a por nosotros enseguida.

Avanza hacia mí. En cuanto su cara está a medio metro de mí, estiro el brazo y le rocío la cara con todas mis ganas. Que te den, cabrón. ¿No te lo esperabas, eh?

El ruso suelta un gruñido. Después grita en su idioma algo. A lo mejor se refiere a sus ojos, que los tendrá irritados. Me alegro. Ahora está de rodillas, hincado en el suelo con las manos en la cara.

Mi momento.

Salgo a la carrera. Bajo por las escaleras. Tengo que llegar a la puerta y escapar, correr hasta que no pueda más. Voy bajando los peldaños de dos en dos. Enseguida llegaré al salón y después a la cocina.

Es cierto eso que dicen que no hay que vender la piel del oso antes de cazarlo. Me tropiezo con un juguete de Sombra. Un hueso de goma de color azul muy mono, que le compré no hace mucho. Tiene un huequito para meter golosinas.

Bueno, el caso es que por las prisas por escapar y salvar mi vida, me tropiezo y pierdo el equilibrio. Aunque me agarro al pasamanos, no es suficiente y acabo rodando por la escalera. Genial, Sarah.

Aterrizo en el suelo y enseguida noto que algo pasa con el tobillo. Siento una pequeña molestia. ¿Me lo habré torcido?

Pero eso no es lo peor. Miro hacia arriba y veo al ruso en lo alto de las escaleras. Sus ojos están rojos e hinchados por el spray, pero fijos en mí con una furia asesina.

—¡Me las pagarás! —grita bajando las escaleras.

Tiene una pistola en la mano. ¿De dónde la ha sacado?

—Voy a acabar contigo aquí mismo —dice cabreado— Me da igual que te encuentren aquí. Total, de lo que se trata es de que no testifiques.

Aunque me levante, no voy a poder ir muy lejos. Imposible correr. Me apunta a la cabeza. Este es el fin, pienso. Después de todos estos años huyendo, así es como termina mi vida.

## CAPÍTULO 31

### RICCARDO

El corazón me late fuerte, muy fuerte. Tanto, que parece que va a reventar del esfuerzo. La casa de Sarah por fuera parece que todo está bien, pero no me fío. Si Sombra ladraba tendría un buen motivo.

Escucho un ruido, algo que cae. ¿Qué será?

Voces también.

En vez de entrar por la puerta principal, doy un rodeo. Me asomo por la terraza con la pistola en la mano, listo para disparar.

Al llegar a la ventana, me asomo con cautela. La escena que presencio me hiela la sangre: un hombre apunta con una pistola a Sarah. Ella está en el suelo, al pie de las escaleras, indefensa.

Sin pensarlo dos veces, apunto al hombre y disparo. La bala rompe el cristal y, entre el estrépito, el hombre cae al suelo, inmóvil.

—¡Sarah! —grito.

Se gira hacia mí. En su cara, la expresión del pánico.

Con la empuñadura de la pistola, aparto los trozos de cristal de la ventana. Después me guardo el arma en el pantalón, y entro con cuidado de no cortarme. Corro hacia Sarah. Joder, está temblando.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunto arrodillándome a su lado.

—Riccardo... —murmura sonriendo levemente—. Creo que sí.

Inspecciono su cuerpo en busca de alguna herida o señal de que está grave, pero no veo nada. Alivio inmediato. Después la ayudo a levantarse con cuidado. Sarah se tambalea un poco, pero logra mantenerse en pie y me abraza.

—Tenía tanto miedo... —dice con la voz entrecortada.

—Esos cabrones pagarán por esto —le prometo sin dejar de abrazarla.

La urgencia hace que tengamos que movernos ya.

—¿Puedes caminar? —pregunto.

Sarah asiente con seguridad. Miro de reojo al hombre. No se mueve, ¿está muerto? Parece que sí.

—¿Dónde está Sombra? —pregunta Sarah de repente.

—Tranquila, está bien —respondo—. ¿Hay alguien más en la casa?

—No, pero llegarán más en cualquier momento —dice mirándome fijamente—. Ya no es seguro quedarnos aquí.

—Vamos a la cabaña pero ya. No hay tiempo que perder.

—¿Qué hacemos con él? —pregunta refiriéndose al cadáver.

—Yo me encargaré —respondo—. Ahora lo importante es llegar a un lugar seguro.

—Vale.

—¿Seguro que puedes caminar?

A modo de respuesta, empieza a moverse con cierta soltura. Se está probando a sí misma.

—Ha sido solo una torcedura.

Salimos y aparece Sombra que, contento, se lanza sobre Sarah.

—Estoy bien, estoy bien —dice acariciando su cabeza.

—Si no llega a avisarme con sus ladridos, hubiera tardado unos minutos más en llegar.

—Qué haría sin ti, mi querida Sombra —le dice abrazándolo.

Sarah intenta caminar pero le cuesta, va lenta. Sin dudarlo, la cojo en volandas.

—¿Así vas a poder todo el camino? —me pregunta con los brazos colgando de mi cuello.

—Pues, claro, soy un Barone —digo sacando mi arrogancia—. Además, haremos paradas *estratégicas*.

Sonríe mientras niega con la cabeza. Un rato después, llegamos a la cabaña. Estamos cansados e impactados por lo sucedido. Sarah ha estado a punto de morir.

Antes de que ella entre, reviso de arriba abajo el salón, la cocina y el dormitorio, todo. No quiero sorpresas de última hora.

—Despejado —les anuncio.

Sarah y Sombra entran. Voy al dormitorio y saco el rifle del armario. Lo dejo de pie apoyado en el sofá.

—Le he quitado el seguro, solo úsala en caso de emergencia.

—¿Adónde vas? —pregunta sorprendida, sentada en el sofá.

—A tu casa, a deshacerme del cadáver.

—Quédate conmigo, Riccardo. No quiero quedarme sola.

—¿Crees que me apetece irme justo ahora? —le pregunto—. Como vaya tu casero o quien sea a la casa y descubran el cadáver, la policía te va a buscar. Será peor.

Se pellizca el labio inferior. Sabe que tengo razón, pero las emociones la tienen controlada.

—Nadie conoce esta cabaña —digo para convencerla—. Además, volveré en menos de una hora.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Le explico cómo disparar el rifle, solo lo básico. No sé si me está escuchando. Enciendo la luz de la mesita de noche, creando un ambiente tenue y tranquilo. Acaricio a Sombra y le pido que cuide de ella.

—Descansa un poco —le digo a Sarah—. Volveré pronto.

Nos abrazamos y después nos besamos. Siento su miedo en los labios.

—Ten cuidado, Riccardo —me dice con un brillo de preocupación en la mirada.

—No te preocupes —digo guiñando un ojo—. Además, me aseguraré que a la vuelta no me sigan.

Detrás de mí, oigo cómo echa todos los cerrojos. Emprendo el camino hacia la casa con el hormigueo en el vientre. La sensación molesta que me recuerda que he dejado sola a Sarah. Justo en el peor momento. Pero ¿cuál era la otra opción? ¿Llamar a mis hermanos para que dejaran lo que tuvieran que hacer y echarme una mano ahora mismo? Además, no es lo mismo pedirles un pequeño favor, que ponerlos en riesgo después de que les dijera que no quería entrar en el negocio de la familia.

En vez de acercarme directo a la casa como hice antes, me aproximo dando un rodeo. Como dijo Sarah, más rusos están por venir. Si es preciso les haré frente, algo que no quise decirle a ella. Solo faltaba ponerla más nerviosa.

Menos mal que llegué a tiempo de salvarla.

Ha estado tan cerca de... Bueno, mejor dejar de pensar en eso.

Como la casa parece en calma, decido aproximarme por atrás y en estado de alerta máxima. Lo que haré será sacar el cuerpo y enterrarlo. Aunque ahora que lo pienso lo mejor será esconderlo y enterrarlo después con más tiempo.

Así podré regresar cuanto antes a la cabaña.

Atravieso la terraza, entro y llego al salón. Miro hacia un lado, hacia otro. No me jodas. ¿Dónde coño está el cadáver del tío ese? ¡No está!

Mierda. La respuesta es obvia.

O se ha ido por su propio pie, o se lo han llevado. Subo al dormitorio. Vacío. Pero algo me llama la atención en el suelo.

## CAPÍTULO 32

SARAH

El silencio de la cabaña es tenso. Cada cinco minutos me pongo de pie y cojeando reviso que los cerrojos están bien echados, y que las ventanas siguen cerradas.

Hace ya un rato que se fue Riccardo. ¿Cuándo volverá? La cara hostil del ruso vuelve a mí. Hacía tiempo que no pasaba tanto miedo.

Sombra se ha hecho un ovillo y está tranquilo, casi a punto de dormirse. Qué envidia.

Tengo que buscar otro sitio, un nuevo país, una nueva casa, sí, solo así quizás pueda calmarme. Pero, Sarah, ¿huir otra vez? ¿Seguir corriendo como lo has hecho durante tanto tiempo?

Podría desaparecer en la noche, borrar mis huellas y comenzar de nuevo en algún lugar lejano. Es lo que siempre he hecho, lo que me ha mantenido con vida.

Pero estoy tan cansada... Cansada de mirar por encima del hombro, de sobresaltarme con cada sombra, de desconfiar de cada persona. ¿Cuánto tiempo más puedo vivir así? ¿Es eso realmente vivir?

Pienso en mamá. Ella nunca se rindió, nunca dejó de luchar. Incluso en sus últimos momentos, su fuerza era inquebrantable. ¿Qué me diría ahora? Casi puedo escuchar su voz:

«Sarah, cariño, ya has corrido suficiente. Es hora de plantarte y luchar».

Y luego está Riccardo...

Por primera vez en años, he permitido que alguien se acerque, que vea más allá del muro que rodea mi corazón. ¿Estoy dispuesta a dejarlo atrás, a perder esta conexión que apenas comienza? Es un buen hombre, me ha salvado la vida, se preocupa por mí y además folla como los ángeles.

No, ya no más. Ya no quiero ser una fugitiva con un nombre falso. Además, no he hecho nada malo.

Quiero una vida real y quiero justicia. Los rusos, Boris Romanov, todos ellos... han controlado mi existencia durante demasiado tiempo. Es hora de que paguen por lo que han hecho, por lo que me han obligado a convertirme.

Será peligroso. Sé que podría costarme todo lo que tengo ahora. Pero también sé que si no lo hago, si no me enfrento a ellos, nunca seré libre de verdad. Y prefiero morir luchando por lo que creo es justo que vivir huyendo.

Me enfrentaré a ellos, iré a la justicia con todo lo que sé. Y esta vez no estaré sola. Tengo a Riccardo y la fuerza de mi madre corriendo por mis venas.

Es hora de dejar de correr. Es hora de luchar.

De repente, oigo fuera una voz.

—¡Sarah, soy yo! ¡Abre!

Riccardo por fin. Me levanto de un salto y voy a la pata coja hacia la puerta. De los nervios, no puedo ni abrir los cerrojos. Calma, Sarah. Vale, ahora sí. Al abrir, veo la maravillosa sonrisa de Riccardo. No puedo más y lo estrujo en un abrazo.

—Vaya recibimiento, si lo llego a saber llego mucho antes —dice bromeando.

—Pues va a mejorar.

Le planto un besazo en la boca por valiente y guapo. Tengo la sensación de que ha tardado años, y de que el sabor de sus labios es nuevo y excitante. Él no me suelta y se pega a mí. Después nos volvemos a abrazar, y siento su maravilloso calor envolviéndome y protegiéndome.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunto ansiosa.

Resopla.

—No lo vas a creer —dice acariciando a Sombra.

—¿El qué?

Cierra la puerta y echa los cerrojos. Quiere llevarme en volandas al sofá, pero le digo que puedo hacerlo yo misma.

—He llegado a la casa —dice y veo un centelleo en sus increíbles ojos verdes—, y el cadáver no estaba.

—¿Cómo que no estaba? —pregunto con una mano sobre el pecho, angustiada.

—Se fue o se lo llevaron.

Mi cerebro se pone en marcha buscando explicaciones.

—Seguro que los rusos vinieron a por mí, y al ver a su compañero se lo llevaron para que nadie lo encuentre.

—Hay una cosa más —dice Riccardo apretando suavemente mi mano—. Antes de regresar, me puse a registrar la casa por encima y mira lo que encontré.

Mete la mano en el bolsillo del pantalón, y me entrega un papel.

—Estaba en el suelo de tu dormitorio —dice—. Es el resguardo del alquiler de un coche.

—Marbella Car —digo leyendo en voz alta.

—Tienen una oficina en el centro de Marbella. Si te interesa, puedo hacer unas averiguaciones y conseguir unos nombres.

—Pero yo ya sé quiénes han sido, Riccardo —le digo abrazándole—. Los hombres de Romanov.

—Ya, pero tal vez podamos seguirles la pista.

Qué bonito verle tan comprometido en mi lucha. No sé si existe la perfección, pero este hombre lo tiene todo. A veces pienso que no es real, que es de otro mundo.

—Riccardo, no lo entiendes, son la mafia rusa, la Bratva, una organización criminal.

—Lo entiendo mejor de lo que imaginas —dice mirándome muy serio.

—¿Qué quieres decir?

Se queda callado y mira hacia otra parte, pensativo.

—Marbella es un nido de mafiosos —dice—, ¿o no lo sabías cuando viniste aquí?

—No tenía ni idea, parece un lugar tan tranquilo.

—Por fuera sí, pero aquí viven un montón de mafiosos. Se vive bien, con lujo y viene mucha droga de África.

—Joder, pues si lo llego a saber elijo otra ciudad —digo meneando la cabeza.

—Lo hecho, hecho está. Además, si no hubieras venido no te hubiera conocido —dice acariciando mi mejilla.

—También es verdad.

Nos besamos. Es imposible que pase más de un minuto sin mirarnos, ni tocarnos, sin sentirnos. Desliza su mano por debajo de mi blusa y acaricia mi espalda, muy cerca del culo. Termino de besarle y me quedo colgando de sus hermosos ojazos en silencio.

—Vamos a la cama, quiero echarte un polvo y olvidarnos de todo por un rato —dice derrochando confianza en sí mismo.

¿Quién puede decirle que no a un hombre como Riccardo, en la cúspide de su fortaleza y belleza?

## CAPÍTULO 33

### SARAH

Riccardo me lleva en volandas hasta el dormitorio y me deja caer suavemente sobre la cama. Lo observo excitada mientras se quita la ropa con impaciencia. Los botones de su camisa saltan, pero parece no importarle. Sus ojos verdes brillan con una intensidad que me hace estremecer. Quiere poseerme cuanto antes.

—Quítate la ropa —me ordena con voz grave.

Obedezco y me quedo en ropa interior negra. Me acaricia desde las rodillas, y pasa muy despacio la mano por mi muslo y la cadera. Su tacto me estremece, enviando oleadas de lujuria a todo mi cuerpo.

Con una sola mano habilidosa desabrocha mi sujetador. Aparta el tirante del hombro que va cayendo con una excitante lentitud. Su respiración se acelera.

Cuando asoma mi primer pecho, no puede esperar más. Abre la boca como un salvaje y chupa mi pezón, que noto tieso. Lo humedece, lo hace suyo, es insaciable. Pasa la lengua por mi rosada aureola y siento un estremecimiento de placer.

Aparta mi sujetador por completo y lo deja a un lado.

—Tal y como soñé —susurra, su aliento cálido contra mi piel—. Tienes los pechos de una diosa, Sarah.

Los besa y masajea con las dos manos. Puedo sentir su erección presionando contra mí, pero resiste la tentación de metérmela. Aún no. Mi cuerpo es un templo que antes merece ser explorado.

—Sarah, me vuelves loco —dice con un punto de desesperación.

Mi respuesta es cerrar los ojos y apretarme los labios. Va regando el vientre de besos lujuriosos y no contento con eso, humedece mi ombligo con la lengua enviando ráfagas de placer, una detrás de otra.

Después, baja mis bragas a cámara lenta y las lanza por ahí. Cuando descubre mi sexo, se queda pasmado.

—Mereces que te coma como nadie lo ha hecho antes —susurra.

Abro un poco más las piernas y me arqueo, ofreciéndome. Planta besos en mi muslo interno, aquí y allá. Se va acercando a mi sexo. Pasa la punta de la lengua por los labios mayores y menores, enseguida mi cuerpo reacciona otra vez arqueando la espalda. Estoy dominada por la lujuria.

Roza mi clítoris con mucho cuidado.

—¿Te gusta así, cariño? —pregunta.

Suelto un gemido. Me encanta.

—Sí...

Mete dos dedos en mi vagina, que está caliente y húmeda.

—Joder... —susurro—. No puedo más...

—¿Te gusta, verdad? —Su sonrisa es arrogante.

—Sí... —respondo casi sin aire y repito—. Sí...

Muevo la cabeza a un lado, a otro. Agarro el edredón con las manos. Estoy fuera de mí, flotando en la montaña.

—Pues esto solo es el principio —dice.

—Eso habrá que verlo —replico.

Suelta una carcajada que resuena en el dormitorio.

—Estabas deseando que te follara desde que me viste. ¿Qué te crees, que no me di cuenta?

—Creído —digo con mis mejillas ardiendo de vergüenza y excitación.

Vuelve a la carga de mi coño con la lengua, mientras mis manos se aferran a su cabello oscuro.

—Dios... —digo con el placer nublando todos mis sentidos.

Al momento, mi cuerpo se pone tenso y tiemblo de gozo. Estoy perdiendo completamente la razón.

Me levanta para que me siente sobre él y me penetre. Así, nos abrazamos con fuerza, como si el mundo se acabara y fuéramos los últimos supervivientes. Su piel caliente rozando la mía. Su corazón latiendo al mismo ritmo frenético que el mío.

Lanzo otro gemido mientras entorno los ojos. Me coge el culo con las manos y aprieta fuerte. Con las manos, guía el ritmo de mis caderas.

Lo beso con desesperación con los brazos alrededor de su cuello. Aún tiene en su lengua el sabor de mi sexo, y eso hace que sea un beso oscuro y perverso.

—Sarah... mi amor... —susurra en mis labios.

Se corre. El clímax.

Cierra los ojos y gruñe como una bestia. Hundo mi cara en su hombro y nos quedamos abrazados, nuestros cuerpos temblando por la intensidad del momento.

—No quiero huir más, Riccardo —digo cuando me recupero—. Quiero hacerles frente a los rusos.

Planta un beso en la coronilla y me acaricia la espalda.

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Vamos a por esos cabrones.

## CAPÍTULO 34

### RICCARDO

Abrazo a Sarah contra mi pecho, sintiendo el calor de su piel desnuda. Disfruto del momento a solas con ella, acariciando su espalda y bajando para darles cachetes en el culo. Me encanta manosearlo, se me pone muy dura.

—¿Sabes, amor? —dice ella con su dedo jugueteando sobre mi pecho—. Estoy pensando en el siguiente movimiento.

—¿Cuál es?

—Voy a llamar al fiscal de Los Ángeles. Le diré que estoy dispuesta a testificar contra Boris Romanov de manera definitiva, cueste lo que cueste —dice con determinación.

—Esa es mi chica, valiente hasta la médula —digo sonriendo.

Se incorpora en la cama apoyándose en un codo. Sus ojos brillan con una nueva ilusión, un propósito en la vida. Hacer justicia.

—Contaré todo lo que vi en ese callejón, y que se pudra ese mafioso en la cárcel. Odio a los mafiosos.

Guardo silencio. No, no es el momento de confesarle quién soy en realidad. Hay mucho en juego. Tengo que protegerla hasta el final. Ella sola no podrá contra esos bastardos.

—Eres increíblemente valiente —digo y beso su boca por enésima vez.

—Le diré al fiscal cómo quiero hacerlo, mis condiciones —continúa—. En vez de ir a Los Ángeles, testificaré por videoconferencia desde la embajada estadounidense en Madrid.

—¿Se puede?

—Sí, lo he visto en las noticias. El fiscal se llama Anthony Edwards y es muy competente. Seguro que encuentra la manera de convencer al juez para que sea posible. Es absurdo que viaje a mi país con el riesgo de que vayan a por mí.

—¿Cuándo piensas llamarle?

—Ahora mismo.

La beso con pasión, saboreando en sus labios su carácter de guerrera.

—Te apoyaré en todo, amor —murmuro—. No estás sola en esto, lo sabes, ¿no?

Se separa un poco, buscando mi mirada.

—¿De verdad no te importa meterte en este lío?

La beso en la boca, como si su sabor fuera aire que necesito para respirar.

—Sarah, ya estoy metido hasta el cuello. Y no me arrepiento.

Una sonrisa de oreja a oreja ilumina su cara. Joder, qué guapa es esta americana. Me besa de nuevo, esta vez con más suavidad.

—Gracias, Riccardo. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente, estarías planeando tu próxima huida —bromeo, ganándome un golpe juguetón en el hombro.

—Idiota —ríe, pero su expresión se vuelve seria—. ¿Crees que funcionará? ¿Que podré librarme de ellos?

Acaricio su mejilla, intentando transmitirle confianza y amor. ¿Amor? ¿Qué cojones te pasa? ¿Que está pasando contigo, Riccardo?

—No será fácil, pero es tu mejor opción.

—Se avecinan días tormentosos —dice con resignación.

—Estaremos preparados, ya lo verás.

La abrazo con fuerza, consciente de los peligros que nos aguardan. Juntos, nos enfrentaremos a lo que venga y más.

Un rato después, seguimos desnudos. No dejo de acariciarla hasta que el sueño me llama y, rendido, cierro los ojos. Algo pasa porque en vez de tener un sueño agradable al tener a mi lado a Sarah, vuelvo a mi horrible pesadilla en Beirut.

La tensión del día, el peligro que ha corrido Sarah, a punto de morir, ha tocado algo en un rincón oscuro de mi mente. Otra vez la cara de esa mujer muerta, ensangrentada, en mitad de la acera de esa calle, y todos acusándome de traidor y asesino, incluso mis propios compañeros. Sus voces suenan como fantasmas y es un jodido tormento.

Me despierto de golpe y suelto un grito.

—¿Qué pasa? —pregunta Sarah alarmada.

Salgo de la cama, un tanto avergonzado.

—Nada, no pasa nada. Duérmete —digo poniéndome los calzoncillos y saliendo al pasillo.

En la cocina, me sirvo un vaso de agua. Lo bebo de un trago intentando borrar las imágenes de mi pesadilla. Sacudo la cabeza, pero la angustia persiste. ¿Hasta cuándo?

De repente, unos elegantes brazos rodean mi cintura. Sarah. Ni me he dado cuenta de que venía para acá. Se mueve como una ninja. Eso es que su tobillo se ha recuperado. Al girarme, veo que lleva mi camiseta.

—Has tenido la pesadilla —dice mirándome con comprensión—. No fue tu culpa, Riccardo.

—Lo fue. Yo apreté el gatillo.

—Cometiste un error. Eso no te convierte en culpable.

Sus palabras alivian un poco el peso que llevo en el pecho. Me giro para mirarla a los ojos.

—Gracias por escucharme.

—Siempre —dice y me besa en los labios—. ¿Vamos a la cama?

—No voy a poder dormir —digo mirando al fondo de sus bonitos ojos castaños—. Creo que iré a echar un vistazo a tu casa. Recogeré tus cosas. Te harán falta.

—Ni se te ocurra dejarme sola otra vez.

Tiene razón. Me arriesgué una vez y no lo voy a hacer otra. Odio tener que pedir favores, pero se lo diré a Salvatore.

—¿Qué hora es en Los Ángeles? —le pregunto.

—Si es la una aquí, allí serán como las cuatro de la tarde.

—Perfecto, llama al fiscal ya, ¿puedes hacerlo?

—Tengo mi móvil, puedo buscar el contacto, sí.

—Llámale ya, y yo voy a llamar a un amigo para recabar un poco más de información sobre Romanov.

## CAPÍTULO 35

### RICCARDO

Mientras Sarah habla con el fiscal en el salón, cojo mi móvil y me pongo en contacto con Sean, mi colega irlandés.

—Tío, ¿sabes qué hora es aquí? —pregunta con voz somnolienta.

—Sí, una hora menos —respondo con brusquedad—. Es urgente. Necesito información sobre los Romanov. Cuestión de vida y muerte.

Se hace un silencio. Oigo el crujido de una cama y una voz femenina de fondo. El viejo truhán de Sean nunca falla en llevarse a alguna al huerto.

—¿Los rusos? Joder, Riccardo, ¿en qué lío te has metido?

—Es complicado de explicar ahora. ¿Qué sabes de ellos?

Sean suelta un suspiro.

—Son una familia peligrosa. Boris Romanov es el capo. Tráfico de armas, drogas, extorsión... Lo típico.

—¿Algo más específico?

—Sus hombres son despiadados. He oído historias que te helarían la sangre.

Me froto la cara, tenso.

—Cuéntame.

—El año pasado, en Moscú, masacraron a una familia entera por una deuda. Niños incluidos.

Aprieto el puño, enrabiado por esa crueldad innecesaria. Vale que es la mafia, pero tiene que haber códigos morales.

—¿Qué más?

—En Berlín, hace dos meses torturaron durante días a un testigo protegido. Lo encontraron flotando en el Spree.

Mi estómago se revuelve de asco.

—Joder, qué panda de cabrones.

—Riccardo, sea lo que sea en lo que estés metido, ten cuidado.

—Lo tendré. Gracias, Sean.

Cuelgo y me paso la mano por el cuello. Sarah puede estar a salvo hasta que testifique. Y después... ¿qué pasará?, ¿se vengarán los hombres de Romanov? Hay que tener cuidado y ser previsor.

Necesita protección las veinticuatro horas. Recursos. Contactos. Solo hay un lugar donde puedo conseguir todo eso.

Mi familia.

Regreso al salón donde Sarah está terminando su llamada con el fiscal. Después de colgar, me mira con una mezcla de alivio y preocupación.

—¿Qué te ha dicho Edwards? —pregunto sentándome a su lado.

Sarah se acomoda en el sofá, cruzando las piernas.

—Se ha sorprendido de escucharme después de tanto tiempo, pero me ha asegurado que no ha olvidado el caso.

—¿Y sobre tu testimonio?

—Dice que tendrá que hablar con el juez y la embajada para arreglarlo. El caso contra Romanov estaba en pausa, pero lo hará prioritario si me comprometo a testificar.

—¿Te ha ofrecido protección?

Sarah tuerce el gesto.

—Sí, mencionó al FBI, pero le dije que no me fío.

—Has hecho bien —digo cogiendo su mano—. ¿Algo más que deba saber?

—Edwards parecía genuinamente interesado en retomar el caso. Me dijo que con mi testimonio tienen una oportunidad real de derribar a Romanov.

Un escalofrío recorre mi espalda al pensar en las consecuencias.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Edwards me llamará en cuanto tenga noticias del juez y la embajada. Dice que podría ser en cuestión de un par de días.

Vale, es hora de tomar decisiones difíciles.

—Voy a hablar con mi familia para que nos apoyen con protección y logística —le digo sabiendo que se negará.

Sarah frunce el ceño. A eso me refería.

—¿Tu familia? No, Riccardo. No los involucres en esto.

—Es una locura ir a Madrid sin seguridad. Los Romanov son muy peligrosos.

—Puedo cuidarme sola. Lo he hecho todo este tiempo. No necesito a tu familia, y no quiero ponerlos en un compromiso —Su tono se eleva y noto la tensión entre nosotros.

—No es cuestión de si puedes o no. Es cuestión de ser inteligentes.

—¿Inteligentes? ¿Crees que soy estúpida?

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado.

Suelto un gruñido de frustración. ¿Por qué es tan cabezota?

—Sarah, escúchame —le cojo de los brazos y la miro fijamente—. Estos tipos no juegan limpio. Necesitamos toda la ayuda posible.

—No quiero deber nada a nadie, mucho menos a una familia que no conozco.

—¿Prefieres arriesgarte a que te maten?

Sus ojos echan chispas.

—¿Crees que no sé a lo que me enfrento? He vivido con miedo durante años.

—Precisamente por eso deberíamos...

—¡No! —me interrumpe—. No voy a poner en peligro a más gente.

—Mi familia tiene recursos. Pueden mantenerte a salvo.

—¿Y a qué precio, Riccardo? ¿Qué pedirán a cambio?

—Nada. Lo harán por mí.

Sarah suelta una risa amarga.

—Nadie hace nada gratis en este mundo.

—Te equivocas. Mi familia...

—¿No los conozco! ¿Cómo puedo confiar en ellos?

—Porque confías en mí.

Se hace un silencio repentino y profundo. Sarah se levanta del sofá y pasea por el salón con las manos en la cintura y meneando la cabeza.

—Esto es una locura. Debería irme.

—¿A dónde? ¿A seguir huyendo?

—Si es necesario, sí.

—Creía que querías dejar de huir.

—Y quiero, pero no así. No involucrando a más gente.

—Sarah, joder. Piénsalo bien.

—Ya lo he pensado. Mi respuesta es no.

Los dos nos miramos, desafiantes. Sé que tiene miedo, pero su terquedad nos pone en peligro.

—Estás cometiendo un error.

—El único error que cometí fue confiar en ti.

Sus palabras duelen, pero no lo demuestro.

—Haz lo que quieras. No pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo te matan.

—Pues muy bien.

Se dirige al dormitorio seguido de Sombra y oigo cómo da un portazo.

Me parece fantástico que se cabree. ¿Qué hora es? Dentro de un rato llamaré a Salvatore para que venga a relevarme. Tengo que hablar con mi padre, el padrino de la familia.

## CAPÍTULO 36

### RICCARDO

A la mañana siguiente, Sarah, Sombra y yo desayunamos. La discusión de ayer está olvidada. Disfrutamos del momento, centrándonos en la rutina. Parecemos una pareja en el hotel rural de mi hermano Leo y su mujer Natasha. Los ojos castaños de Sarah resplandecen por la luz del sol.

—¿Has hecho la lista con lo que necesitas de tu casa? —le pregunto estrechando su mano.

—Sí, te lo he enviado a tu correo, cariño —dice sonriendo.

—Vale, ya la tengo —digo consultando el móvil.

Salvatore tiene que estar al caer para que se quede en la cabaña y yo pueda hacer los recados pendientes. El más importante, hablar con mi padre. Un instante después, oigo el coche afuera. Ya está aquí mi primo. Sarah se pone rígida.

—Tranquila, es mi primo.

Me levanto de un salto y miro por la ventana. El todoterreno de Salvatore se acerca por el camino de tierra. Salgo al porche a recibirle. Sarah y Sombra me siguen, aunque el perro es más curioso y se adelanta.

—Buenos días, amigo —saluda Salvatore a Sombra, que lo huele y da su aprobación con un meneo de la cola.

—Hola, primo —digo dándole un abrazo—. Te presento a Sarah.

Ella da un paso al frente y le tiende la mano.

—Encantada —dice seria.

Salvatore la estrecha con una sonrisa.

—El placer es mío.

—Y este es Sombra —digo—. No te preocupes, no muerde... a menos que se le ordene.

Salvatore ríe y se agacha para acariciar al perro. Me despido de Sarah con un beso y un abrazo.

—Gracias por hacer esto —me dice—. Avísame si pasa algo.

—Volveré pronto, aprovecharé el viaje para comprar comida.

Me dirijo al coche de Salvatore. Arranco y pongo rumbo a la casa de Sarah. Al llegar, aparco cerca y entro con la pistola en la mano. Parece que no hay nadie, bien. Subo al dormitorio y, consultando la lista de Sarah, empiezo a meter ropa en una maleta. Después, recojo los artículos de aseo del baño y los meto en un neceser.

Aunque no hay urgencia, lo hago con rapidez. Nunca se sabe. Cuando voy al baño para coger el cepillo de dientes, algo llama mi atención en el espejo. Unas palabras escritas con lo que parece un pintalabios rojo, seguramente de ella:

«Te encontraremos, puta».

Un escalofrío recorre mi espalda. Los rusos han estado aquí. Saco el móvil y tomo una foto, pero no se la voy a enseñar a Sarah. No quiero angustiarla.

Salgo de la casa con paso acelerado, mirando a todos lados. Meto las cosas en el maletero y arranco el todoterreno. Sarah está en constante peligro. Tengo que hacer algo. Lanzo un largo suspiro. Vale, ya sé el qué. Sí, no hay más remedio. Es la mejor solución para Sarah. Me sacrificaré por ella.

Llego a la casa de mis padres y aparco el coche en la entrada. Mi madre está sentada en el sofá con mis sobrinos, Ronan y Vittoria.

—Hola, hijo —dice, levantándose para saludarme con un beso.

—Hola, mamá.

Me siento a su lado mientras los niños juegan en la alfombra.

—¿Qué tal el retiro en la cabaña? —pregunta mi madre.

—He conocido a alguien.

—¿En serio? —Sus ojos brillan con curiosidad—. Cuéntame más.

—Es una vecina. Tiene algunos problemas personales y ahora vive conmigo en la cabaña de manera temporal.

Mi madre arquea una ceja.

—Vaya, eso ha sido rápido, y eso que ibas porque querías tiempo para ti mismo.

Me encojo de hombros.

—A veces las cosas simplemente pasan.

—¿Y cómo se llama esta misteriosa mujer?

—Sarah —respondo—. Es americana.

Mi madre asiente, pero noto que tiene más preguntas. Antes de que pueda interrogarme más, cambio de tema.

—¿Está papá?

—En el jardín —responde, estirando la mano para impedir que Vittoria se meta un juguete en la boca—. ¿Vas a hablar con él?

—Sí, tengo que pedirle algo.

Francesca me mira con preocupación.

—Ten cuidado, Riccardo. Tu padre no está de muy buen humor hoy.

—Lo tendré en cuenta —digo y le guiño un ojo.

Me levanto del sofá y me dirijo hacia el exterior.

—Suerte —dice mi madre mientras salgo.

Salgo al jardín. El sol brilla con fuerza, iluminando el césped recién cortado. A lo lejos, oigo las voces de mi padre y Manuel, el jardinero.

—Te he dicho mil veces que no dejes ese borde así.

—Pero, Sr. Barone, si lo corto más se estropeará —responde Manuel.

Mi padre gesticula frente a la piscina. Manuel, con la cabeza gacha, asiente en silencio. No parece el momento idóneo para hablar con él, pero esto que tengo que decirle no puede esperar más tiempo.

—Papá —digo para llamar su atención.

Se voltea hacia mí. Sus ojos se entrecierran al verme.

—Riccardo, ¿qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pues espera que termine con Manuel —dice tajante—. Espérame en el porche.

No me queda otra que hacer lo que pide. Me siento y consulto el móvil. ¿Cómo le irá a Sarah con Salvatore? Espero que bien. Un instante después, mi padre termina de hablar con el jardinero y avanza hacia mí.

—¿Qué quieres? —pregunta de pie.

Tomo aire tragándome mi orgullo.

—Necesito protección para una amiga y a la abogada de la familia.

Mi padre suelta una carcajada.

—¿Tú? ¿El que nunca ha querido saber nada de los negocios familiares? —pregunta cruzándose de brazos.

—Es complicado. Hay una mujer...

—Siempre hay una mujer —me interrumpe—. En los Barone siempre hay una mujer.

Le cuento de forma resumida la situación de Sarah. Mi padre escucha en silencio con una expresión de indiferencia.

—Ni hablar —dice cuando termino—. No puedes aparecer de repente pidiendo favores.

—No he terminado.

—Me importa una mierda. He dicho que no.

Me remuevo en el sofá. Sé que solo hay una forma de convencerlo.

—Si me consigues un equipo de seguridad de calidad, me involucraré en los negocios de la familia.

La expresión de mi padre cambia. Sus ojos fríos se clavan en los míos.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque soy tu hijo. Y porque sabes que cuando doy mi palabra, la cumplo.

Se hace un silencio tenso. Mi padre se queda pensativo.

—De acuerdo —dice al fin—. Tendrás tu equipo de seguridad, pero quiero verte en la próxima reunión familiar.

—Allí estaré.

Mi padre extiende la mano y la estrecho con firmeza, sellando nuestro acuerdo.

—No me decepciones, Riccardo.

—No lo haré, papá.

Mi padre vuelve junto a Manuel. Me quedo a solas sumido en mis pensamientos. Ahora iré en busca de Amina Khalil, la abogada que ha sacado a la familia de unos cuantos líos legales. Le vendrá bien a Sarah para que represente sus intereses frente al fiscal americano.

He conseguido lo que quería, pero el precio ha sido alto. Al menos Sarah estará más protegida. Eso es lo que de verdad importa.

## CAPÍTULO 37

SARAH

Observo al primo de Riccardo, su postura rígida y su mirada penetrante. El silencio es incómodo entre Salvatore y yo. Sombra está a mis pies, alerta, como si percibiera la tensión. Por qué no aprovechar el momento y obtener algunas respuestas.

—Así que... ¿los Barone son una familia importante por aquí? —pregunto intentando sonar casual.

—Somos conocidos, sí —dice y levanta la vista del móvil—. ¿Por qué lo preguntas?

Me inclino hacia delante y acaricio a Sombra para calmar mis nervios.

—Simple curiosidad —digo sonriendo—. Tu hermano me dijo que tenéis tres restaurantes.

—Sí, los tenemos y son los mejores italianos de Marbella.

—Pues os tiene que ir muy bien.

—No nos quejamos. ¿Por qué tanto interés?

—Solo intento conocer mejor a la familia de Riccardo —respondo sonriendo aunque solo un poco.

—¿Segura que es solo eso? —Su tono es ahora claramente suspicaz.

Sombra no aparta la mirada de Salvatore.

—¿Qué insinúas? —pregunto a la defensiva.

Se recuesta en su silla, cruzando los brazos.

—Me parece curioso que una extraña haga tantas preguntas sobre nuestra familia.

Intento mantener la calma, pero mi corazón se acelera.

—No soy una extraña. Estoy con Riccardo.

—¿Y eso te da derecho a interrogarme? —replica Salvatore, con una arrogancia que me hiela la sangre.

—No te he interrogado.

—A mí me lo ha parecido.

—Bueno, si no quieres hablar, quédate ahí —Me levanto con la idea de irme al dormitorio.

—¿De verdad quieres conocer a la familia?

—Claro que sí —digo deteniéndome en el umbral de la puerta del pasillo.

Salvatore se me queda mirando hasta que me hace un gesto con la mano.

—Ven, que te voy a enseñar algo.

No muy convencida, vuelvo a sentarme donde estaba. Salvatore saca otra vez su móvil y empieza a navegar por la galería de fotos y vídeos. Le observo con atención mientras selecciona algunos archivos.

—Mira esto —dice mostrando la pantalla.

Aparece un vídeo de una boda, donde los invitados baila, ríen y beben. Un hombre atractivo besa a una mujer guapísima bajo un arco de flores blancas y doradas. Mis ojos se iluminan con la imagen, aunque intento mantener una expresión seria.

—Esta es la boda de mi primo Leo con Natasha —explica Salvatore—. Fue un día cojonudo para todos nosotros.

—Muy bonito, sí —respondo sin apartar la vista de la pantalla.

Salvatore pulsa un botón y otro vídeo aparece. Esta vez es de otra boda, donde una pareja se mira con amor mientras los aplausos resuenan.

—Y este Pietro con Eli. Se reencontraron en Florencia por casualidad —comenta Salvatore—. Una historia de película.

Continúa mostrando más vídeos y fotos. En uno de ellos aparece él con una mujer, abrazados frente al mar junto a tres niños que ríen y juegan a su alrededor.

—Nos gusta pasar tiempo en familia. Aquí estoy con mi esposa Beatrice y nuestras hijas. Las gemelas son mis hijastras, y este pequeñajo se llama Mattia.

Salvatore sonríe con orgullo mientras sigue pasando fotos, vídeos de cumpleaños, vacaciones y momentos cotidianos. Qué contraste con mi vida, que tengo solo unas imágenes guardadas, además de las fotos de mis pasaportes. Muy triste, sí.

—Nuestros padres comenzaron en Marbella desde abajo, cuando llegaron de Catanzaro, en Calabria. Levantaron un imperio con mucho esfuerzo y dedicación. Siempre trabajaron duro para darnos lo mejor y construir un hogar unido.

Veo a Riccardo en los vídeos con un traje impecable y otras con uniforme. Está espectacular. Su figura destaca en cada toma por encima de los demás, como si lo observase todo. En otras imágenes, incluso juega con los niños. Por Dios, qué encanto.

—Riccardo siempre viajaba de Italia para los grandes eventos de la familia. Iba y venía cada vez que podía. Se marchaba durante meses, pero siempre volvía. Y ahora que está de regreso, esperamos que se quede con nosotros.

El móvil muestra ahora un vídeo familiar reciente. Todos están juntos en una gran mesa, y Riccardo sonríe mientras habla con las gemelas.

—Esperamos que nadie lo aparte de nosotros. La familia es lo más importante —dice con un tono que invita a pensar que hay algo más.

¿Se referirá a mí como un obstáculo? Mejor hago que no me he dado cuenta.

—Gracias por compartir esto conmigo, Salvatore.

Él asiente en silencio y guarda el móvil en el interior de su chaqueta.

Nunca pensé que mi vida podría cambiar tanto en un instante. La imagen de Romanov matando a aquel hombre se grabó en mi mente. En ese momento no entendía las repercusiones. Solo sentía la adrenalina corriendo por mis venas, y el miedo mordiéndome las entrañas.

Convertirme en una fugitiva no estaba en mis planes. Desde aquel día mi existencia ha sido una huida constante, un eterno estado de alerta.

El concepto de tener una vida normal se desvaneció. Un novio, una boda, niños correteando por la casa... Dejaron de ser sueños y se convirtieron en fantasías imposibles. Me resigné a la idea de que nunca serían más que espejismos. Pero ahora me doy cuenta de cuánto me engañé.

Ver a Riccardo y su familia, los momentos felices que comparten, me ha hecho desear lo que durante tanto tiempo rechacé por miedo. Quizás siempre quise de verdad un hogar, un marido que me amara, hijos a quienes cuidar. Pero mientras huía, me convencí de que esos sueños no eran para mí.

Ahora una chispa de esperanza se enciende dentro de mí. Quizás todavía haya una oportunidad para mí, siempre y cuando quite a Claudia Smith de mi vida.

El testimonio ante la justicia podría ser ese punto de inflexión, el primer paso para recuperar mi vida real. Pero estos pensamientos me aterrorizan. ¿Qué pasa si el testimonio no es suficiente? ¿Y si la sombra de Claudia Smith sigue persiguiéndome?

Necesito creer que será el inicio del fin. Quiero una casa. Quiero un futuro. Quiero la oportunidad de construir algo sólido, algo de verdad. Pero para llegar allí, primero tengo que enfrentarme a los demonios que me persiguen. Sé que no será fácil, pero lo tengo que intentar. Por mí.

## CAPÍTULO 38

### RICCARDO

La abogada Amina Khalil y yo llegamos a la cabaña. Durante el viaje desde su oficina hasta aquí la he puesto al día de toda la situación de Sarah. Me ha hecho un par de observaciones inteligentes, por lo que comprendo que tenga una gran reputación en la familia.

—Ahora te presentaré a Sarah, creo que os llevaréis muy bien, pero antes déjame hablar con ella en privado.

—Por mí no hay problema —dice sonriendo y con los brazos sobre su maletín de cuero.

Bajo del coche con Amina, cojo la maleta con las cosas de Sarah y entramos en la cabaña. Sarah y Salvatore están sentados a la mesa, cada uno con una cerveza. Se levantan en cuanto nos ven. Ella me sonríe. Espero que Salvatore no haya sido un coñazo de aburrimiento.

—Sarah, te presento a Amina Khalil —y después me giro hacia la abogada—. Amina, esta es Sarah.

—Encantado. El Sr. Barone me ha hablado mucho de ti.

—Amina es la abogada de los Barone.

Las dos mujeres se saludan con un apretón de manos. Sarah sonríe, pero noto cierta duda en su expresión. Sombra huele los zapatos de la abogada, y da su aprobación para que se quede meneando el rabo.

—Sarah, tenemos que hablar un momento en privado —le digo.

Ella asiente y nos dirigimos al dormitorio. Cierro la puerta tras nosotros y nos sentamos en el borde de la cama.

—Esta mañana he estado en la casa de mis padres —digo cogiéndola de las manos—. Tengo una buena noticia. Mi padre se ha ofrecido a que un equipo de seguridad nos acompañe a Madrid.

Sarah frunce el ceño. Tengo claro que no voy a decirle cuál ha sido el precio que tendré que pagar por recibir la ayuda.

—¿Un equipo de seguridad? Eso es demasiado, Riccardo —dice meneando la cabeza—. Ya lo hemos hablado, cariño. No conozco a tu padre.

—Eso no es lo importante —digo cansado de su testarudez—. La familia tiene recursos de sobra, además ha puesto a tu disposición a Amina, la mejor abogada en derecho internacional de la ciudad.

—No voy a poder pagar sus servicios.

—Está en la nómina de la familia, digamos que tenemos con ella apalabrado como una tarifa plana. Créeme, a la familia le sale a cuenta disponer de un abogado competente al momento —

digo midiendo mis palabras con cautela.

—Pero no es necesario ni la seguridad ni la abogada. Solo voy a Madrid, testifico y me marcho —dice con calma—. No lo veo, Riccardo, no lo veo. Prefiero que vayamos tú y yo, y ya está.

Como sé que es obstinada, saco el móvil y abro la galería de fotos. Le muestro en la pantalla el mensaje de esos cabrones.

—«Te encontraremos» —lee Sarah y su cara se vuelve blanca.

—Lo encontré en el baño de tu casa, esta misma mañana.

—Los rusos... —susurra.

—Sarah, no voy a permitir que te pase nada.

Ella asiente lentamente con la cabeza.

—Vamos a hablar con Amina ahora mismo —le digo—. Necesita conocer todos los detalles de tu boca para defenderte adecuadamente.

Sarah se queda en silencio unos segundos, pellizcándose el labio inferior.

—De acuerdo —dice convencida—. Hablaré con ella.

—Me tengo que marchar —dice Salvatore apareciendo por la puerta—. Mi padrino ha llamado para que vaya a recoger al equipo de seguridad.

Asiento con la cabeza y mi primo se marcha. En el salón, Sarah toma aire profundamente antes de empezar a contar su historia a Amina. Observo cómo la abogada libanesa escucha atentamente, tomando notas en su cuaderno.

La expresión de Sarah va cambiando a medida que relata los terribles acontecimientos que la han llevado hasta aquí. Empieza tranquila, pero después le afecta revivir el pasado. Cuando termina, Amina cierra su cuaderno y la mira con una mezcla de determinación y ternura.

—Gracias por confiar en mí, Sarah —dice Amina—. Te aseguro que haré todo lo posible para proteger tus intereses ante el juez y el fiscal.

Sarah asiente, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Me acerco a ella y le rodeo los hombros con un brazo. Ella se apoya en mí, buscando consuelo.

—Todo saldrá bien —le susurro al oído—. Romanov tendrá su merecido.

—Eso espero.

Una hora después llega Salvatore con los guardaespaldas en dos coches. Sarah, Sombra y yo salimos a recibirlos. Son altos, fuertes y con cara de pocos amigos. Bien, me gustan. Además, vendrán armados.

Conozco a dos de los cuatro, a Giancarlo y Andrea. Tuvieron un papel destacado echando una mano a Pietro cuando otro ruso loco secuestró a Eli y Ronan. Sí, me gusta que estén aquí.

Se los presento a Sarah. En sus expresiones puedo ver que están sorprendidos por lo espectacular y tremenda que es ella. Sarah no se deja amedrentar por las miradas de los hombres. Personalidad tiene de sobra.

—¿Cuándo salimos, jefe? —pregunta Andrea con sus ojitos de pillo.

—Pasado mañana a primera hora salimos rumbo a Madrid —y me volteo hacia Sarah—. No será un viaje turístico, por desgracia.

—Me temo que no —Sonríe.

Pedimos a los muchachos que uno deje a Amina en su casa. Nos despedimos de ella hasta que la veamos en Madrid. Sarah y la abogada se abrazan.

—Gracias por todo —le dice a la abogada.

—Un placer —dice Amina.

Bien, han hecho buenas migas. Sara y yo entramos en la cabaña. Aún queda trabajo por

hacer.

## CAPÍTULO 39

SARAH

*Unos días después...*

El cielo aún está oscuro cuando salimos de la cabaña. Riccardo, Sombra y yo nos acomodamos en la parte trasera de uno de los dos coches. Giancarlo y Andrea ocupan los asientos delanteros. Nos ponemos en marcha hacia el aeropuerto de Gibraltar. Desde allí tomaremos un avión con rumbo a Madrid. Ya noto un hormigueo en el estómago.

Por increíble que parezca, anoche dormí muy bien. Quizá tuviera que ver que Riccardo durmió conmigo. El sexo me ayudó a relajarme y el sueño vino a mí muy pronto.

Acaricio la cabecita de Sombra, agradecida por su presencia. Ni por un momento se me pasó por la cabeza dejarle con algún cuidador. Estamos juntos en esto. Me ayuda a mantener la calma. Riccardo consulta el móvil y después me mira.

—Amina dice que anoche llegó a Madrid —dice—. Nos veremos en el hotel Ritz para ultimar detalles antes de ir juntos mañana a la embajada. ¿Sabes algo del fiscal Edwards?

—Que me ha dicho que todo estará listo para recibarnos con los brazos abiertos.

—Perfecto.

Al otro lado de la ventanilla, la oscuridad va cediendo poco a poco a un tímido amanecer. El mar se va despertando con olas discretas. El horizonte está difuminado por las nubes que empiezan a teñirse de naranja. Qué espectáculo tan increíble.

—¿Estás bien? —me pregunta Riccardo.

—Tengo un hormigueo en el estómago que no se va.

—Es normal, pero todo saldrá bien —dice acariciándome la pierna.

Sus palabras me reconfortan, aunque no logran despejar por completo mi inquietud. El viaje se me está haciendo eterno. Cada minuto que nos acerca a Madrid aumenta mi ansiedad. Intento distraerme observando el paisaje, pero mi mente vuelve una y otra vez a lo que me espera en la embajada. La citación, el juez, el fiscal, Romanov, sus abogados...

—¿Y si algo sale mal? —pregunto en voz baja.

Riccardo me coge la mano con suavidad.

—No pienses en eso ahora, cariño —me dice con seguridad—. Confía en Amina y en el equipo. Estamos preparados para cualquier cosa.

Sombra apoya su cabeza en mi regazo, como si sintiera mi preocupación. Le rasco detrás de las orejas, agradecida por su compañía silenciosa.

A lo lejos veo el famoso Peñón. Una roca enorme que vigila el estrecho paso entre el

Mediterráneo y el Atlántico. El sol comienza a asomar en el horizonte cuando Giancarlo anuncia que estamos llegando a Gibraltar. Mi corazón se acelera. Este es el primer paso de un viaje que podría cambiar mi vida para siempre.

—Enseguida estamos en el avión —dice Riccardo—. ¿Lista?

Respiro hondo y aprieto su mano.

—Lista.

De repente, un estruendo. ¿Qué está pasando?

Me inclino hacia un lado y observo la autovía. El coche que va delante con los otros dos guardaespaldas, pierde el control y se estrella contra la mediana.

Riccardo y yo nos miramos, atónitos. No tenemos tiempo de reaccionar cuando un impacto brutal nos sacude por detrás.

Una furgoneta negra nos acaba de embestir. Dios mío, un hombre se asoma por la ventanilla con una metralleta en las manos. Entro en modo pánico. El corazón se me encoge y me quedo paralizada.

Los disparos resuenan en el aire y la ventanilla trasera se rompe en mil pedazos. Me encojo asustada protegiendo a Sombra con mi cuerpo.

Riccardo desenfunda su pistola.

—¡Andrea, cúbreme!

El guardaespaldas saca medio cuerpo por la ventanilla y empieza a disparar a la furgoneta. No sé qué hacer más que agacharme y sujetar a Sombra.

—¡Cuidado! —grita Riccardo.

La furgoneta negra se coloca a nuestro lado. Levanto la cabeza y observo la cara de esos tipos. ¿Serán rusos? No lo sé, pero está claro que quieren matarnos. La furgoneta nos quiere echar de la autovía. Nos golpea una y otra vez de costado haciendo perder el equilibrio a Riccardo.

—¡Gianluca, sácanos de aquí! —grita.

El guardaespaldas gira bruscamente tomando un desvío. Las balas silban a nuestro alrededor. Sombra ladra, más nervioso que yo.

—¡Andrea, pásame el rifle! —ordena Riccardo.

Andrea se lo entrega. Riccardo lo empuña con destreza, apuntando al conductor de la furgoneta. Contengo la respiración. El viento alborota su cabello moreno. Los músculos del brazo se tensan. Así debió de ser en Beirut, un francotirador en territorio hostil.

El disparo retumba en mis oídos.

La bala atraviesa la ventanilla y le da al ruso en la cabeza. La furgoneta se mueve dando tumbos y cae por un terraplén. Ojalá mueran. Me importa muy poco.

—¿Estás bien? —pregunta Riccardo sin bajar el arma.

—Sí —respondo con voz temblorosa.

—Tenemos que salir de aquí —dice Gianluca acelerando—. Pueden venir más.

—¡Vamos directamente al aeropuerto privado! —grita Riccardo.

Mi corazón late desbocado.

—¿Cómo sabían dónde estábamos? —pregunto desesperada.

—No lo sé, supongo que nos vigilaban —responde con un evidente disgusto encima.

Volvemos a la autovía.

Miro por la ventanilla rota, alerta ante cualquier movimiento sospechoso. El sol empieza a asomar por el horizonte, tiñendo el cielo de rosa y naranja. Un amanecer que podría haber sido el último.

—¿Sabéis algo del otro coche? —les pregunta Riccardo.

—¡No! —responde Andrea.

Riccardo coge su móvil y en ese gesto me doy cuenta de que en el brazo hay sangre.

—¡Estás sangrando! —le digo señalando.

Se lo mira.

—Bah, es solo un rasguño, tranquila —dice y después habla por el móvil—. Nos atacaron pero los hemos neutralizado, ¿por dónde estáis?... Vale, pisad el acelerador, no me importan los límites de velocidad. Nos vemos en el aeropuerto.

—¿Sombra? —pregunta revisando al perro, que mueve la cola, contento de que haya pasado todo. Ladra dos veces para decir que está ileso.

Riccardo se inclina hacia mí y me abraza. Noto la fuerza de su cuerpo sobre mí. Casi sin darme cuenta, mis ojos se empañan de lágrimas y empiezo a llorar.

## CAPÍTULO 40

### RICCARDO

Con el pulso aún acelerado, observo a Sarah y Sombra, ilesos. Qué alivio, por un momento pensé que no lo contábamos. Esos cabrones rusos no se han salido con la suya. Están dispuestos a todo y no les importa la manera. Quieren matarla a toda costa.

—Están en todas partes —dice Sarah—. De alguna u otra forma, siempre consiguen dar conmigo.

—Quizás nos siguieran desde la cabaña —digo encogiéndome de hombros—. O tal vez me rastrearán cuando fui a tu casa, a pesar de todas las precauciones que tomé.

—¿Crees que habrá otro ataque?

—La Bratva tiene tentáculos por todas partes —le digo cogiéndola de la mano, intentando siempre mantener contacto físico con ella—. En cuanto lleguemos al avión estaremos a salvo.

—Lo siento, Riccardo —dice bajando la mirada—. No quería arrastrarte a este lío.

Tomo su barbilla con delicadeza y la miro a los ojos, que los tiene aún rojos por haber llorado. La primera vez que la conocí fue borde conmigo, y ahora me muestra su vulnerabilidad. Imposible no sentir algo por ella que solo sea echarle un polvo. Ella es algo más.

—Me importas, Sarah —le digo mirándola.

Una sonrisa tímida se dibuja en sus labios. Nos fundimos en un abrazo. La noto tensa pero es normal. Esta mujer ha pasado por terribles situaciones y solo quiere libertad para vivir en calma.

Unos minutos después, pasamos por la aduana en coche, mostramos los pasaportes y la policía británica nos deja entrar sin problema. Gracias a los sobornos de mi familia, ni siquiera nos registran.

Miro por la ventanilla. A lo lejos veo el aeropuerto de Gibraltar. Un suspiro de alivio escapa de mis labios.

—Espero que los rusos no intenten nada —dice Sarah.

—Yo tampoco.

El coche se detiene en la entrada del aeropuerto privado. Nos bajamos todos rápidamente. Mientras cogemos el equipaje, Giancarlo y Andrea observan de pie todo el alrededor en busca de alguna amenaza potencial. Enseguida llega el otro coche con los otros dos guardaespaldas, Luigi y Marco. Me alegro de que hayan llegado a tiempo de embarcar.

—Vamos —digo llevando una mochila y la maleta de Sarah—. No perdamos tiempo.

Caminamos rápidamente hacia el avión, escoltados por Gianluca y Andrea. Llegamos al hangar donde el jet privado nos espera. Al verlo, Sarah se queda con la boca abierta.

—Espera, ¿esto es un avión privado? —pregunta—. Pensé que íbamos en un avión normal.

Lógico que ella se sorprenda. Por suerte, estaba preparado para esa pregunta. En unos días tengo que decirle la verdad sobre mi familia, pero no ahora. Demasiado pronto.

—Mi padre está muy bien relacionado. El avión es de un amigo y nos lo presta. ¿No es genial?

—Es maravilloso. No está mal tener un poco de suerte después de todo —dice Sarah llevando de la correa a Sombra.

Al pie de la escalerilla nos espera la tripulación, incluida Fátima, que me mira entre sorprendida e incómoda. Al fondo del hangar, hay un par de mecánicos arreglando un motor en un rincón. Después los necesitaré.

—¿Todo bien? —pregunta el capitán.

—Tuvimos un contratiempo pero lo resolvimos —respondo, y después me acerco a Fátima con discreción y le hablo en un susurro—. Habla con los mecánicos que están ahí detrás y pídeles que revisen ya los bajos del coche en busca de un dispositivo de seguimiento. Diré que les paguen un extra si lo encuentran.

Ella me mira sorprendida por la orden.

—Sí, Sr. Barone.

—Dime lo que sea en privado, pero espera a que me acerque a ti. Corre, que hay prisa.

Una vez dentro del jet, me permito relajarme un poco. Sarah se sienta a mi lado, aún temblorosa. Le cojo de la mano y siento que seguimos conectados.

—Lo peor ya pasó —le digo intentando tranquilizarla.

Apoya la cabeza en mi hombro. Sombra se acurruca a nuestros pies. Empieza a hacerle efecto la pastilla que le dio Sarah en el coche. Los motores del avión rugen preparándose para el despegue. Hay que abrocharse los cinturones.

—Próxima parada: Madrid —anuncio besando su frente.

Unos minutos después, el jet surca el cielo mientras siento el vacío en el estómago. Al poco, el luminoso indica que nos podemos desabrochar los cinturones. Vale, es mi momento.

—Ahora vengo, voy a hablar con la tripulación —le digo mientras me levanto.

—Vale.

Fuera del alcance de visión de Sarah y los muchachos, me aproximo a Fátima. Está de espaldas, agachada, preparando las bebidas. Alucino con su cuerpo. Me quito de encima los recuerdos de ella en la cabaña, desnuda y gimiendo. No quiero que me distraigan de mi propósito.

—Fátima...

Ella se gira y enseguida comprende qué hago ahí.

—¿Qué te han dicho los mecánicos?

Hace un gesto de la mano como diciendo que espere. Se alza sobre los pies y abre un compartimento. Coge algo y me lo entrega. Es redondo y con una luz roja. Un dispositivo de seguimiento, un GPS. Bien, así que alguien lo instaló en el coche para saber dónde estábamos.

—Gracias, Fátima —le digo guiñándole un ojo—. Te debo una.

—¿Es tu novia?

—Sí.

Ella hace un mohín de disgusto, pero estoy demasiado alterado para preocuparme de ella. Aprieto en mi puño el dispositivo electrónico. Alguien lo puso en el coche y ha de ser alguien del equipo de seguridad. No me jodas.

¿Hay un puto traidor aquí? Tengo que hacer algo pero ¿qué? En el avión no puedo liarme a tiros. Se me tiene que ocurrir algo.

## CAPÍTULO 4I

SARAH

Acaricio a Sombra, que duerme como los ángeles. Su primer viaje en avión. Saco el móvil y le tomo una foto para el recuerdo.

Giancarlo y Andrea charlan en voz baja al otro lado del pasillo. Me sorprende la normalidad con la que se comportan después de lo ocurrido. Hace apenas una hora estábamos esquivando balas y a punto de morir. Por su trabajo de guardaespaldas, deben de estar acostumbrados.

—Qué perro más bonito —dice el más alto, Giancarlo.

—Gracias, se llama Sombra.

—¿Dónde te lo dieron? —pregunta uno detrás, joven y con nariz de boxeador.

Le cuento brevemente la historia de cómo rescaté a Sombra de aquel hombre en la gasolinera. Sus caras se endurecen al oír sobre el maltrato que sufrió el pobre.

—Menos mal que lo salvaste —dice que está al lado del otro, ladeando la cabeza. Tiene rizos y cara de niño.

—Somos afortunados de tenernos el uno al otro —digo mirando a Sombra, que sigue durmiendo feliz.

El avión atraviesa una zona de turbulencias. Me tenso como siempre que viajo. Los guardaespaldas ni se inmutan.

—Tranquila, es normal —me dice Andrea—. En seguida pasará. Además, por suerte, hemos viajado en el avión de los Barone y sabemos que es seguro.

¿En el avión de los Barone? ¿Pero no me dijo Riccardo que era de un amigo? Tiene que haber un malentendido. Qué extraño.

—Pensé que era de un amigo de la familia —digo.

—Ah, bueno, sí —dice Andrea removiéndose en el asiento—. Es de un amigo pero el Padrino puede usarlo siempre que quiera.

Supongo que con el Padrino se referirá al padre de Riccardo. ¿Giovanni? Asiento, intentando no hacer caso a mi mente, que dice que algo no encaja.

—Ya casi llegamos a Madrid —anuncia Giancarlo consultando su llamativo Rolex.

La curiosidad me pica y me inclino con discreción sobre el pasillo para ver qué hace Riccardo. Charla con la azafata. Es guapa, con un cuerpo escultural y una sonrisa deslumbrante. Riccardo le habla al oído y ella asiente con los ojos clavados en él. Un nudo de celos se forma en mi estómago. Lo que me faltaba.

La azafata le entrega algo pequeño. Riccardo lo examina con atención y luego lo guarda en el bolsillo. Ella le mira con adoración, como si fuera un héroe de película.

Aprieto los puños sin darme cuenta. ¿Por qué me molesta tanto verlos juntos? No tengo ningún derecho sobre él, ¿o sí? No tengo mucha experiencia con las relaciones, bueno, ninguna, y eso que ya tengo veintitrés años. Aun así, la imagen de ellos dos tan cerca me revuelve por dentro.

Intento apartar la mirada, pero no puedo. La azafata se acerca más a Riccardo. Le toca el brazo y le susurra algo al oído. Él sonríe y niega con la cabeza.

Una pregunta insidiosa se cuela en mi mente: ¿habrá pasado algo entre ellos? La forma en que se miran, la complicidad que transmiten... Todo apunta a que se conocen bien. Igual han follado. Anda, Sarah, cállate.

Me obligo a respirar hondo. No puedo dejar que estos pensamientos me dominen. Riccardo me ha salvado la vida. Me ha protegido cuando más lo necesitaba. No tengo motivos para dudar de él.

Aun así, la semilla de la duda ya está plantada. Observo cada gesto, cada mirada entre ellos. Busco pistas de una historia compartida, de un pasado que desconozco. Dios mío, es agotador.

Riccardo se despidе de la azafata y regresa a su asiento. Finjo estar absorta en el paisaje.

—¿Todo bien? —pregunta sentándose a mi lado.

—Sí, claro —respondo con una sonrisa forzada—. ¿Y tú? ¿Algún problema con la tripulación?

—Todo en orden, cariño.

Sus bonitos ojos verdes me escudriñan. Por un momento temo que haya notado mis celos. Aparto la mirada, incapaz de sostener la suya. De refilón, veo que teclea en su móvil. ¿Qué tanto escribirá?

Me quedo mirando por la ventanilla, luchando contra los celos que me corroen por dentro. De repente, Riccardo me da un codazo y me enseña la pantalla del móvil. El texto que estaba escribiendo:

«La azafata me ha dado un dispositivo que estaba instalado en los bajos de nuestro coche. Hay un traidor entre los guardaespaldas. Cuidado con lo que dices delante de ellos».

¿Es una broma? Le miro y él asiente. Es verdad, no es una broma. ¿Cómo lo habrá averiguado? Resoplo y noto la angustia abriéndose en mi pecho.

## CAPÍTULO 42

### RICCARDO

Voy a la parte trasera del avión, y hago una señal a los guardaespaldas para que se reúnan conmigo. Los miro uno a uno mientras se sientan delante de mí. Andrea, con su habitual expresión seria. Gianluca, alto y robusto. Marco, el más joven, con su nariz de boxeador. Y finalmente Luigi, de rizos y cara aniñada.

—Cambio de planes —anuncio con voz firme—. No nos alojaremos en el Ritz.

Observo con mucho interés sus reacciones. Entre ellos ha de estar el traidor que nos ha vendido a los rusos. Gianluca ni se inmuta. Andrea frunce el ceño, Marco asiente. Luigi parpadea, sorprendido.

—¿Dónde iremos entonces? —pregunta Andrea.

—Al Palace. Está justo enfrente.

Gianluca se estira el cuello de la camisa y desvía la mirada. Ese gesto me llama la atención. ¿Nerviosismo? ¿Culpabilidad?

—¿Algún motivo en particular para elegir ese hotel? —pregunta Marco.

—Seguridad —respondo escuetamente—. El Palace tiene mejores medidas.

Luigi se rasca la barbilla y se cruza de piernas.

—¿Cuándo se tomó esta decisión? —pregunta Gianluca, con un tono que intenta sonar casual.

—Hace unos minutos. ¿Algún problema?

—No, no —responde rápidamente, volviendo a tirar del cuello de su camisa—. Solo curiosidad.

—¿Necesitas algún cambio más en el viaje? —pregunta Andrea.

—No, todo sigue igual. Solo cambia la ubicación.

Gianluca se asoma por la ventanilla evitando mi mirada. Su comportamiento me resulta cada vez más sospechoso.

—¿Algo más que debemos saber? —pregunta Marco.

—Por ahora no. Podéis volver a vuestros asientos.

Los cuatro asienten y se levantan. Gianluca es el último en irse, lanzando una mirada furtiva hacia la cabina del piloto.

Me quedo pensativo. La reacción de Gianluca ha sido la más extraña. Ese gesto de estirarse el cuello, como si de repente le apretara la camisa, como si se estuviera ahogando. Su interés por saber cuándo se tomó la decisión. Y esa última mirada... Pero al mismo tiempo él iba conduciendo cuando nos atacaron en la autovía. ¿Estaría actuando?

Regreso junto a Sarah. Ella me mira interrogante.

—¿Todo bien?

—No lo sé —murmuro—. Creo que tenemos a nuestro primer sospechoso. A Gianluca. Cuesta creerlo, es un veterano de la familia.

—¿Qué vamos a hacer, Riccardo?

Consulto mi reloj.

—Tengo que actuar lo antes posible —digo mirándola a los ojos y sintiendo su preocupación—. No te preocupes. Voy a hablar con Salvatore.

—Vale —dice.

Acaricio a Sombra, me levanto y me dirijo al baño. Por el pasillo miro de reojo a mis hombres. Gianluca sigue mirando por la ventanilla, absorto en el paisaje. Cierro la puerta con pestillo y saco el móvil. En la pantalla, aprieto el contacto de Salvatore.

—¿Riccardo? ¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema, Salvatore. Nos han tendido una emboscada en la autopista.

—¿Qué? ¿Estáis bien?

—Sí, pero por poco no lo contamos. Nos acribillaron a balazos, pero conseguimos salir bien, sin bajas —digo y bajo la voz—. Creo que hay un traidor entre los guardaespaldas.

Salvatore guarda silencio un momento.

—¡No me jodas!

—Encontré un GPS en los bajos del coche. Alguien lo ha puesto ahí para saber en todo momento nuestros movimientos.

—¿De quién sospechas?

—Gianluca. Su comportamiento es extraño.

—¿Gianluca? Pero si es de los más antiguos y...

—Acuérdate de Lorenzo y cómo traicionó a Chiara y Vincenzo. Por su culpa Chiara las pasó putas. Lo habrán comprado. Ya sabes que es el dinero lo que mueve el mundo.

—¿Qué quieres que haga?

—Necesito que vayas a su piso y lo registres de arriba abajo. Busca cualquier cosa sospechosa: dinero, documentos, lo que sea.

—Me pondré en marcha ahora mismo.

—Ten cuidado, Salvatore. No sabemos hasta dónde llega esto.

—No te preocupes. Me llevaré a un par de hombres de confianza.

—Llámame en cuanto sepas algo.

—Lo haré. Cuídate, primo.

Cuelgo y me quedo mirando delante del espejo. Mi cara está tensa, con ojeras pronunciadas. Suspiro y niego con la cabeza. Lo único que quiero es estar con Sarah, en la cama, tranquilos, follando pero aún queda para eso.

Respiro hondo y abro el grifo. Me echo agua a la cara que me ayuda a despejarme. Tengo que mantener la calma por Sarah, por nosotros. Salgo del baño y regreso a mi asiento. Ella me mira con preocupación.

—¿Has hablado con él? —pregunta con ansia.

—Va a registrar su piso en busca de alguna pista. Pronto sabremos más. De momento, no saldremos del aeropuerto por si acaso.

—Vale.

Le cojo la mano y se la estrecho con suavidad. Sus ojos reflejan miedo, pero también confianza. Esa mirada me da fuerzas para seguir adelante.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Nerviosa por la declaración. En mi cabeza le he dado ya mil vueltas.

—Saldrá bien y ese cabrón se pasará el resto de su vida en la cárcel.

—Eso espero.

Miro a Sarah y siento un impulso irresistible. Me inclino hacia ella y beso su boca con pasión. El beso es intenso, genial. Mis manos se enredan en su pelo mientras profundizo en su boca. Sarah responde con igual fervor, agarrando mi camiseta.

—Ric... —susurra contra mis labios.

—Shh... —la silencio con otro beso.

El sabor de su boca me engancha como una droga. Nuestras lenguas se encuentran, explorando y saboreando. El calor se extiende por mi cuerpo.

Me separo un momento para mirarla. Sus mejillas están sonrojadas, sus ojos brillantes de deseo. La belleza de su cara me la pone dura.

—Eres preciosa —murmuro.

Sarah sonríe y me atrae de nuevo hacia ella. Esta vez el beso es más lento, más profundo. Nuestros labios se mueven en perfecta sincronía. Si los demás nos miren, que nos miren.

—Cuando estoy contigo, todo parece tan fácil —susurra Sarah—. Me calmo muy rápido.

Sonríó. Ella posa su cabeza sobre mi hombro y se relaja. Es increíble cómo en estos momentos de tensión y agobio, hay espacio para besarla y desearla.

Por desgracia, la fiesta no dura mucho. Enseguida reclaman mi atención otros pensamientos. ¿Qué voy a hacer cuando encuentre al traidor? Obviamente matarlo, pero me preocupa que Sarah se dé cuenta. Ella no sabe aún quién es mi familia de verdad. No sé cómo reaccionará cuando lo sepa, pero tarde o temprano se lo tendré que confesar.

El avión comienza su descenso hacia Madrid. Los guardaespaldas se preparan para el aterrizaje. Observo a Gianluca por el rabillo del ojo. Está inquieto, mirando constantemente su Rolex.

La voz del piloto anuncia que estamos a punto de aterrizar. Siento cómo la tensión se acumula en mi cuerpo. En cuanto toquemos tierra, el juego vuelve a empezar.

Y esta vez no pienso cometer errores.

## CAPÍTULO 43

SARAH

Mientras el avión se acerca cada vez más a Madrid, mi mente da vueltas sobre la idea del traidor. Alguien entre nosotros está conectado con los Romanov. ¡No puedo creerlo! Alguien a quien confiamos nuestra seguridad. Se me revuelve el estómago.

Miro a Riccardo. Su perfil está tenso, concentrado. Confío en él. Sé que encontrará una solución. Mientras tanto, he de ocuparme de lo mío. Tengo tareas que hacer, como centrarme en mi declaración. Ser clara y directa cuando el juez me pregunte. No dudar. Sarah, lo vas a hacer bien.

¿Qué vas a hacer después cuando estés *libre*? No lo sé. Ahora no pienses en eso.

El avión toca tierra con una sacudida. Observo a los guardaespaldas. Ya no me parecen tan amistosos. ¿Cuál de ellos nos habrá traicionado?

Nos levantamos para salir. Sombra se ha despertado justo a tiempo. Riccardo me agarra por la cintura. Estar en permanente contacto con él me tranquiliza. Me he convertido en su protegida personal. El personal del avión se despide de todos con cortesía.

—Gracias —le digo al capitán, que inclina la cabeza.

La azafata sonríe a Riccardo. Intento no mirarla con recelo. Me encantaría preguntarle si pasó algo entre ellos, pero será mejor que lo deje correr.

—Vosotros id delante —ordena Riccardo a los de seguridad—. Nosotros iremos detrás con Sombra.

Los guardaespaldas asienten y avanzan con paso vivo. Noto la tensión en el aire. Riccardo me mantiene pegada a él. Sombra nos sigue, alerta también. Parecemos un comando de élite en una misión suicida. Bueno, en cierta forma, lo somos.

El cielo está gris y amenaza lluvia. El recibimiento de Madrid. Entrecierro los ojos, acostumbrándome a la luz.

—¿Estás bien? —me pregunta Riccardo en voz baja.

—Sí, solo un poco nerviosa.

—Es normal. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Caminamos despacio, dejando que los otros tomen una pequeña distancia. Sombra va pegado a mis piernas, como si también quisiera protegerme.

—¿Qué haremos ahora? —pregunto.

Riccardo me mira. Sus ojos verdes brillan con determinación.

—Esperar. Salvatore en breve me dirá si ha encontrado algo en el piso de Gianluca.

Llegamos a la terminal. Los guardaespaldas nos esperan en la puerta. Riccardo los mira uno a

uno antes de entrar. Está pendiente en todo momento.

Llegamos a una sala privada de lujo. Sombra se tumba a mis pies cuando nos sentamos. Hay más viajeros de toda clase: familias, ejecutivos, mayores... Un bufé con pinta de ofrecer excelente comida domina el lugar, pero yo tengo el estómago cerrado.

—Ahora toca esperar —dice Riccardo.

El móvil me suena. Suelto un respingo. Malditos nervios. Lo saco del bolso y veo la pantalla.

—Es Amina —le digo a Riccardo—. Me querrá comentar algo del juicio.

Descuelgo para hablar con ella. Después de los saludos iniciales, la abogada entra en materia.

—Mañana todo va a desarrollarse a través de videoconferencia desde la embajada. Quiero que sepas que hemos tomado todas las medidas necesarias para garantizar tu seguridad. Nadie, absolutamente nadie fuera de las partes implicadas, tendrá acceso a la transmisión.

—Eso está bien, pero ¿Romanov podrá verme?

—Como pisaremos suelo estadounidense al estar dentro de la embajada, podemos evitarlo. Otra cosa: En cuanto al juicio en sí, va a seguir el mismo proceso que si estuvieras allí físicamente, con algunas diferencias por la videoconferencia. Al principio verás al juez en la pantalla principal, y cuando sea tu turno para testificar, te harán preguntas tanto la fiscalía como la defensa.

—Vale, está claro.

Amina sigue explicándome detalles sobre el juicio, pero me cuesta concentrarme porque Riccardo recibe una llamada. Por su expresión, deduzco que es Salvatore. Habla en voz baja con frases cortas. Cuelga tras un minuto escaso. ¿Estará seguro ya de que el traidor es Gianluca?

—¿Sarah? ¿Me estás escuchando? —pregunta Amina.

—Sí, perdona. Estaba distraída.

—Te decía que es importante que mantengas la calma durante el interrogatorio.

Andrea se acerca y toma asiento junto a Riccardo. Intercambian unas palabras. Riccardo se pone en pie y camina hacia la salida. ¿A dónde va?

—¿Amina? Tengo que dejarte. Hablamos luego —digo y cuelgo.

Riccardo desaparece por la puerta. Miro alrededor. Los demás guardaespaldas tampoco están. Andrea está de brazos cruzados mirando a izquierda y derecha.

—¿Dónde ha ido Riccardo?

—A hacer un recado.

—¿Qué recado?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, no me lo ha dicho —dice pero está claro que miente.

Frunzo el ceño. Algo no cuadra. Riccardo no se iría sin decirme nada. Menos aún después de lo ocurrido en la autovía.

—¿Y los demás? ¿Dónde están Luigi y Gianluca?

—Se fueron con él.

Me levanto y camino hasta la ventana. El cielo gris de Madrid se extiende sobre la pista. Aviones despegan y aterrizan. Sombra se acerca y apoya su cabeza en mi pierna.

—Ay, en qué lío estamos —le susurro acariciándole las orejas.

La ausencia de Riccardo me inquieta. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si el traidor ha aprovechado para atacarle? Sacudo la cabeza intentando alejar esos pensamientos.

Vuelvo a sentarme. Andrea sigue impasible. Los minutos pasan con lentitud. Cada vez que la puerta de la sala privada se abre, espero ver entrar a Riccardo pero no aparece.

Saco mi móvil y le llamo. Salta directamente el buzón de voz. Lo intento de nuevo. Nada. El

nudo en mi estómago se aprieta. Algo va a pasar. Lo presiento.

## CAPÍTULO 44

### RICCARDO

Salvatore ha encontrado en el piso de Gianluca unos billetes de avión para Los Ángeles, las maletas preparadas, mucho dinero en efectivo y varios dispositivos GPS de la misma marca que encontraron bajo el coche. Ese cabrón de Gianluca... En fin, voy a matarle a con mis propias manos. Tengo que hacerlo cuanto antes, si no estaremos en constante peligro.

Poco a poco el instinto Barone se está abriendo paso en mi interior.

Con discreción, aprovechando que el traidor va al baño, hablo con Luigi y Marco. Les digo que hay que deshacerse de Gianluca para siempre. No me cuestionan porque soy el jefe, más les vale porque estoy muy cabreado.

—A sus órdenes, Sr. Barone —dice Luigi con determinación.

—Solucionemos ya esto —dice Marco—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—En el aparcamiento —respondo justo cuando vemos aproximarse a Gianluca.

Callamos de repente.

—¿Todo bien? —pregunta el traidor al sentirse el centro de las miradas.

Le doy una palmada en el hombro y sonrío. Tengo que fingir para que no sospeche nada.

—De maravilla, Gianluca —le digo mientras caminamos—, pero los cuatro tenemos que alquilar un coche e ir hacia el hotel para comprobar que es seguro.

—Buena idea, jefe.

En una agencia de alquiler, una agradable señorita nos recibe en el mostrador. Después de indicarle lo que necesitamos, lo tramita todo y pago en efectivo. Me entrega la llave de una furgoneta y me dice dónde está aparcada.

—¿Y Sarah? —pregunta Gianluca al tiempo que nos dirigimos al lugar.

Me cuesta un huevo no cogerlo aquí mismo y darle una buena paliza, pero tengo que contenerme. Ya vendrá el momento de la venganza.

—Se ha quedado con Andrea —y añado—. ¿Por?

—¿Eh? Por nada, por nada. Solo era curiosidad, como vamos juntos a todas partes.

—Ahora no —le digo y vuelvo a sonreír con frialdad.

No le quito un ojo de encima. Cualquier movimiento que hace, aunque sea rascarse el culo, lo miro con lupa. Echo un vistazo a mi alrededor. Tal vez los hombres de Romanov estén paseando con calma por el aeropuerto.

Salimos de la terminal y entramos en el aparcamiento, que es de cuatro plantas, puro hormigón al aire libre. Nos cruzamos con gente que arrastra maletas y que habla en inglés. Otros pagan en el cajero automático.

Unos minutos después, donde nos dijo la chica encontramos la furgoneta. Blanca, nueva, radiante. Nadie en la empresa de alquiler de vehículo se espera que dentro se vaya a cometer un asesinato, pero es lo que hay.

En el Ejército no actuaba con tanta frialdad. Todo era más... No sé, protección, una cuestión de supervivencia en algunos casos. El riesgo era que se alcanzara a los civiles, a gente inocente. Al menos en este mundo de mafia nosotros no tocamos a las mujeres.

Abro la furgoneta por la parte de atrás, y le entrego la llave a Luigi.

—Vosotros, delante —ordeno—. Marco y yo, detrás.

Luigi arranca y hace un par de bromas para aligerar el ambiente, lo que hará que Gianluca se confíe. Me gusta este Luigi, será un buen activo para la familia.

Hablamos de manera distendida sobre la chica de la agencia de alquiler. Le ha gustado a Luigi y dice que a la vuelta le pedirá el Instagram. Gianluca le dice que está fuera de su alcance. Yo estoy callado, rígido, preparándome para entrar en combate. Le pido con un gesto de la mano a Marco que me dé su corbata. A mí nunca me ha gustado llevarlas. No van con mi estilo.

Subimos a la última planta, que está un poco más aislada. Por la ventanilla, veo que hay menos coches aparcados. De repente, se oye el estruendo de un avión despegando.

Luigi para el coche y se hace un silencio.

—¿Qué pasa? —pregunta Gianluca extrañado.

Tomo aire y saco el dispositivo GPS del bolsillo.

—¿Sabes qué es esto, Gianluca? —Se lo muestro entre los asientos del conductor y acompañante.

—No lo sé —dice con voz temblorosa.

—Sí lo sabes —replico—. Lo pusiste en el coche.

—¿Qué? ¡Eso no es verdad!

—¡Cállate! Hemos encontrado otro igual en tu piso, de la misma marca. ¡No tendrás los cojones de negarlo!

—Alguien lo habrá puesto ahí... Yo...

—¿Cómo contactaron contigo los Romanov? —pregunto.

—No sé nada.

—¿O fuiste tú quién contactó con ellos a cambio de dinero?

—Se equivoca, yo no fui.

—Está bien, no te preocupes, te creo —digo muy calmado—. Solo era una prueba.

Gianluca suspira de alivio.

—Menos mal, jefe... porque llevo...

Sin mediar palabra, en un movimiento rápido, rodeo el cuello de Giancarlo con la corbata. Tiro con fuerza, cortándole la respiración.

—¿Qué...? —intenta decir, pero después solo sale un gorgoteo ahogado.

Sus manos van desesperadamente a su garganta. Aprieto más fuerte. La adrenalina corre por mis venas. Gianluca se retuerce, patea el asiento delantero. Luigi y Marco observan en silencio.

—Esto es lo que les pasa a los traidores —murmuro.

Un estertor gutural escapa de su boca. Su cuerpo se convulsiona una última vez antes de quedar inmóvil. Mantengo la presión unos segundos más, asegurándome de que está muerto.

Cuando por fin lo suelto, se desploma como un muñeco de trapo. Un hilillo de saliva cuelga de la comisura de sus labios.

—Metedlo atrás —ordeno mientras guardo la corbata en mi bolsillo del pantalón.

Luigi y Marco obedecen sin rechistar. Bajo para comprobar que no hay nadie husmeando, y

para tomar aire fresco.

El rugido de otro avión despegando ahoga mis pensamientos. Me paso una mano por la cara, notando el sudor frío. La primera vez que mato a alguien con mis propias manos.

—¿Qué hacemos con el cuerpo, jefe? —pregunta Marco.

Miro el cadáver tendido en la parte de atrás. Una decisión más que tomar.

—¿Tú qué crees? Deshacernos de él.

Cojo el móvil para avisar a Andrea de que se lleve ya a Sarah al hotel. Y ahora le enviaré un mensaje a ella para que se vaya con él. También le diré que nos veremos más tarde.

## CAPÍTULO 45

SARAH

En la mesa de la lujosa suite del Palace, repaso con Amina los detalles de mi declaración para mañana. Andrea está sentado en el sofá frente al televisor. La noche ha caído sobre Madrid y estoy preocupada porque aún no sé nada de Riccardo.

—¿Todo claro, querida? —pregunta la eficaz abogada.

—Sí, gracias.

—Si tienes cualquier duda, me lo dices.

—Lo explicas de maravilla.

—Es admirable lo que estás haciendo —me dice sonriendo.

Cuando Amina se levanta para ir al baño, aprovecho para preguntar a Andrea.

—¿Has tenido noticias de Riccardo?

Andrea niega con la cabeza sin apartar la vista de la pantalla. Parece que eso es un partido de fútbol europeo. Soccer lo llamamos en mi país.

—Nada todavía.

¿Dónde estará? Lo último que me dijo fue que acompañara a Andrea. Algo no encaja en todo esto. El avión privado, el equipo de seguridad, el supuesto traidor... Sobre todo esto último. Siento que hay algo delante de mis narices y que no consigo ver.

Me levanto para estirar la espalda y los brazos. La suite es fabulosa. Nunca he estado en un hotel como este. Hay un kit de bienvenida con chocolate, jamón serrano y champaña. Espejos por todas partes. Las vistas son impresionantes. Madrid de noche. Lástima que no esté de visita como una turista más. Me encantaría bajar, caminar y conocer sitios como una persona normal.

*Normal.* Eso es lo que quiero de una vez por todas. Ser una persona normal. Ay, mamá qué pena que no estés aquí para que veas la que voy a liar mañana. Por suerte, cuento de mi lado con una abogada maravillosa.

De repente, una luz dentro de mí se enciende.

Cojo mi móvil y busco en internet el nombre Amina Khalil. Quizá consiga algo más de contexto. ¿Cómo he sido tan tonta de no mirarlo antes?

Los resultados me dejan helada.

«Amina Khalil, la abogada del crimen», reza el titular de un periódico digital. Sigo leyendo con el corazón acelerado. «La letrada libanesa ha defendido a algunos de los criminales más notorios de Europa». Otro artículo detalla cómo logró la absolución de un capo mafioso acusado de ordenar cinco asesinatos.

Paso al siguiente enlace. «Khalil consigue reducir la condena del traficante de armas más

buscado por la Interpol». Las fotos muestran a Amina, impecable con su traje de diseñador, saliendo de los juzgados de Marbella con una sonrisa triunfal.

El ruido de la cisterna me sobresalta. Cierro rápidamente las pestañas del navegador justo cuando Amina sale del baño.

—¿Todo bien, Sarah? Pareces pálida.

Fuerzo una sonrisa.

—Sí, solo un poco nerviosa por lo de la mañana.

Amina se sienta a mi lado y me da unas palmaditas en la rodilla.

—Es normal, pero no te preocupes. Estás en buenas manos.

En las manos de la abogada del diablo, pienso. Miro de reojo a Andrea, que sigue absorto en la tele. Pero ¿a qué se dedican los Barone en realidad? ¿Son mafiosos?

Unos golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos. Andrea se levanta del sofá y camina hacia la entrada. Intercambiamos una mirada en plan ¿quién será?

Al abrir, me llega la voz de Riccardo. Me acerco rápidamente y, sin pensarlo, me lanzo a sus brazos. La atracción que siento por él es superior a todas mis dudas y temores.

—¿Dónde has estado? —pregunto.

—Ocupándome del traidor —susurra en mi oído.

Me separo y lo miro a los ojos. Hay algo diferente en ellos, una dureza que no había visto antes.

—Tenemos que hablar —digo en voz baja—. A solas.

Riccardo asiente y se gira hacia Amina.

—Necesito unos minutos con Sarah.

—Por supuesto —responde la abogada con una sonrisa profesional, y se dirige a mí—. Nos vemos mañana en la embajada.

—Allí estaré —le digo.

—Andrea, déjanos solos, yo me encargo —ordena Riccardo.

El guardaespaldas asiente y sale sin decir palabra. Cuando la puerta se cierra tras ellos, me giro hacia él.

—Quiero la verdad, Riccardo —digo cerrando los puños—. ¿A qué se dedica tu familia en realidad? Porque ya no me creo eso de los restaurantes italianos.

Riccardo suspira mientras se aleja de mí.

—Ni se te ocurra mentirme —le digo tajante.

La luz del techo favorece mucho más sus rasgos perfectos. Es increíblemente guapo, un hombre en toda regla que rebosa masculinidad en cada gesto. Y un dios en la cama, pero tengo que sobreponerme a todo eso y plantarle cara. No, fácil no es, porque lo que quiero ahora mismo es que me eche un polvo.

—Sarah, no quería que te enteraras así, pero... —Hace una pausa, como buscando las palabras adecuadas—. Somos una familia de mafiosos.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría. Retrocedo un paso, sintiendo que el suelo se tambalea bajo mis pies. Lo sospechaba, sí, pero entre la sospecha y la verdad hay un abismo.

—¿Mafiosos? —repito incrédula—. ¿Me estás diciendo que todo este tiempo he estado conviviendo con criminales?

—No es tan simple —intenta explicar Riccardo—. Tenemos negocios legítimos, pero...

—¿Pero qué? —lo interrumpo—. ¿También matáis gente? ¿Traficáis con drogas, mujeres?

—Con mujeres no. Esa es nuestra línea roja.

—¿Qué relación tienes con los Romanov?

—¡Ninguna! Son mafiosos de otro país. Nos importan una mierda.

—Dios mío —murmuro, llevándome las manos a la cara—. ¿En qué me he metido?

—Sarah, escúchame. Sé que es mucho para asimilar, pero...

—¿Mucho? —exclamo—. ¡Es una locura! Yo... yo no puedo ser parte de esto.

Me alejo de él sintiendo que me falta el aire.

—¿Qué va a pasar mañana? —pregunto de repente—. El juicio... No, esto es demasiado para mí.

—Es complicado —responde dando un paso hacia mí—. Pero te prometo que lo que siento por ti es real.

—Riccardo... —digo notando cómo sus palabras me llegan muy hondo—. Ahora necesito estar sola.

—Cojones, esta noche quiero estar contigo —dice acercándose a mí.

—He dicho que necesito estar sola —dándole la espalda—. Y no voy a cambiar de opinión. Ya deberías conocerme.

Silencio. Se oye el rumor del tráfico de la calle y nada más.

—Está bien, lo comprendo, maldita sea —dice a regañadientes, con las manos en la cintura—. Le diré a Andrea que vigile fuera. Si me necesitas, llámame.

Me quedo callada. En cuanto se marcha, sacudo la cabeza con una mano en la frente. Tengo que salir de aquí. Siento que las cuatro paredes se me echan encima. Si salgo por la puerta delantera, ahí estará Andrea. Me seguirá, tiene órdenes. Necesito libertad para pensar.

Cojo mi chaqueta vaquera, me la pongo y salgo por la puerta de emergencia. Bajo las escaleras a toda prisa con los ojos empañados de lágrimas. Me tengo que parar y secar porque si no me voy a tropezar con un escalón.

Bajo tres o cuatro pisos, y después tomo el ascensor hacia la planta baja. Por desgracia, va parando en cada planta y se va subiendo gente. Unos minutos después, estoy fuera. No sé ni dónde estoy, ni cómo se llama la calle. Veo una plaza, una amplia avenida. Da igual. Solo voy a dar un paseo.

Hace fresco, así que me abotono la chaqueta.

Riccardo. Riccardo es un mafioso.

¿Qué se supone qué debo hacer? ¿Qué debo sentir? ¿Es que hay mafiosos buenos? No, no los hay, matan. Pero Riccardo es diferente, me ha ayudado, a mí no me ha hecho daño. Ha sido un encanto. ¿Qué me está diciendo la vida? ¿Qué hay blancos, negros y grises?

Esta voz interior me tiene loca, no para de parlotear.

Camino sin rumbo por las calles de Madrid, dejando que el aire fresco de la noche despeje mi mente. La ciudad está viva a mi alrededor, pero yo me siento aislada en mi burbuja de pensamientos.

¿Realmente hay diferentes tonos de gris en este mundo? Riccardo es un mafioso, sí, pero también es el hombre que me ha protegido, que me ha hecho sentir segura por primera vez en años. ¿Puedo juzgarlo sin conocer toda su historia?

¿Y qué es lo correcto ahora? ¿Huir de nuevo? ¿Confiar en Riccardo y su familia de mafiosos? ¿O enfrentarme a mis demonios de una vez por todas?

Suspiro profundamente. No, ya no puedo seguir huyendo. He llegado hasta aquí y, mafioso o no, Riccardo me ha dado la oportunidad de hacer justicia. No puedo desperdiciarla.

Miro mi reloj. Dios mío, ha pasado casi una hora desde que salí del hotel.

Mientras camino de regreso, siento cómo una nueva determinación crece dentro de mí. Sí,

estoy asustada. Sí, todo esto es una locura. Pero por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo el control de mi destino.

Llego al hotel y subo a la suite por el mismo lugar que bajé. Entro y me tumbo en la gigantesca cama.

Mañana es el día. El día en que finalmente podré contar mi historia, en que podré hacer justicia. No importa quiénes sean los Barone o qué consecuencias tenga mi testimonio. Lo que importa es que estoy haciendo lo correcto.

Mientras me preparo para dormir, siento una extraña calma. Ya no soy la chica asustada que huía de su sombra. Soy Sarah Carrera, y estoy lista para enfrentar lo que sea que me depare el mañana.

## CAPÍTULO 46

### SARAH

Al día siguiente por la tarde, entro con Amina en la sala privada de la embajada americana. El corazón me late a mil por hora. Dios, qué nervios. Nos sentamos. Riccardo no ha podido entrar conmigo. Seguridad no le dejó pasar. Mi abogada me mira con una sonrisa tranquilizadora.

—Respira hondo, Sarah —me dice en voz baja—. Solo di la verdad. Estaré a tu lado en todo momento.

Asiento pero sin decir nada. Tengo un nudo en la garganta. Unos minutos después, un funcionario se asoma por la puerta.

—Srta. Carrera, su turno.

Mis piernas tiemblan como si fueran de gelatina. Tomo una bocanada de aire y camino hacia la sala. Amina me acompaña.

Al entrar, me fijo en el ordenador con una pantalla enorme que descansa sobre una mesa robusta. Al lado hay otro funcionario con traje. Me siento delante a un metro de distancia, justo delante del micrófono. Por la ventana entra la luz del atardecer. En Los Ángeles son las diez de la mañana, aquí las siete.

El juez, el fiscal Anthony Edwards y el abogado defensor aparecen en la imagen. Busco instintivamente a Romanov, pero no lo veo. Sé que está allí, fuera de cámara. Un escalofrío recorre mi espalda.

—Srta. Carrera —la voz grave del juez me sobresalta—, bienvenida. Le recuerdo que está bajo juramento. Por favor, confirme su identidad para el registro.

Trago saliva y respondo con voz temblorosa:

—Sarah Carrera, su señoría.

El fiscal Edwards toma la palabra. Su rostro serio me mira desde la pantalla. Sigue igual como le recordaba, joven y con una mirada incisiva.

—Srta. Carrera, ¿puede decirnos cómo se relaciona usted con los hechos de este caso?

Respiro hondo, agradecida por empezar con algo sencillo.

—Fui testigo de un asesinato cometido por miembros de la organización del señor Romanov.

Edwards asiente y continúa con preguntas básicas sobre mi pasado y cómo llegué a presenciar el crimen. Poco a poco, siento que la tensión en mis hombros disminuye ligeramente.

—Ahora, Srta. Carrera —dice Edwards—, necesito que nos relate con detalle lo que presenció la noche del 15 de marzo de hace cinco años.

Siento un hormigueo en el estómago. Cierro los ojos por un momento, las imágenes de aquella noche acuden a mi mente.

—Yo... yo había estado con mis amigas en el centro comercial —comienzo notando poca saliva en la boca—. Después de un rato con ellas, me despedí y fui a casa. Estaba caminando y de repente un ruido en el callejón hace que me pare. Escuché gritos y me escondí detrás de un contenedor. Vi a tres hombres... —hago una pausa, luchando contra las náuseas— arrastrando a otro hombre. Uno de ellos, al que luego identifiqué como Boris Romanov, sacó una pistola y...

Me detengo, las palabras atascadas en mi garganta. Amina pone una mano en mi hombro, dándome fuerzas.

—Tome su tiempo, Sra. Carrera —dice el juez comprensivo.

Asiento y continúo describiendo el horrible asesinato que presencié. Mientras hablo noto que mis manos han dejado de temblar.

—Protesto, su señoría —El abogado defensor me interrumpe. Es maduro, trajeado y con gafas—. La testigo está claramente emocional y puede estar exagerando los hechos.

—Denegada —responde el juez—. Continúe, Srta. Carrera.

—Disparó al hombre, que quedó tendido en el suelo. Lo que hice después fue salir corriendo a mi casa, se lo conté a mi madre y ella llamó a la policía.

—Gracias, Srta. Carrera —dice el fiscal.

—Turno para la defensa —ordena el juez—. Le doy la palabra.

El abogado defensor comienza su interrogatorio.

—¿No es cierto que usted había consumido alcohol y drogas esa noche con sus amigas, Srta. Carrera?

Su pregunta busca confundirme.

—Yo... sí, había tomado una cerveza, pero nada más...

—Una de sus amigas confirmó que fumaron porros —dice y hace una pausa para ver mi reacción—. ¿Y no es posible que, en su estado de embriaguez y drogada, haya malinterpretado lo que vio?

Siento que el pánico empieza a apoderarse de mí, pero entonces recuerdo por qué estoy aquí. Por mi madre, por justicia, por mi libertad.

—No, señor —respondo con firmeza—. Estaba lo suficientemente sobria para reconocer un asesinato a sangre fría cuando lo veo.

El abogado parece sorprendido. Continúa presionando pero con cada pregunta, encuentro más fuerza en mi interior. Finalmente, lanza la última:

—Srta. Carrera, ¿es cierto que usted ha estado huyendo de la justicia bajo múltiples identidades falsas?

El silencio cae sobre la sala. Siento que todos los ojos están sobre mí. Respiro hondo.

—He estado huyendo, sí —admito—. Huyendo de los hombres que me querían matar. He usado identidades falsas para sobrevivir. Pero estoy aquí hoy, enfrentando mis miedos, porque lo que vi esa noche fue real y porque alguien tiene que ponerle fin a los crímenes de Romanov.

El abogado defensor carraspea y después dice que no tiene más preguntas.

—Puede retirarse, Sra. Carrera —dice el juez mirándome a través de la pantalla—. Gracias por su valioso testimonio.

—De nada.

Me levanto con la cabeza en alto. Mientras salgo de la sala, siento un peso que se me quita de los hombros. Por primera vez en años, siento que puedo respirar libremente. El juicio continúa pero mi parte ha terminado. Ahora solo queda esperar y, por fin, empezar a vivir.

## CAPÍTULO 47

### RICCARDO

Frente a la embajada, sujeto la correa de Sombra con una mano. El perro se sienta a mis pies, jadeando tranquilamente y observando todo con curiosidad. Acostumbrado al campo, para él la ciudad tiene que ser una novedad interesante.

Andrea, Luigi y Marco montan guardia a mi alrededor, atentos a cualquier movimiento sospechoso. Gianluca ahora duerme el sueño de los justos. Tuvimos que trocearlo y echar sus restos en el Manzanares. Nadie lo echará de menos.

La reja de la embajada se abre y Sarah sale acompañada de Amina. Su cara refleja una mezcla de alivio y cansancio. Nuestras miradas se cruzan y, sin dudarlo, sonreímos.

—¡Amor! —exclama.

La estrecho contra mi pecho aspirando su aroma. Aprieto suavemente mi mano en su cadera. Qué bueno sentir su calor rodeándome.

—¿Cómo ha ido? —pregunto.

Sarah se separa y se agacha para abrazar a Sombra, que ladra de alegría y le lame la cara.

—Ha sido intenso, pero creo que lo he hecho bien —responde, acariciando al perro.

—La declaración de Sarah ha sido sólida y convincente —dice Amina con una sonrisa—. Ha sido muy valiente.

—Esa es mi chica —digo guiñándole un ojo a Sarah.

—El fiscal está satisfecho con el testimonio —continúa Amina sosteniendo el maletín con las dos manos—. Ahora solo queda esperar el veredicto. Deberíamos tenerlo en unos días.

Sarah se incorpora, sus ojos brillantes de esperanza.

—Ojalá que lo condenen.

—Has hecho todo lo que estaba en tus manos —le aseguro, tomando su mano—. Ahora toca confiar en la justicia.

Andrea se acerca y nos interrumpe.

—Jefe, deberíamos irnos. No es seguro quedarnos aquí mucho tiempo.

Tiene razón.

—Vamos al hotel a por nuestras cosas —digo dirigiéndome a Sarah—. Tenemos un avión que pillar.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunta Amina.

—Por supuesto —respondo—. Luigi, Marco, id delante. Andrea, cubre la retaguardia.

Mientras caminamos hacia el coche, mantengo a Sarah cerca. Sombra trota a nuestro lado meneando la cola. Por primera vez en mucho tiempo, siento que las piezas empiezan a encajar.

El sol está casi en lo alto, acompañado de una serie de nubes. Subimos al coche y, con la cabeza de Sombra en mi regazo, disfruto viendo el corazón de Madrid. Amina conoce la ciudad y nos va indicando el nombre de las calles. La gente camina con prisa y mirando sus móviles pero eso es normal. Los taxis son de color blanco con una línea roja. Los autobuses rojos. Algún día me gustaría regresar con Sarah.

La furgoneta conducida por Luigi se detiene en la entrada del hotel. Un portero uniformado nos abre la puerta. Bajamos formando ruido, como somos tantos...

—En una hora nos vemos en el hall, ¿vale? —les digo a todos.

Sarah camina a mi lado, con Sombra pegado a sus piernas. De repente, se detiene en seco.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sin soltar a Sombra, Sarah señala con la barbilla hacia la acera de enfrente. Sigo su mirada y veo un coche negro aparcado en doble fila. Las ventanillas están bajadas y distingo cuatro hombres en su interior.

—Riccardo, esos ... —susurra Sarah con voz temblorosa.

El conductor y el tipo sentado detrás de él clavan sus ojos en nosotros. El de atrás esboza una sonrisa macabra y hace un gesto con el dedo, simulando cortarse el cuello.

—Joder —mascullo entre dientes.

Sarah agarra mi brazo con fuerza.

—Son los hombres de Romanov, ¿verdad?

Asiento con la cabeza sin apartar la vista del coche. De repente, uno de atrás hace un gesto al conductor y este enciende el motor. Antes de marcharse, los cuatro tipos nos dedican una última mirada amenazante.

—Andrea, Luigi —llamo a mis hombres—. Atentos. Marco, quédate con Amina. No os separéis.

Me giro hacia Sarah. Su cara ha perdido todo el color.

—Solo quieren asustarte.

—Lo sé —responde con un hilo de voz—. Esto parece que no se va a acabar nunca.

La abrazo con fuerza sintiendo cómo tiembla entre mis brazos.

—Te prometo que acabará pronto. Vamos a pillar a esos cabrones.

Sarah descansa la cabeza en mi pecho.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nos vamos ya mismo al aeropuerto —y me dirijo al resto—. Nos vemos aquí en diez minutos.

Entramos en la suite junto a Sombra. El tiempo apremia. Nos dirigimos al dormitorio para recoger las maletas, y largarnos del hotel. En el dormitorio, cojo mi maleta de mano que está sobre la cama. Ella hace lo mismo pero al levantarla, se abre por completo y cae todo el contenido al suelo.

—¡No! —grita Sarah.

Se deja caer de rodillas y rompe a llorar. Perplejo por su reacción, me acerco.

—Sarah, tranquila. Solo son cosas, las recogemos en un momento.

Ella niega con la cabeza mientras se seca las lágrimas con la mano.

—No es eso, Riccardo. No lo entiendes —dice con la respiración entrecortada—. Es... todo. Estoy poniendo tu vida en peligro constantemente. No puedo soportarlo más.

Tomo su cara entre mis manos. Duele ver a una mujer bella con ese dolor y tristeza encima.

—Escúchame bien. Estoy aquí porque quiero, porque me importas. Es mi elección, no la tuya.

—Pero...

—Nada de peros. Soy mayorcito para tomar mis propias decisiones.

Sarah empieza a guardar sus objetos en la maleta.

—Lo sé, pero eso no cambia nada.

Le ayudo colocando un secador y zapatos. Pienso con rapidez, intentando descifrar qué se esconde detrás de sus palabras. Las mujeres nunca lo ponen fácil, pero es lo que hay.

—¿Es por lo que soy? ¿Por mi familia, verdad?

Ella guarda silencio unos segundos antes de responder.

—No quería admitirlo, pero... sí. Me cuesta aceptar que seas parte de la mafia. Me he pasado mucho tiempo huyendo y ahora pasa esto. Parece que la vida se burla de mí.

—Sarah, mírame —digo—. Mi familia no es perfecta, pero ahora mismo es el único apoyo que tenemos. Sin ellos, estarías sola frente a Romanov.

—Lo sé, es solo que...

—Que nada, Sarah —le digo cogiéndola de la mano—. Ahora mismo estamos en el mismo bando. Me cago en la puta, los Romanov y los Barone no tienen nada que ver, son culturas diferentes, como el agua y el aceite.

—Riccardo, ¿qué hacías viviendo en la cabaña, porque no estabas con ellos?

—Me estaba tomando una temporada sabática, antes de *incorporarme* a los negocios.

Sarah guarda su neceser y cierra la maleta. Si ella supiera que quise alejarme de mi familia, pero que ahora estoy atado para siempre a ellos para que a ella no le pasara nada...

## CAPÍTULO 48

### SARAH

Llegamos a la cabaña al mediodía. El viaje desde Madrid ha sido agotador. Luigi y Marco se quedan fuera vigilando mientras Riccardo, Sombra y yo entramos con el equipaje.

—Hogar, dulce hogar —dice Riccardo.

Sombra se va rápido a husmear, por si hay algún extraño.

Voy al dormitorio y me dejo caer sobre la cama como un árbol que acaban de serrar. Ay, estoy molida. El estrés, el viaje, la tensión. Mi cuerpo necesita estar así, quieta un buen rato escuchando la calma del monte, los pajarillos, la brisa... Me vienen imágenes del juicio. La cara del juez, la voz del fiscal, la concentración de Amina. Todo eso ya ha pasado, pero no te confíes, Sarah. El peligro continúa.

—Por lo que veo, te apetece una siesta —dice Riccardo dejando su maleta cerca de la cómoda—. Buena idea.

Está guapísimo con su chupa de cuero y debajo su camiseta roja. Con un rápido gesto, se quita la pistola y la deja sobre la mesita de noche. La curiosidad me puede. Nunca he empuñado una.

—¿Puedo verla?

Riccardo me mira con una ceja levantada.

—¿Estás segura?

—Sí.

Pone el seguro y me la entrega. La empuño de pie, sorprendida por su peso. La apunto hacia la pared sintiendo una mezcla de fascinación y nervios. Él se pone detrás de mí. Sus manos guían las mías sintiendo el cálido roce de su piel.

—Así —dice Riccardo—. Joder, qué sexy estás en esa postura.

Noto sus labios en mi cuello, regándolo de besos pequeños pero insinuantes.

—Cuidado, el gatillo es muy suave —susurra concentrado en mi cuerpo.

—¿Pero está descargada, no?

—Tiene el seguro puesto.

Me quita los pantalones mientras apunto a una rama al otro lado de la ventana. Con el tanga al aire, Riccardo empieza a acariciarme los muslos.

—¿Y si se dispara sola? —pregunto.

Riccardo se ríe.

—Imposible. Necesita cariño... como yo ahora.

Suavemente, me lleva a la cama, me coge de los tobillos y mueve mis piernas con lentitud,

recreándose en ellas.

—¿Cómo se recarga? —pregunto aún atenta a la pistola.

—Aprieta aquí —dice guiando mi pulgar hacia un botón en el lateral—. El cargador caerá.

Riccardo manosea mi culo, le da una cachetada y lo vuelve a acariciar. Le encanta.

—¿Y para disparar?

—Apunta, respira hondo y aprieta el gatillo —murmura con la respiración un poco agitada—. Pero ahora vamos a centrarnos en otra cosa. Mucho más interesante.

Tiene razón el caballero italiano. Dejo la pistola con cuidado en el suelo. Me giro hacia él, nuestros labios encontrándose en un beso hambriento. Por un momento, olvido los peligros que nos acechan y me pierdo en su poderoso vigor masculino. La atracción que siento por él es tan apabullante que me impide razonar.

Maldito cabrón. Maldito y guapo cabrón.

Se quita la chupa y la camiseta. Su fabuloso pecho de guerrero me ciega la vista. La señal a fuego vivo de la B me parece salvaje y estoy cada vez más cachonda.

—Me vuelves loca, Sarah—susurra—. Todo el maldito día soñando con follarte.

—Eso me gusta... —susurro.

—Quiero todo de ti —me dice.

Volvemos a devorarnos la boca, y yo no me canso de su sabor a Italia, la Toscana y la pasta. Mis manos se deslizan por su espalda de acero, y lo aprieto con fuerza contra mí disfrutando de su cuerpo.

—Tengo que estar dentro de ti o voy a morir aquí mismo —suplica.

Me pone a cuatro patas. Hace conmigo lo que quiere. Me agarra del pelo con una mano, y con la otra me da una ligera bofetada en el culo. Arqueo la espalda. Dios, cómo me pone.

—¿Quieres más? —pregunta.

—Sí, dame más, por favor.

Siento cómo me penetra y un placer abrumador me inunda al momento. Está claro que sabe cómo hacerme sentir bien, muy bien. Toda su hombría dentro de mí, llenándome.

Agarrado a mi cintura, entra y sale de mí una y otra vez. Mi espalda se mueve hacia adelante y atrás, mientras mis jadeos llenan el dormitorio. Pierdo la noción del tiempo, así de ida me quedo cuando me echa un polvo.

Noto que me voy a correr, así que cierro los ojos y me concentro en el momento. El gemido que dejo escapar es largo y profundo. Otro como ese y me desmayo.

Enderezo mi espalda y me abraza por detrás. Su boca está tan cerca que puedo oler su aliento. Una de sus manos se desliza por mi vientre y llega a mi coño. Cubre la vulva con la palma, luego con los dedos comienza a masajear a los lados.

—Más rápido —suplico.

Acelera un poco el ritmo. Con la otra mano, me sostiene para que no me desplome de la intensidad del placer que me va quemando por dentro. Oigo un gemido. ¿Es mío? Sí, ya no sé donde tengo la cabeza.

—Sigue, sigue, por favor —digo casi sin respiración.

Si esto va a ser siempre así, estoy más que dispuesta a que haga conmigo lo que desee. Soy su esclava sexual.

—Joder... —dice.

Mete y saca los dedos.

—Si quieres, paro —me dice juguetón.

—Ni se te ocurra.

Echo la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados y la espalda arqueada, me corro otra vez sintiendo que caigo por un abismo.

—Ha sido el mejor orgasmo de tu vida —dice con arrogancia—. No te atrevas a negarlo.

No me salen las palabras. Estoy aún en éxtasis, temblando.

Qué hombre. Nunca imaginé que Riccardo fuera así, con un fuego tan insaciable.

—Ahora mismo estoy en el cielo y no quiero bajar —digo con la respiración entrecortada—. Eres increíble, Riccardo.

—Lo sé —responde una vez más con arrogancia.

Le rio la gracia. Ay, me pone su masculinidad calculada. No puedo evitarlo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto después de unos minutos en silencio—. A veces no sé cómo sentirme.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero ser libre de una maldita vez pero siempre hay algo que me lo impide.

—Tienes que ser paciente —me responde acariciando mi mejilla—. El juicio acaba de terminar. Ahora toca una retirada estratégica para evaluar nuestras fuerzas, después atacar y terminar con ellos de una puta vez. Con mi familia de nuestro lado, ganaremos.

Le doy un pico en los labios. Hace un segundo éramos dos animales salvajes, ahora todo es ternura.

—¿Cómo les vamos a atacar? —pregunto.

—Les tenderemos una trampa. El viejo truco de los Barone.

—Una trampa... —digo evaluando el riesgo.

—Les diremos que vamos a negociar, y después ¡pam! Los matamos a todos. No hay otra opción, Sarah, si no siempre estarán al acecho. No podremos vivir en paz si no actuamos así, con contundencia.

Ha dicho *no podremos*. Juntos, él y yo, para siempre, felices.

Inclino la cabeza y lo beso otra vez.

—Mañana iremos a casa de mi familia. Es hora de que te conozcan todos.

Siento una punzada de vértigo, pero en el fondo me gusta que se comprometa. Además, tengo curiosidad por conocerlos. ¿Cómo me recibirán?

## CAPÍTULO 49

### RICCARDO

Llegamos a la residencia Barone. Es la hora del café, el mejor momento para conocer a la familia o, bueno, parte de ella. Somos tantos que es difícil reunirlos a todos, pero le pedí a mi madre que lo organizara para que Sarah pudiera conocer a la mayoría.

Quiero que vea que somos una familia normal. Sí, normal. Somos personas de carne y hueso, aunque seamos mafiosos.

Sarah y yo bajamos de la furgoneta. El equipo de seguridad, Luigi, Andrea y Marco se quedan esperando. Sarah pasea la vista por la moderna fachada. Se queda con la boca abierta.

—¿Te gusta? —pregunto con orgullo.

—Es impresionante.

—Vamos, nos están esperando —le digo tomándola de la cintura.

La enorme puerta se abre y Esperanza nos recibe con una sonrisa agradable. Esta salida de la cabaña le dará un breve respiro de todo lo que está pasando, aunque sé que las preocupaciones no desaparecerán del todo.

—Bienvenidos —dice haciéndose a un lado.

Después de presentarla a Sarah, entramos al vestíbulo.

—Mi familia te caerá bien, ya lo verás —le aseguro mientras avanzamos—No tienes de qué preocuparte. Aunque mi padre puede ser exigente, verás que tienen sus valores.

Ella asiente con la cabeza, pero percibo la tensión en su cuerpo.

—Estoy seguro de que te gustarán —continuo—. Son como cualquier otra familia, solo que con un poco más de... historia.

Mientras hablamos, escucho las agitadas voces de los niños viniendo del salón.

—Son mis sobrinos, los hay de todas las edades. Las revoltosas son las gemelas.

En el salón, saludo a todo el mundo y de repente somos el centro de atención. Presento a Sarah, que saluda con la mano. Están mis padres, Salvatore, Beatrice, Pietro, Eli y todo el ejército de niños que juegan sin parar. Faltan la familia de Vincenzo y Leo.

Las gemelas se acercan a Sarah con curiosidad.

—¿De dónde eres? —pregunta Mónica.

—¿Cómo es tu ciudad? —pregunta Ana.

Sarah sonríe, relajándose un poco.

—Soy de Los Ángeles. Es una ciudad enorme, llena de rascacielos y gente de todo el mundo, y donde se hacen muchas películas.

—¿Hay parques? —preguntan las niñas al unísono.

—Claro. El Balboa Park es precioso, sobre todo en otoño.

Las gemelas asienten, fascinadas.

—¿Cuándo nos invitas? —pregunta Ana con su descaro habitual.

—Cuando queráis.

Esperanza se acerca con una bandeja de cafés y pastas, que deja sobre la mesita. Observo con atención cómo Sarah interactúa con mi familia. Con Beatrice y Eli conversan como viejas amigas. Qué bien, que vea que hay mujeres jóvenes como ella. La tensión inicial va desapareciendo.

Las gemelas no dejan de hacerle preguntas sobre Los Ángeles. Después Pietro y Eli charlan con ella sobre sus viajes. Mi madre me guiña un ojo, le gusta Sarah. Con nuestras *peculiaridades*, sí, pero coño, una familia al fin y al cabo.

Unos minutos después, interrumpo la conversación y cojo a Sarah del brazo.

—Hora de conocer a mi padre —le susurro.

—Ah, vale.

Mi padre está sentado en el sofá junto a Ronan, que juega con el móvil. Bebe con calma su espresso. Sus espesas cejas blancas se mueven cuando nos ve acercarnos.

—Papá, te presento a Sarah —le digo.

Sarah le tiende la mano con una sonrisa. Mi padre la mira, pero no hace el mínimo gesto de estrecharla. No me jodas con el viejo.

—Riccardo, tenemos que hablar sobre tus responsabilidades —dice impasible.

La sonrisa de Sarah se desvanece. Niego con la cabeza, la sangre me hierve por la actitud de mi padre.

—Ahora no puedo —le reto.

—Me lo imaginaba. Tú siempre con asuntos más importantes que la familia.

Me giro hacia Sarah.

—Vámonos, no merece la pena seguir hablando con él.

La tomo del brazo y nos alejamos. Siento la mirada de mi padre clavada en mi nuca.

—¿Por qué está enfadado? —pregunta Sarah en voz baja—. ¿Es por mí?

Mi padre no olvida que quisiera alojarme en la cabaña para no relacionarme con los negocios familiares. Puede que nunca me lo perdone. Que le den, es mi vida.

—Es su carácter, cariño, no hay nada que hacer —respondo—. Olvídalo, llega el momento de hacerte un tour por la casa.

## CAPÍTULO 50

SARAH

Todos los Barone han sido cordiales, menos el patriarca. No sé, me dio la sensación de que entre Riccardo y él había cuentas pendientes. Eso pasa en todas las familias.

Algunas de mis creencias sobre los mafiosos han cambiado. Ver a tantas mujeres casadas comportándose con toda normalidad... ¿Sabrán el verdadero negocio de sus maridos? Supongo que sí y eso me intriga.

Ahora Riccardo me lleva de la mano a conocer el resto de la casa. Me gusta que esté pendiente de mí, que me haya presentado a su familia, que me cuente sus cosas.

La casa es gigantesca, lujosa, muy bien decorada, pero lo que me gusta de verdad es ver la sonrisa de mi chico. Me encanta que me vaya enseñando las habitaciones como si fuéramos una pareja de novios cualquiera.

Todo lo que estamos viviendo es surrealista, pero también maravilloso. Riccardo, sin él saberlo, me ha dado la fuerza para enfrentarme a Romanov, y también para enfrentarme a mi pasado. Las huidas, los moteles, los amores fugaces, etc. Lo que quería en el fondo no era un amante, sino una conexión, un vínculo con alguien. Y con Riccardo lo tengo.

—¿Qué te ha parecido mi familia? —me pregunta mientras subimos por las escaleras hacia la segunda planta.

—Me ha encantado —le digo sin soltarle de la mano.

—Ya los irás conociendo mejor poco a poco. Esto ha sido una primera toma de contacto.

—A tu padre no le he caído muy bien que digamos.

—Lo raro hubiera sido que le hubieras caído desde el principio. Ni le hagas caso, es un viejo gruñón.

Al fondo del pasillo, hay una terraza. Entramos y somos bañados por la luz del sol al atardecer. Ante nosotros se despliega un paisaje bellissimo de campos verdes, colinas y al fondo una porción azul del Mediterráneo. Me quedo con la boca abierta, mientras Riccardo me abraza por detrás. Pongo mis manos sobre las suyas y, con el roce de sus dedos, hace que el paisaje lo viva mucho más.

—Aquí solíamos venir de adolescentes a pasar el rato —me dice con aire nostálgico.

—¿Quiénes?

—Mis hermanos, primos y yo. Traíamos refrescos y patatas fritas. Al salir del colegio, nos sentábamos los cinco a merendar al atardecer.

Me giro para mirarlo a la cara.

—¿Lo echas de menos?

—Mucho. Eran tiempos más sencillos.

Asiento, comprendiendo ese sentimiento. Surgen mis propios recuerdos de adolescencia en Los Ángeles. Qué recuerdos con Rachel y Grace.

—Nosotras íbamos a Venice Beach —le cuento—. Mis amigas y yo nos comprábamos un helado y nos sentábamos entre las palmeras, muy cerca de la playa.

—¿Qué más hacíais?

—Patinábamos por el paseo marítimo —y sonrío al evocar los flirteos con chicos—. Qué recuerdos.

—Debía ser divertido.

—Lo era, sí.

Nos quedamos en silencio unos instantes, cada uno perdido en sus recuerdos. No resulta incómodo, al contrario. A veces el silencio dice más que las palabras.

—¿Echas de menos Estados Unidos? —me pregunta.

La pregunta me pilla por sorpresa. Reflexiono unos segundos antes de responder.

—No —digo al fin—. Creía que sí, pero ahora me doy cuenta de que no.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que las fronteras son meras líneas imaginarias. Lo verdaderamente valioso son las conexiones humanas, no el lugar donde uno reside.

Riccardo se queda callado, invitándome a continuar.

—Me considero una ciudadana del mundo. He comprendido que puedo hallar mi sitio en cualquier rincón del planeta, siempre que sea un buen sitio para vivir.

—Me gustan tus valores —susurra cerca de mi oído—. ¿Ves? Ya sabía que además de un cuerpo de escándalo, tienes un mundo interior increíble.

—Te conozco, lo que quieres es echar un polvo.

Riccardo sonrío.

—Sarah, ahora mismo tengo una erección tremenda.

—Ya será para menos.

—Cualquier roce contigo me la provoca —dice en voz bajita, excitándose—. Lo sabes perfectamente. Me pones muy caliente.

—Pues tendrás que esperar a que lleguemos a la cabaña.

—Uf, no sé si podré.

—Claro que sí —y me giro hacia él—. Eres un Barone.

—Al final me la tendré que cascar como cuando era un adolescente salido.

—Pues no has cambiado mucho, no —digo para meterme con él.

—¿Sabes? Mi madre me pilló una vez en mitad de una... en mi dormitorio.

—¿Sí?

Me giro hacia él y asiente con la cabeza, sonriendo como un niño travieso.

—¿Y qué hizo ella?

—Nada, cerró la puerta y nunca hablamos del tema.

—Bueno, eso es normal. Los padres tienen que entender que sus hijos adolescentes son unos salidos.

—Nunca olvidaré la cara de mi madre. Venía a decirme que el desayuno estaba listo y la pobre se puso blanca... —dice y estalla en una carcajada.

Su sonrisa es tan bonita y contagiosa que también me rio. Siento su cuerpo agitarse junto al mío. Me encanta este momento. Al final, tenemos los ojos empañados de lágrimas de tanto reírnos.

—¿Seguimos con el tour de la casa, cariño? —me pregunta.

—Claro, amor. ¿Se te ha pasado ya la erección?

—No, aún sigue pidiendo cariño.

—Vaya, pobrecito —digo fingiendo pena.

—Ya me pedirás tú guerra, ya verás —me da un suave codazo—. Pero yo estaré ocupado leyendo «Guerra y paz».

—No sabía que te gustaba la lectura rusa.

—Oye, ignorante lo serás tú —dice haciéndose el ofendido.

—¿Has leído el Kamasutra?

—Lo tengo pendiente.

—Es una pena porque me faltan muchas posturas para terminar el libro. Preguntaré por ahí a ver si...

—Bueno —me interrumpe—, seguro que podemos hacer un apaño esta noche en la cabaña.

Cogiéndome de la cintura, emprendemos el camino por el largo pasillo. Riccardo tiene el don de hacerme sentir el presente con mucha intensidad. ¿Qué mujer no puede enamorarse de un hombre así?

## CAPÍTULO 51

RICCARDO

*Dos días después...*

Es de noche. En la cabaña, alrededor de la mesa, Salvatore y Pietro toman unas cervezas. Nos hemos reunido para hablar sobre el ataque contra los Romanov. Vincenzo y Leo están ocupados.

Sombra estira las patas, mientras que Sarah trabaja en un proyecto que le ha salido, casi por casualidad. Lleva casi todo el día encerrada en el dormitorio con el portátil. Qué bien verla ocupada y motivada.

Ayer Sarah me mostró su trabajo en el ordenador. Nos sentamos juntos en el sofá, con el portátil sobre sus piernas. Al principio, pensé que sería un momento, pero pronto me di cuenta de que estaba equivocado.

—Mira esto —dijo Sarah, abriendo una carpeta llena de archivos—. Voy a hacerte una demo.

En la pantalla apareció un mundo virtual lleno de colores y personajes. Sarah movía el ratón y los personajes cobraban vida, saltando y luchando con una fluidez impresionante. Parecía real.

—¿Tú has hecho todo esto? —pregunté impresionado.

—Sí, es mi último proyecto.

Me quedé sin palabras. Los gráficos eran impresionantes, cada detalle cuidadosamente diseñado. Sarah abrió otro archivo y me explicó cómo había creado las texturas y las animaciones. Qué pasada.

—¿Cuánto tiempo te llevó hacer esto?

—Unos seis meses, más o menos. Fue un trabajo intenso, pero disfruté cada minuto.

—Hace siglos que no toco un videojuego.

—¿Quieres probarlo? —me preguntó, ofreciéndome el portátil.

Dudé un momento, pero la tentación era demasiado fuerte. Me sumergí en el juego, convirtiéndome en una especie de caballero medieval que avanzaba por un castillo tenebroso. Sí, muy emocionante.

—Joder, Sarah, esto es increíble —dije mientras me cargaba a un fantasma a espadas.

—Me alegro de que te guste. Pensé que quizás te parecería una tontería.

—¿Una tontería? Esto es arte, Sarah. Tienes un talento cojonudo.

Pasamos horas jugando y explorando sus creaciones. Sarah me explicaba los detalles técnicos, y yo me maravillaba con cada nuevo descubrimiento.

Ahora, sentado en la mesa con Salvatore y Pietro, no puedo evitar pensar en las ganas que tengo de estar con ella, no con mis primos. En fin...

Salvatore se inclina hacia adelante.

—No hay rastro de los hombres de Romanov en Marbella —dice—. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

Pietro asiente y da un trago a su cerveza.

—Hemos revisado todos los hoteles, restaurantes y locales nocturnos. Nada. ¿Dónde estarán esos cabrones?

—Tienen que estar en alguna parte —digo—. La amenaza en el hotel de Madrid fue muy clara.

—¿Y si han abandonado la ciudad de manera temporal? —pregunta Salvatore.

—No lo creo —responde Riccardo—. Romanov no es de los que se andan con sutilezas.

—Tontos no son —digo—. Quieren ponernos nerviosos.

Pietro se rasca la barbilla, pensativo.

—¿Qué tal si ampliamos el radio de búsqueda? Podrían estar en algún pueblo cercano en la montaña.

—Buena idea —digo dando un puñetazo en la mesa—. Organizad equipos para que pregunten con discreción a nuestros contactos si han visto un movimiento extraño.

Salvatore saca su teléfono y empieza a teclear.

—Me pondré en contacto con nuestros amigos de la policía. Quizás tengan información que nos sea útil.

—Jode que esto nos lleve tanto tiempo, así no podemos vivir —digo enrabiado—. Esos rusos juegan a eso, a buscar que nos desesperemos. ¿No hay más soluciones?

Pietro y Salvatore se miran en silencio.

—Sí, hay una —dice la voz de Sarah de repente.

Los tres nos giramos hacia ella. Sombra se acerca para saludarla y meneas la cola. Está de pie frente a la mesa. Viste de manera sencilla, con una sudadera y unos vaqueros con roturas. Su cabello, recogido en una coleta. Con las manos en la cintura, es el centro de atención.

—¿Cuál? —pregunta Pietro.

—Preparar un cebo —dice y se apoya sobre la mesa. Joder, qué sexy está. Si no fuera por la presencia de mis hermanos, me abalanzaba sobre ella—. Que acudan como moscas y allí les cazáis.

—¿Ah sí? ¿Y qué cebo utilizamos? —Suelta Salvatore—. ¿Un pastel de caviar?

A mí también me pica la curiosidad de lo que se le ha ocurrido a la mujer de mi vida.

—No —dice y se señala a sí misma—. Yo seré el cebo.

Me levanto de golpe, la silla cae al suelo con estrépito.

—¡Ni hablar!

Solo de pensar que se pone en peligro, me entra ansiedad.

—¿Te has vuelto loca? —le digo señalando mi frente—. Ni de coña vamos a permitir que te pongas en peligro.

Sarah frunce el ceño y cruza los brazos.

—No os estoy pidiendo permiso. Es mi decisión.

—Sarah, escúchame bien —digo acercándome—. Esos tíos son peligrosos. No sabes de lo que son capaces.

—¿Y tú sí? —me espeta—. Llevo años huyendo de ellos. Conozco sus métodos mejor que nadie.

—Sarah, entiendo tu frustración —interviene Pietro—, pero Riccardo tiene razón. Es demasiado arriesgado.

—Me da igual vuestra opinión —dice Sarah—. Volveré a la casa y les esperaré. Con vosotros o sin vosotros.

La sangre me hierve. No puedo creer lo que oigo.

—No, no lo harás —digo tajante.

Sarah me mira desafiante. Sombra, que nota la tensión en el ambiente, no para de moverse, inquieto.

—¿Quién eres tú para impedírmelo?

—Alguien que se preocupa por ti, joder —le digo con ganas de coger una silla y estamparla contra la pared.

—Pues déjame resolver esto a mi manera.

—¿Tu manera? ¿Entregarte en bandeja de plata? ¿Dejar que te maten?

—Venga, calmaos los dos —dice Salvatore poniéndose en medio—. Encontraremos otra solución.

Sarah le ignora y sigue encarándome.

—Es mi vida, Riccardo. Mi problema.

—Es *nuestro* problema —la corrijo—. Estamos juntos en esto.

—No necesito que me protejas.

—¿Ah, no? ¿Y quién te ayudó en tu casa cuando te retuvieron? ¿Quién te ha estado apoyando estos días?

En cuanto lo digo me arrepiento. La cara de Sarah se contrae de rabia.

—¡Nadie te pidió que lo hicieras!

Gruño y suelto un suspiro. Cuento hasta tres para calmarme.

Me doy la vuelta y salgo de la cabaña dando un portazo. Necesito aire fresco antes de que diga algo de lo que me arrepienta aún más. Saludo al equipo de vigilancia, a Luigi y Marco. Se me ha olvidado coger la chaqueta y hace frío, aunque eso ahora me la suda.

¿Cómo piensa hacerles frente? ¿Con Sombra? Arriesgarse de esa manera... No entiendo a esta mujer.

## CAPÍTULO 52

### SARAH

Al día siguiente, con el equipo de seguridad oculto, entro en mi casa con Sombra. Me recibe un silencio absoluto. Mi mente me trae el recuerdo del intento de secuestro, el forcejeo, el pánico y la intervención de Riccardo que evitó que acabara muerta.

Tranquila, Sarah, puedes con esto. Recuerda por qué lo haces. Libertad, independencia, calma. Calma para buscarme a mí misma junto a Riccardo. Sí, merece la pena.

Sombra me mira con ojos preocupados, como si pudiera sentir la tensión en el ambiente. Me agacho para acariciar su cabecita.

—Vamos a estar bien, guapetón —le digo, más para convencerme a mí misma que a él.

Me dirijo a la cocina y lleno su cuenco con agua fresca. Me quedo mirando por la ventana, preparándome para el enfrentamiento con los hombres de Romanov. Vendrán a por todas, si no soy lista serán despiadados.

—Sarah, soy Riccardo —dice desde afuera.

Bajo las escaleras, quito el cerrojo y abro la puerta. Riccardo entra muy concentrado. Anoche a última hora recapacitó y ya está dispuesto a ayudarme. No le quedaba otra.

—He instalado afuera los sensores de movimiento. Ven, te los mostraré.

Salimos de la casa con Sombra pegado a mis talones. Riccardo señala varios puntos alrededor de la propiedad.

—Aquí, aquí y aquí —dice con seguridad—. Detectarán cualquier movimiento en un radio de veinte metros. Si alguien se acerca, lo sabremos. Nosotros estaremos cerca para venir disparados.

Memorizo la ubicación de cada sensor, y volvemos a entrar en la casa. Me siento en el sofá, Sombra acurrucándose a mis pies. Riccardo se siente a mi lado, cogiendo mi mano entre las suyas.

—Sarah, por última vez, ¿estás segura de que quieres hacer esto? —dice con un tono cargado de preocupación.

Aprieto su mano, mirándolo a sus brillantes ojos verdes.

—Tengo que hacerlo, Riccardo. Es la única forma de terminar con esto de una vez por todas.

Me besa en los labios y siento que me envuelve su amor y protección. Este hombre no deja de sorprenderme.

—Estaré ahí afuera todo el tiempo, Sarah. No dejaré que te pase nada.

—Te quiero —digo las palabras saliendo casi sin pensarlo, notando que mis mejillas se ruborizan.

Riccardo parece sorprendido por un momento, luego sonrío de esa forma tan encantadora. Debería estar prohibido, es como si me lanzara un hechizo y me quedara atontada.

—Yo también te quiero —responde sin dudar—. Y es por eso que no me gusta este plan.

Cojo su cara entre mis manos. Riccardo se inclina para besarme con suavidad. El beso es tierno al principio, luego se vuelve más intenso, como si quisiéramos transmitir todo lo que sentimos, y todo lo que tememos perder.

Sombra salta sobre nosotros y se pone en medio, como si estuviera celoso.

—¡Baja ahora mismo! —le digo riendo pero ni caso, se queda ahí.

Ha decidido que le apetece estar con nosotros. Además, ladra como diciendo «dejadme tranquilo, a ver si me voy a cabrear». Riccardo y yo nos partimos de risa.

Por un momento, puedo imaginar un futuro donde, sin la amenaza del peligro constante, escenas como esta sean comunes.

—Cuando todo esto termine —dice en voz baja—, ¿qué te parece si nos tomamos unas vacaciones? Podríamos ir a algún lugar tranquilo, lejos de Marbella. Tú y yo.

Una sonrisa esperanzadora iluminando mi rostro.

—Me encantaría —respondo—. Tal vez una playa desierta o... una cabaña en las montañas.

—¿Una cabaña en las montañas? —dice con ironía—. Jamás se me hubiera ocurrido.

Nos besamos otra vez, esta vez con más calma, saboreando el momento. Cuando nos separamos, apoyo mi cabeza en su hombro.

Mientras la noche avanza, Riccardo y yo permanecemos en el sofá, hablando en voz baja, haciendo planes para un futuro que esperamos tener. Sombra, sintiendo la necesidad de proteger, se acuesta a nuestros pies.

De repente, una oleada de náuseas me asalta. Me levanto de un salto del sofá y corro hacia el baño. Apenas llego al inodoro cuando el contenido de mi estómago decide salir sin previo aviso.

Me quedo arrodillada, jadeando. El sudor frío me recorre la espalda. Tiro de la cadena y me apoyo contra la pared fría. Mi mente empieza a dar vueltas.

La idea me golpea con fuerza. Me levanto con piernas temblorosas y me miro en el espejo. Mi cara está pálida. Me echo agua en la cara, intentando aclarar mis pensamientos.

—¿Sarah? ¿Estás bien? —La voz de Riccardo suena preocupada desde el otro lado de la puerta.

—Sí, sí... —respondo, mi voz ronca—. Dame un minuto.

Me seco la cara con una toalla. Mi reflejo me devuelve una mirada de pánico. Abro la puerta y me encuentro cara a cara con Riccardo. Su expresión cambia de preocupación a alarma al verme.

—¿Qué ha pasado? Estás blanca como la pared.

—No... no lo sé. De repente me sentí mal.

Riccardo me rodea con sus brazos. El calor de su cuerpo pero no logra disipar el miedo que se ha instalado en mi pecho.

—¿Quieres que llame a un médico?

Niego con la cabeza.

—Son los nervios. Creo que solo necesito descansar un poco.

Me guía hasta la cama y me ayuda a tumbarme. Sombra salta a mi lado.

—¿Necesitas algo? ¿Agua, una manta, sexo?

Rio con su tontería. Me encanta su sentido del humor. Solo él, en estos momentos tan tensos, puede mostrarlo para hacerme reír y relajarme.

## CAPÍTULO 53

### RICCARDO

Los prismáticos nocturnos me permiten observar la casa de Sarah, aunque ya sea de noche. Luigi y Marco, a mi lado, luchan contra el sueño. Normal, es madrugada. Sus ojos enrojecidos delatan las largas horas de vigilancia. Le diré a mi padre que les dé un extra el mes que viene, como es costumbre en los Barone.

Llevo días sin afeitarme y el cansancio se me está acumulando. Algo en el aire, en el silencio del campo, me dice que esta noche será diferente. Los rusos vendrán, lo presiento en mis huesos.

Enfoco los prismáticos hacia una de las ventanas iluminadas. Veo a Sarah inclinada sobre su portátil, trabajando. Qué ganas de llamarla y hablar con ella, oír su voz, pero es mejor ser discretos. ¿Cómo puede concentrarse con esta amenaza? Su determinación me asombra y me preocupa.

—Luigi, ¿habéis comprobado el perímetro?

—Sí, jefe. Todo despejado.

Marco se frota los ojos y bosteza.

—¿Cree que vendrán esta noche?

—Creo que sí —respondo sin apartar la vista de la casa—. Estad alerta.

El viento agita las ramas de los árboles creando sombras inquietantes. Cada ruido, cada movimiento, nos pone en guardia. La adrenalina fluye por mis venas manteniéndome rígido.

—Marco, comprueba otra vez los sensores de movimiento.

—Están operativos, jefe. Si alguien se acerca, lo sabremos.

El tiempo va lento. Los minutos se convierten en horas interminables. La tensión crece con cada segundo que pasa. Sarah vuelve a su portátil, pero noto que sus movimientos son más nerviosos. ¿O soy yo que lo percibe así?

Un crujido de una rama nos pone en alerta. Contengo la respiración, escudriñando la oscuridad.

—¡Luigi! —grito.

—Falsa alarma, jefe. Solo un jabalí que pasa por ahí, lejos.

La noche avanza implacable. De repente, un escalofrío recorre mi espalda. Este ambiente, esta tensión... Es como aquella noche en Beirut.

Estoy de nuevo en esa azotea, el aire cargado de arena y pólvora. El sudor empapa mi uniforme mientras ajusto el rifle. A través de la mira, veo el edificio objetivo. Una mujer aparece en una ventana, su silueta recortada contra la luz interior. No debería estar ahí. No es el blanco, pero es demasiado tarde. El sonido ensordecedor del disparo fatídico rompe la noche. El cuerpo

cae al vacío. Sus gritos resuenan en mis oídos, mezclándose con el caos y el polvo.

Parpadeo y vuelvo al presente. La casa de Sarah sigue iluminada y en calma. Respiro hondo intentando alejar los fantasmas del pasado. Esta vez será diferente. No permitiré que la historia se repita.

—Esta noche nadie de los buenos morirá —murmuro para mí mismo—. No mientras pueda evitarlo.

—¡Jefe!

—¿Qué pasa?

—El sensor de movimiento se acaba de activar.

Me sobresalto. A través de los prismáticos, veo a Sarah que se mueve inquieta dentro de la casa, de un lado a otro como un animal enjaulado. ¿Ha visto algo?

—Es el momento —ordeno ya de pie—. Vamos a entrar.

Pero antes de que podamos movernos, dos figuras emergen de las sombras. ¡No me jodas! Sus armas nos apuntan. El tiempo se detiene. Mi mano se desliza con discreción hacia mi pistola.

—Ni se te ocurra, espagueti —gruñe uno de ellos en un español horrible.

El otro esboza una sonrisa cruel.

—El gran Riccardo Barone. Qué fácil ha sido pillarte con la guardia baja. ¿Pensabais que éramos tontos o qué? Nosotros también somos veteranos.

Mi mente trabaja a toda velocidad, calculando ángulos, distancias. Luigi y Marco están paralizados. Un movimiento en falso y nos matarán.

—¿Qué queréis? —pregunto ganando tiempo.

—Tu cabeza en bandeja de plata —responde el primero—. Y a la chica, aunque de eso ya se están encargando otros.

En un instante, mi mano vuela hacia la pistola. Veo sus expresiones de sorpresa cuando les apunto. Soy más rápido. Dos disparos en sus cabezas. Precisos. Letales. Los cuerpos caen con un ruido sordo. Oigo un disparo que no es mío. El bosque vuelve a sumirse en el silencio.

—¡Joder! —exclama Marco, pálido como un fantasma.

No hay tiempo para palmaditas en los hombros. Me giro hacia la casa dispuesto a salir corriendo, pero un gemido me detiene. Luigi está en el suelo, sujetándose el brazo. La sangre empapa su manga. Le ha dado una bala rebotada.

—Mierda —mascullo arrodillándome junto a él—. Aguanta.

Con movimientos rápidos, improviso un torniquete con mi cinturón. Luigi aprieta los dientes, conteniendo un grito.

—Ve a por ella —jadea—. Estaré bien.

—Volverá a por ti en cuanto pueda.

Me incorporo de un salto y echo a correr. El corazón me martillea en el pecho. Sarah. Tengo que llegar a tiempo.

La distancia parece infinita. La adrenalina corre por mis venas, agudizando mis sentidos. Estoy cerca, tan cerca.

Llego a la puerta jadeando. La abro de una patada con mi pistola en alto.

—¡Sarah! —grito, adentrándome en la oscuridad de la casa.

## CAPÍTULO 54

SARAH

En la mesa del salón, trabajo en el proyecto que me han encargado, aunque me cuesta ser productiva. Mi mente está en otra parte, claro. En los rusos que vendrán a por mí. Con cada ruidito que oigo afuera, me pongo de los nervios. Sombra levanta la cabeza cada vez que me levanto, también inquieto.

Intento concentrarme en el diseño del personaje, pero me equivoco en el gráfico tridimensional y tengo que volver a empezar. Suspiro y cierro el portátil. Es inútil. No puedo trabajar así.

Me levanto y camino hasta la ventana. La oscuridad del exterior es abrumadora. No se ven ni las lucecitas de otras casas. En algún lugar de ahí está Riccardo, vigilando, cuidándome.

—Ojalá vinieran ya —murmuro para mí misma—. Esta espera me está matando.

Sombra se acerca meneando el rabo. Me agacho y le planto un beso en la cabeza. Vuelvo a la mesa y me siento delante del portátil. A ver si esta vez puedo concentrarme al menos cinco minutos seguidos. Tengo que aparentar que estoy tranquila en mi casa, ajena a la amenaza de los rusos. Cuando ellos me vean así, se confiarán y aparecerán.

Consulto la hora. Casi las diez. Buf, cada minuto que pasa es una eternidad.

Me levanto de nuevo. Soy incapaz de mantenerme quieta. Camino de un lado a otro del salón, Sombra me sigue con la mirada.

—Vamos, hombres de Romanov —murmuro—. Si vais a venir, venid ya.

De repente, Sombra gruñe.

—¿Qué ocurre, hay alguien? —le pregunto en estado de alerta.

Sigue gruñendo, ahora se mueve hacia la cocina y vuelve. Aunque los sensores de movimiento no han saltado, creo que los hombres de Romanov ya están aquí.

Cojo un juguete con golosinas que ya tenía preparado, y me llevo a Sombra al dormitorio de arriba. Como quiero protegerlo, hago que se meta debajo de la cama.

—Quédate ahí hasta que te lo diga, ¿vale?

Le dejo que coma con devoción los trozos de manzana, pollo y croquetas de pienso. Ahora lo que tengo que hacer es beber agua y respirar con calma. Y confiar en que todo saldrá bien.

De repente, se va la luz. Estoy a oscuras. Silencio sepulcral. El corazón me late desbocado. Mis manos tiemblan mientras palpo los muebles, buscando el camino hacia la cocina. No me esperaba que cortaran la luz.

—Mierda, mierda, mierda —digo mientras bajo las escaleras.

Entra algo de luz de la luna, pero casi nada. Abro cajones a tientas hasta que mis dedos rozan

una vela. Después, busco la caja de cerillas. La enciendo y su tenue luz proyecta sombras en las paredes y el mobiliario. Con un par de gotas de cera, la fijo en un vaso.

Con pasos cautelosos, me dirijo hacia la caja de fusibles, que está al lado de la puerta. El suelo cruje bajo mis pies. Abro la caja, subo y bajo el fusible varias veces. Nada. La oscuridad sigue. El silencio también.

Oigo a Sombra ladrar mientras baja las escaleras. Creo que voy a atarle. Sí, será lo mejor.

La vela se apaga. Otra vez la oscuridad total.

—¡Mierda!

¿Dónde he dejado las cerillas?

—Sombra, ¿dónde estás?

Un crujido. Pasos sigilosos. Alguien ha entrado por la ventana de la terraza.

Me quedo paralizada. Sombra no deja de ladrar, cada vez más agresivo.

—¿Quién anda ahí? —grito intentando que mi voz suene valiente.

No hay respuesta. Solo silencio y oscuridad. Oigo una respiración, ¿o es la mía? Es el momento de subir y encerrarme en el baño, se supone que los sensores de movimiento habrán alertado a Riccardo, pero ya no sé si funcionan.

Oigo un disparo.

—¡Sombra! —grito desesperada.

Las lágrimas nublan mi visión, pero aun así percibo la presencia de alguien. Salgo disparada hacia las escaleras. Subo los peldaños a cuatro patas para no caerme. Tengo que llegar al baño cueste lo que cueste. Pero un hombre me bloquea y me coge.

Creo que dice algo en ruso. Lucho con todas mis fuerzas. Su aliento es apestoso. Como puedo, meto la mano en el bolsillo del pantalón, saco el spray y se lo echo a la cara. El hombre retrocede, se tambalea. Murmura algo en su idioma. Aprovecho y corro hacia el baño.

Cierro la puerta de golpe. Tiemblo al echar los pestillos. Primero uno, después otro y el tercero. Los dos últimos instalados para hacer del baño una especie de habitación del pánico, aunque muy de andar por casa. Cojo el martillo que tengo guardado.

Solo oigo mi respiración agitada. Me meto en la bañera y me acurruco. Casi al momento, unos golpes fuertes hacen temblar la puerta. ¿Dónde está Riccardo?

—¡Lárgate de mi casa! —grito a pleno pulmón.

Un pestillo cae al suelo con un tintineo metálico. El siguiente golpe es tan brutal que astilla la puerta. Una mano peluda se mete por dentro y abre el pestillo. A trancas y barrancas consigue entrar. El hombre se acerca con movimientos torpes y alumbrando con una linterna. Es gordo, pero no puedo ver más detalles de su fisonomía.

—¡Ahora te vas a enterar, zorra! —dice con acento ruso.

Grito y pataleo con desesperación. Levanto el martillo y lo dejo caer con fuerza pero no le doy. Algo metálico brilla en su mano. Una pistola. Va a dispararme.

Oigo un gruñido. Bien, es Sombra. El hombre suelta un grito. Creo que le ha mordido en la pierna. La linterna cae al suelo. Mi oportunidad. Empiezo a darle con el martillo. Esperabas encontrarte a una mujer indefensa y asustada, ¿verdad?

## CAPÍTULO 55

RICCARDO

Campo a través, voy corriendo desesperado por llegar a tiempo. Sarah está en cada célula de mi cuerpo. Los pulmones me arden y sudo como una mala bestia, pero no pienso detenerme. Llego a la casa e irrumpo, frenético, con el corazón a mil.

—¡Sarah! —grito a la oscuridad.

En cuanto saco la linterna, oigo un disparo y noto una bala que me roza la oreja. Joder, me pego a la pared. Por poco no lo cuento. Hoy es mi día de suerte.

Dos sombras en el salón. Apunto, disparo, uno cae. El otro responde. Una bala me roza la pierna. Gruño de dolor pero mantengo la posición. Otro disparo. El segundo se desploma. Me acerco cojeando. Compruebo los signos vitales de los bastardos. Muertos.

—¡Sarah! —grito otra vez.

—¡Aquí, en el baño!

Qué alivio oír su voz. Subo las escaleras lo más deprisa que puedo. Sombra ladra y eso significa que está bien. Tropiezo con las astillas de madera que hay por el suelo. ¿Qué coño ha pasado?

Sombra se abalanza sobre mí, contento de verme. Con la linterna alumbró un cuerpo en el suelo con la cabeza ensangrentada. A medio metro, hay un martillo. Me quedo de piedra.

—He sido yo —dice Sarah.

Enfoco su cara y está acurrucada en la bañera. Verla así, desvalida, hace que sienta cómo algo se desgarró en mi interior.

—Sarah... —digo abrazándola—. Ya pasó todo, amor mío.

Llora liberando toda la tensión. Tiene sangre en las manos. Lo que tiene que haber pasado, ni me lo imagino.

—Sombra... —dice a duras penas—. Han matado a Sombra.

La miro a los ojos. No sabe lo que dice. Está aún en estado de shock.

—No, está vivo —le digo—. Sombra está vivo.

—Está muerto, Riccardo.

Como si intuyese que hablan de él, Sombra aparece. La cara de Sarah se ilumina. Lo abraza y sigue llorando. Acaricio su mejilla, limpiando las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pensé que no llegarías a tiempo —dice.

—Nos atacaron. Luigi está también herido.

—¿Como qué *también*?

Un gemido de dolor escapa de mis labios. La adrenalina empieza a desaparecer y la herida de

la pierna reclama mi atención.

—¡Estás sangrando! —exclama Sarah.

—No es nada. Solo un rasguño.

Intento ponerme en pie pero la pierna me falla. Sarah me sostiene como puede, y bajamos por las escaleras. Siguiendo mis indicaciones, me hace un torniquete con el cinturón.

—¿Ahora qué vamos a hacer? —me pregunta nerviosa.

—Lo primero esto —digo y la atraigo hacia mí.

La beso con pasión para llenarla de emociones positivas. Me recreo en su lengua, sus labios, como si bebiera de ella, de su determinación y belleza. No me jodas, qué mujer tan valiente. Jamás he conocido a nadie igual.

—¿Mejor? —le pregunto.

—Sí —sonríe—, mucho mejor.

—Ahora vendrán a buscarnos, recoge tus cosas.

—¿Y los cadáveres? Los encontrarán y...

—Tranquila —le digo cogiéndola de las manos—. Todo está pensado. Nosotros nos encargamos.

Ayudo a Sarah a meter lo esencial en la maleta. Unos minutos después, oímos el ruido del motor de un coche que se acerca a la casa. Han de ser mis hermanos. Bajo por las escaleras y miro a través de la ventana de la cocina. El todoterreno se detiene e identifico la matrícula. Sí, son Salvatore y Pietro. Justo a tiempo.

Con la ayuda de Sarah, bajo al salón peldaño a peldaño. Sombra olfatea a mis hermanos y da su visto bueno.

—¿Un daño colateral, eh? —dice Salvatore al verme cojear.

—Lo que importa es que hemos ganado —replico.

—Venga —apremia Pietro—. Al coche.

Entre Pietro y Salvatore me ayudan a salir de la casa y subir al vehículo. El dolor en la pierna es agudo, pero aprieto los dientes y me aguanto. Solo faltaría quejarme por una herida de bala.

Sarah, que lleva la maleta, sube detrás con Sombra.

—¿Y los demás? —pregunto a Salvatore.

—Marco está vivo, pero Luigi... —Pietro hace una pausa—. No lo consiguió.

—¿No? —pregunto sorprendido.

—Cuando llegamos ya estaba muerto.

Jodido, cierro los ojos. Le dije que se pondría bien. Su ayuda contra el traidor de Giancarlo fue espectacular. Lo echaré de menos.

—Qué puto bajón —me lamento.

—Tendrá un funeral como se merece —dice Salvatore.

Sarah se acurruca a mi lado.

—Lo siento —dice.

—No es culpa tuya —digo mirándola a los ojos—. Todos sabemos a lo que venimos. Nadie nos obliga.

Salvatore y Pietro cogen un par de latas de gasolina del maletero.

—Ahora toca la última parte del plan —digo a Sarah.

—¿A qué te refieres?

—Borrar nuestro paso por aquí —explico—. Nadie sabrá quiénes son los muertos y si escapaste o no. Podrás empezar de cero bajo nuestra protección. Es lo mejor que podía pasar.

Mis hermanos entran en la casa, empapan con gasolina el salón, las escaleras, la cocina, todo.

El olor es tan intenso que llega hasta aquí. Pietro se sube al todoterreno, mientras Salvatore prende el líquido con un mechero. Una llama de repente resplandece en el interior.

Salvatore sube al todoterreno. Nos ponemos en marcha. En cuestión de segundos, las llamas se apoderan de la casa. Un espectáculo fascinante y siniestro.

—La casa... —murmura mirando por la ventanilla—. ¿Y el casero?

—Que lo jodan, era necesario hacerlo —digo apretando su mano—. Es la única forma de mantenerte a salvo.

Dejamos atrás el fuego y la destrucción, aunque Sarah sigue mirando por la ventanilla cómo se consume la que había sido su casa durante los últimos meses.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunta en voz baja.

—Primero, a que curen la herida de Riccardo, después a un lugar seguro —responde Pietro—. A nuestra casa.

El silencio se instala en el vehículo. Solo se oye el ronroneo del motor y la respiración pesada de Sombra. Sarah lo acaricia, perdida en sus pensamientos.

—¿Estás bien? —susurro.

—Sí, solo extraña. Tanto tiempo persiguiendo mi libertad, que ahora como que no me lo acabo de creer.

—Se te pasará con el día a día.

La atraigo hacia mí y pone su cabeza sobre mi hombro.

—Te prometo que todo saldrá bien, amor mío—murmuro y le beso la frente.

El todoterreno avanza en la noche, alejándonos de la vida que Sarah conocía y hacia un futuro juntos. El insaciable fuego borra nuestras huellas, dándonos a los dos una oportunidad para olvidar el pasado y empezar de nuevo.

## CAPÍTULO 56

SARAH

Entramos en el dormitorio de Riccardo en la casa Barone. Con el corazón encogido, sostengo la puerta mientras él cruza el umbral con las muletas. Tiene el muslo fuertemente vendado. Me guiña un ojo mientras se dirige a la cama. No deja de ser encantador hasta en estas circunstancias.

Sombra entra también y se pone a husmear los rincones. Cuando mañana descubra el jardín, se va a volver loco.

—Te ayudo a tumbarte —digo acercándome.

—Gracias, amor mío.

Se sienta en el borde y deja escapar un gruñido de dolor. Ahora está empastillado. Por suerte, la bala pasó limpia por el músculo, y no ocasionó daños muy graves, según dijo el médico de la clínica privada. Me pasa las muletas que apoyo contra la mesita de noche. Después, se apoya con las manos y se estira sobre el edredón.

—Espera, te colocaré unas almohadas.

Cojo dos, las ahueco y coloco en el cabecero. Riccardo se reclina con un suspiro de alivio.

—Gracias, preciosa —dice sonriendo de esa forma tan arrebatadora.

—De nada.

—¿Te gusta el dormitorio, Sombra? —le pregunta Riccardo.

Sombra menea la cola. Vaya susto me dio en la casa. Por un momento pensé que había muerto.

—Ven aquí —le llamo y después le señalo un lugar cerca del escritorio—. Mira, este será tu sitio, ¿te gusta?

El perro se acerca, da unas vueltas y se tumba. Me observa con ojos tiernos. Ay, que me lo como. Regreso a la cama junto a Riccardo. Por primera vez desde el ataque estamos a solas. Me coge de la mano, sus bonitos dedos se entrelazan con los míos.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

—Como si me hubieran disparado —responde con una sonrisa irónica.

Río suavemente, agradecida por su manera de aligerar la gravedad de los hechos con su sentido del humor.

—Sarah —dice mirándome—. A estas alturas, tu antigua casa ya habrá ardido por completo.

Un nudo se forma en mi estómago.

—Claudia Smith ha muerto oficialmente —continúa—. Es el fin de tu vida anterior, y no sabes cuánto me alegro. Ahora empiezas de cero, conmigo.

Miro nuestras manos unidas, luego sus ojos verdes. Encierran una promesa, un futuro de felicidad. Cuánto me gustaría...

Riccardo lee mis pensamientos, lo sé. Lo dice el fondo de sus ojos, que son como un lago en el que quiero bañarme. Ahora va a besarme, reconozco ese centelleo de deseo en medio.

Nuestros labios se encuentran. Sabe a whisky y avellana. Mis dedos se enredan en su cabello. Él acaricia mi espalda. Las lenguas se rozan y saltan chispas. Un hormigueo recorre mi cuerpo y se detiene entre mis muslos.

Intercambiamos miradas cómplices. Una sonrisa traviesa se dibuja en su carita de guapo. Vuelvo a besarlo. Mis dientes atrapan con delicadeza su carnoso labio inferior. Mmm... Me encanta su sabor a sal.

La temperatura aumenta en nuestros cuerpos. Las respiraciones se aceleran. Su mano se mete debajo de mi ropa y conquista la piel. La mía acaricia su pecho firme de gladiador.

—Sarah... —susurra.

—Riccardo... —respondo.

—No puedo moverme, así que desnúdame y ponte encima —y guía mi mano hasta su entrepierna, donde me presenta su enorme erección—. Quiero follarte.

Nuestras frentes se tocan. Cerramos los ojos. Respiramos el mismo aire y eso nos hace únicos y especiales. Los abro. Su verde mirada me penetra. Veo deseo, ternura y algo más profundo. Algo que me asusta y me emociona a partes iguales.

—Te quiero —dice con un tono grave y seductor.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Mi corazón se acelera. Me invade la felicidad y el miedo.

—Yo también te quiero —respondo tras un instante de duda.

Me incorporo lentamente, mis dedos jugueteando con el dobladillo de mi blusa. Los ojos de Riccardo me desnudan. Llevo a Sombra al cuarto de baño, me disculpo con él y cierro la puerta.

—Ven, devórame ya —dice Riccardo.

Sus palabras encienden un fuego en mi interior. Desabrocho mi sujetador y lo dejo caer. Al ver mis tetas, Riccardo se moja los labios. Después, poco a poco me voy desnudando. Riccardo sonríe de oreja a oreja y cuando me quito las bragas, me lanza una mirada obscena al coño.

Me acerco a él, desnuda y vulnerable. Mis manos tiemblan de deseo al tocar sus pantalones. Los bajo con cuidado evitando rozar su herida. Cuando hago lo mismo con los calzoncillos, su erección se libera, imponente.

—Déjame antes complacerte —susurro.

Me abalanzo sobre su enorme polla. Mis labios rozan la punta y lo recorro de arriba abajo lentamente, con la lengua saboreando cada centímetro de su poder masculino.

—Sarah... —jadea Riccardo.

La envuelvo con mi boca y doy toques suaves en la punta. Le miro sin dejar de chupársela, y eso me pone muy cachonda. El placer se refleja en su cara, en la tensión de su mandíbula, en sus ojos entrecerrados.

Acelero el ritmo. Riccardo enreda sus dedos en mi pelo, guiando mis movimientos.

—Así... No pares... Vale, lo haces muy bien.

Sus palabras me animan. Me entrego por completo a darle el sumo placer que tanto codician los hombres. Alterno entre succiones profundas y caricias con la lengua. Riccardo arquea la espalda, perdido en el éxtasis.

Está cerca de correrse. Intensifico mis movimientos, determinada a llevarlo hasta el final.

—Sarah, voy a...

No termina la frase. Un gemido escapa de su garganta mientras alcanza el clímax. Prolongo su placer sintiendo su humedad en mi boca.

Finalmente, me aparto. Riccardo me mira con expresión de lujuria total. Después de ir al baño, me tumbo a su lado. Nuestros cuerpos desnudos rozándose.

—Eres increíble —murmura, atrayéndome hacia él.

Nos besamos otra vez, ahora con calma. Dios, es imposible no querer ser devorada por un hombre como él.

## CAPÍTULO 57

### RICCARDO

Acaricio la espalda desnuda de Sarah mientras estamos abrazados. Su piel es suave bajo mis dedos. Contemplo su perfil en la penumbra del dormitorio. Siento una paz que jamás había experimentado.

—Sarah —susurro—. Quiero pasar mi vida contigo.

Ella se remueve ligeramente entre mis brazos. Gira la cabeza para mirarme.

—Eso es precioso, amor mío.

—Quiero casarme contigo —digo sabiendo que pronuncio las palabras más importantes de mi vida.

Sus increíbles ojos castaños se abren de par en par.

—Riccardo, yo... no sé qué decir.

—No tienes que responder ahora —aclaro—. Sé que tienes miedos y dudas. Toda tu vida huyendo de acá para allá. Lo entiendo.

Sarah asiente despacio.

—Es que todo ha pasado tan rápido...

—Lo sé, cariño. No pretendo presionarte.

Beso su frente con ternura.

—Te ofrezco mi amor incondicional —continúo—. Estaré a tu lado pase lo que pase.

—¿Y tu familia?

—Tengo que trabajar con ellos. Di mi palabra —digo acordándome de la promesa que hice a mi padre—, y además son mi familia.

Sarah cierra los ojos. Puedo intuir lo que piensa.

—Nosotros somos los buenos —le recuerdo.

—Tanto como los buenos...

—Dentro de los malos, los buenos —digo orgulloso de mi agilidad mental.

—¿De verdad crees que podemos conseguirlo?

—Estoy seguro. Contigo me siento capaz de todo.

Acaricio su mejilla. Ella cierra los ojos y suspira.

—Tómame el tiempo que necesites —añado—. Estaré aquí cuando estés lista.

Mis padres me presionarán para que me case ya, pero me da igual lo que digan. Yo decidiré cuando me caso y con quién. Sarah me mira fijamente. Sus ojos brillan en la penumbra.

—Te amo, Riccardo.

—Y yo a ti, mi vida.

Se inclina y me besa con dulzura. Cuando nos separamos, veo determinación en su cara.

—Sí —dice con voz queda.

—¿Sí?

—Acepto. Quiero ser tu esposa.

La alegría me inunda. La estrecho contra mí y la beso apasionadamente. Nuestros cuerpos se funden en un abrazo.

—Me haces el hombre más feliz del mundo —digo con entusiasmo.

Sarah se ríe.

—Y tú a mí la mujer más feliz del mundo.

Nos besamos de nuevo sellando nuestra promesa.

—¿Sabes? Deberíamos retomar los planes de nuestra vida —digo.

Sarah levanta la cabeza de mi pecho.

—Me encantaría.

—Dónde viviremos, cómo será nuestra boda, los nombres de nuestros hijos...

—¿De verdad quieres tener hijos conmigo?

—Por supuesto, imagínate una mini Sarah correteando por la casa. Cojonudo.

Ríe y me da un golpecito en el brazo.

—O un mini Riccardo rompiendo cosas —dice divertida.

—Ese sería yo, sí.

Nos reímos. Sarah se incorpora, apoyándose en un codo.

—¿Y dónde te gustaría vivir? —pregunta.

—Había pensado aquí, con la familia de momento. Te llevarás muy bien con ellos, y con el tiempo encontraremos nuestro hogar.

—Me encanta la idea. ¿Y la boda?

—Algo íntimo. Solo familia y amigos cercanos.

—Nada ostentoso, ¿verdad?

—No, algo sencillo pero elegante, como tú.

Se sonroja y baja la mirada.

—¿Cuántos hijos te gustaría tener?

Sarah se muerde el labio, pensativa.

—Dos estaría bien. ¿Y a ti?

—Dos o tres. Pero no me importaría tener un equipo de fútbol.

Ríe y me da un beso en la mejilla.

—Ya veremos, Sr. Barone.

—Nos casamos en primavera —digo.

—Es mi estación favorita.

—Lo sé, por eso lo propongo.

Sus ojos brillan de emoción.

—Eres increíble, Riccardo.

—Tú sí que eres increíble, futura Sra. Barone.

Nos besamos, sellando nuestros planes de futuro. Un futuro que, por primera vez en mi vida, me llena de ilusión y esperanza.

—Quiero darte algo —le digo.

—¿El qué? —pregunta con una maravillosa curiosidad.

Con esfuerzo a causa de la herida, abro el cajón de mi mesilla de noche, cojo el estuche de terciopelo y me giro hacia ella.

—¿Qué tienes en la mano?

Abro la tapa y sus ojos se agrandan al descubrir el anillo. Se tapa la cara con las manos, emocionada. Una lágrima cae por su mejilla.

—Se lo encargué hace unos días al joyero de la familia, un egipcio muy bueno —le digo—. Quería tenerlo para cuando llegara el momento.

—Me encanta, amor —dice aún asombrada—. Pónmelo.

Se lo pongo en el anular. Ella levanta la mano y sonrío al ver la joya en su mano. Joder, cómo reluce. Se inclina hacia mí, y me besa con una pasión que hace que se me ponga la polla dura otra vez.

Contemplo a Sarah, acurrucada a mi lado, con los ojos deslumbrados mientras gira el anillo en su dedo. La luz del dormitorio hace que la joya brille como si tuviera vida propia. Me siento cojonudo por la felicidad que veo en su cara.

Ahora, viendo cómo alucina con la joya, me doy cuenta de que ella ha traído luz a mis sombras. Nunca pensé que sería capaz de amar de esta manera.

Mientras ella habla emocionada sobre el anillo, siento que, por primera vez en mucho tiempo, el peso del trauma de Beirut comienza a alejarse.

Pensar en un futuro juntos, en una familia, me llena de una esperanza que creía perdida. Este anillo no es solo un símbolo de compromiso, es un recordatorio de que he ganado la batalla contra mis fantasmas, gracias a ella.

Estoy preparado para construir el futuro que soñamos, porque estoy con Sarah, la mujer que me ha liberado.

# EPÍLOGO

SARAH

*Meses después...*

En la cama del hospital, arropo al pequeño Michelangelo en mis brazos. Su preciosa carita y sus ojitos cerrados de recién nacido, me llenan de una alegría inmensa. Acaricio su mejilla suave como el terciopelo. Nunca imaginé que ser madre me haría sentir tan plena, tan feliz.

Riccardo está a mi lado, guapísimo con su traje oscuro. Su *uniforme* de trabajo en la familia. No deja de sonreír mientras mira a nuestro hijo. Francesca, Leo y Natasha también están aquí, rodeando la cama. Me acuerdo de mi querida mamá y se me encoge el corazón. Si es que tengo las emociones a flor de piel.

Natasha sostiene a la pequeña Valentina, que observa curiosa al recién nacido.

—¿Quieres conocer a tu primo, cariño? —pregunta Natasha.

La niña asiente con timidez. Natasha se acerca y la inclina sobre la cama para que pueda ver mejor a Michelangelo.

—Hola —dice Valentina con su voccecita dulce.

Todos reímos enternecidos. Leo le da una palmada en la espalda a Riccardo.

—Enhorabuena, hermanito. Ya eres papá.

—Todavía no me lo creo.

—Pues ve haciéndote a la idea.

Francesca, radiante como siempre, se acerca y me besa en la frente.

—Estás preciosa, querida. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada pero feliz —Sonrío—. No puedo dejar de mirarle.

—Es normal, disfruta cada instante que luego se hacen rápidamente mayores —dice con aire maternal.

—Es precioso, Sarah. Se parece mucho a Riccardo.

—Pobre criatura, la que le espera —bromea Leo.

Riccardo le lanza una mirada asesina, pero después sonrío.

—Por cierto, Leo, ¿cómo os va con el hotel rural?

—Muy bien. Contentos de vivir en la montaña y de dirigir el negocio. Ahora vamos a hacer unas reformas, poca cosa. Natasha es una gerente muy eficaz, como bien sabe papá que siempre está encima de la contabilidad.

—No descansa ni un minuto —dice Riccardo sacudiendo la cabeza.

El hotel rural de Leo y Natasha es una pasada de espectacular. Riccardo y yo estuvimos un

fin de semana al poco de estar embarazada. Nos alojamos en la suite y muy bien. Y la historia de cómo se enamoraron ellos es muy bonita. Hacen buena pareja. Bueno, como todos. Vincenzo y Chiara, Salvatore y Beatrice, Pietro y Eli... Me siento una más de los Barone, sí.

La puerta se abre y entra una enfermera, que sonrío a todo el mundo.

—Buenos días, familia. Vengo a dar una buena noticia a la madre. El doctor ha firmado el alta. Podéis iros a casa cuando queráis.

Riccardo y yo intercambiamos una mirada cómplice. Por fin vamos a llevar a nuestro hijo a casa. Una nueva etapa comienza, llena de desafíos pero también de amor y felicidad.

—¿Lista para irnos a casa? —pregunta él, cogiéndome de la mano.

Asiento, emocionada. Una lágrima de felicidad resbala por mi mejilla. Me da a mí que voy a estar todo el día así de sensiblera.

Casi una hora más tarde, entramos en el salón de la residencia Barone con Michelangelo en brazos. El pequeño duerme con placidez, ajeno al bullicio que nos rodea. La familia se arremolina a nuestro alrededor, ansiosa por conocer al nuevo miembro.

Sombra aparece de repente, meneando la cola. Me saluda con un lametón en la mano y sale disparado hacia el jardín, donde las gemelas y los demás niños juegan como locos. Chiara se acerca para echar un vistazo a su nuevo sobrino.

—¡Qué preciosidad! —exclama.

Pietro y Vincenzo se acercan con cara seria.

—Sarah, tenemos que hablar contigo —dice Pietro, cruzándose de brazos—. Muy seriamente.

—¿Sobre qué? —pregunto con sorpresa.

Vincenzo suelta una risita.

—Sobre pañales.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Pañales?

—Exacto —asiente Pietro—. Tienes que obligar a Riccardo a cambiarlos.

—No dejes que se escaquee —añade Vincenzo—. Nada de niñeras para eso.

Riccardo aparece detrás de mí y me rodea con sus brazos.

—¿De qué habláis?

—De tus futuras tareas como padre —responde Pietro con una sonrisa maliciosa.

—Cambiar pañales, hermanito —aclara Vincenzo—. Es tu deber.

Riccardo resopla.

—¿En serio? ¿Ya estáis con eso tan pronto?

—Es parte de ser padre —digo dándole un codazo.

—Vale, vale. Lo haré —se rinde Riccardo, levantando las manos en señal de derrota.

La conversación se desvía hacia otros temas. Beatrice y Eli se acercan para conocer al bebé, mientras los hombres discuten sobre negocios en voz baja. ¿La mafia? Los Barone son tan discretos que ni me entero. Me limito a llevar mi vida sin pensar en el trabajo de mi marido, aunque a veces me lleve algunos sobresaltos.

Echo un vistazo a mi alrededor. La casa rebosa vida y alegría. Es extraño pensar que hace unos meses temía a esta familia. Ahora son mi hogar.

—¿En qué piensas? —susurra Riccardo en mi oído.

—En lo afortunada que soy —respondo apoyándome en su pecho.

Sus labios rozan mi sien y acaban en un beso tierno.

—Somos nosotros los afortunados de tenerte, amor.

Miro a nuestro hijo, que bosteza y se remueve en mis brazos. Me lo comería a besos.

—Te quiero —murmuro, girándome hacia Riccardo.

Sus ojos verdísimos brillan con una emoción desbordante.

—Y yo a ti. A más que a nada en este mundo.

Nos besamos ignorando las risitas y los comentarios de la familia. En este momento, solo existimos nosotros tres: Riccardo, Michelangelo y yo. Nuestra pequeña familia, nuestro nuevo comienzo.



Si te ha gustado la novela, por favor, considera dejar una reseña para que a otras lectoras les ayude a decidir leerla. >>[Haz clic aquí](#)

Gratis la novela corta que cuenta el oscuro romance entre los patriarcas, Giovanni y Francesca. Subscríbete a mi newsletter para conseguirla. >>[Haz clic aquí](#).